

LA ESPAÑA MODERNA

ARTE E CULTURA

AÑO 17.

---

NÚM. 194.

---

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ DE LÁZARO

---

FEBRERO 1905

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.*

10.258

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# ALGO SOBRE EL PROBLEMA LATINO

(Á PROPÓSITO DE DOS LIBROS RECIENTES) (1)

¿Quiénes son los pobres? Los nietos  
de los ricos.

(Dicho popular.)

Desde hace algunos años, preocupa bastante á ciertas gentes, sobre todo de las naciones interesadas, el llamado problema latino. La preocupación pudiéramos decir que alcanza más todavía. Los hombres que pertenecen á la civilización antigua, y con especialidad los europeos, no dejan de experimentar inquietud ante el advenimiento á la vida civilizada de los grandes Imperios orientales del Japón y la China. Se ha hablado por eso del «peligro amarillo», temiendo que nos hallemos expuestos á una nueva invasión que destruya y se trague las naciones existentes desde hace siglos. Aun cuando no sea ésta la causa única de la cuestión del Extremo Oriente, es sin duda uno de los principales factores de ella. La rivalidad y el miedo del europeo y americano frente al asiático entran por mucho en la tendencia á constituir una federación europea ú occidental que sirva de dique al avance y á la ambición de los orientales.

---

(1) Bazalgette, *Le problème de l'avenir latin*, París, 1903; Colajanni, *Razze inferiori e razze superiori. Latini e anglo-sassoni*, Roma, 1903.

El presente artículo fué escrito ya hace un año; deseo que los lectores tengan presente esta circunstancia. Posteriormente se han publicado, traducidos al español, los dos libros á que se refiere.

Iguales temores pueden abrigarse para el día en que las tribus del inmenso continente africano despierten de su amodorramiento mental. Los blancos y los amarillos tendrán entonces que habérselas con el «peligro negro». Sin embargo, este último se halla todavía lejano, cuando menos relativamente: aún hay tiempo de prevenirse contra él. Tampoco parece muy inmediata la invasión amarilla; el Oriente del Asia, excepto las islas del Japón, más bien parece destinado á ser presa de las conquistas y de la expansión europea que asiento de pueblos dominadores y emprendedores. Los chinos que emigran de su país no adquieren gran preponderancia en aquellos otros adonde se dirigen. Parece, pues, que los blancos de ambos mundos pueden todavía por algún tiempo respirar tranquilos.

Donde existe el peligro más inminente es en su propio seno, entre ellos mismos. Hay para los del Sur un peligro en el Norte; los latinos, tanto de Europa como de América, pueden ser muy pronto invadidos y conquistados por los anglosajones y los germanos de ambas partes del mundo. Las naciones latinas pueden llegar á desaparecer; sobre ellas se cierne, á lo que parece, hoy por hoy, la amenaza de otras naciones más vigorosas y adelantadas.

He aquí el problema del porvenir latino, problema que tiene muy intranquilas á no pocas personas. Por eso se ha producido respecto de él en los últimos tiempos una no escasa literatura, aumentada recientemente con los dos libros de Bazalgette y Colajanni. Políticos, literatos, etnólogos, antropólogos, sociólogos, personas de diferentes clases, de distinta filiación científica, de muy varia cultura y tendencias, vienen ocupándose, directa ó indirectamente, de la cuestión, que por cierto enfocan y resuelven, como es natural é inevitable, de maneras bastante diversas. Hay quien niega, aunque son los menos, la llamada «decadencia» latina, considerándola tan sólo aparente, ó ni siquiera eso. Hay también, al contrario, quien reconoce tal decadencia, pero la estima transitoria,

confiando en que el Mediterráneo volverá á ser, como en otro tiempo, el centro de la civilización, y las naciones que lo rodean readquirirán la hegemonía que antiguamente les correspondiera. Para éstos, la diversidad de condiciones sociales y de ambiente histórico es la que decide el destino y la grandeza de los pueblos; y como esas condiciones se hallan sujetas á modificación, en la que interviene en buena parte el factor de la voluntad humana, resulta que el cetro de la cultura y de la superioridad no lo tiene vinculado nación alguna, sino que pasa fácilmente de unas á otras, con lo que las decadentes de hoy pueden ser las dominadoras y prósperas de mañana, y viceversa. Pero tampoco falta quienes tengan por irremediable tal decadencia é inferioridad, diputándola por un resultado de influjos fatales, de condiciones físicas y telúricas, de conformación corporal y funcionamiento psíquico inherente á la raza; no hay sino pensar á este efecto, verbigracia, en las pretensiones y conclusiones de los antroposociólogos (Gobineau, Ammon, Lapouge, etc.). Y todavía existen más criterios é hipótesis respecto del asunto. Luego diremos sobre ellos algunas palabras.

Ahora, por de pronto, veamos, en resumen, cómo afrontan la cuestión los dos autores mencionados, comenzando por advertir que entre sus libros hay muchas diferencias. Fuera de la comunidad de la materia que uno y otro tratan, y de que ambos se oponen á la explicación mediante el que podríamos llamar «criterio de la raza», apenas es posible notar entre las dos publicaciones ningún otro parecido. El escrito de Colajanni está muy documentado, igual que todos los que salen de su pluma; tiene todo el aspecto de la obra de un hombre de ciencia, sin que con esto pretendamos dar juicio alguno tocante al valor de sus afirmaciones. El de Bazalgette carece, en cambio, de citas y documentación, y parece, más que otra cosa, producto de un espíritu aficionado al hacer literario. Mientras el profesor y diputado italiano examina el problema por distintos aspectos, el autor francés solamente lo mira por

uno de ellos, que por cierto escapa al análisis de aquél, lo mismo que se observa también en casi todos los escritores que lo han tratado y de que yo tenga noticia. Los dos libros pueden, quizá, ser considerados, no tanto en su mérito intrínseco, como alegatos respecto de la cuestión á que se refieren, sino ante todo como sintomáticos del estado en que se encuentra ésta en el pensamiento de la generalidad de cuantos hablan de la misma.

La argumentación de Colajanni, de la cual voy á presentar un breve extracto, se encamina toda ella á combatir la teoría de la superioridad de unas razas y la inferioridad de otras, y á demostrar que la cultura, el poder, la prosperidad de los pueblos, dependen de condiciones históricas y sociales, de condiciones externas que pueden cambiar fácilmente, y que en efecto cambian. Es una tesis de la que el autor ha hecho también aplicaciones en otros libros suyos sobre diversas materias.

Por de pronto—dice—no sabemos en qué consiste la raza, ni aun siquiera si la raza existe. Hay quien niega, como Babbington, los caracteres de la raza, y sólo admite los de los individuos. De aquí la multiplicidad de criterios adoptados para clasificar las razas y el número tan diferente de éstas admitido por los distintos autores. Tampoco se sabe si primitivamente hubo una sola raza (monogenismo) ó más de una (poligenismo).

Las mismas dudas hay respecto del lugar donde apareciera por primera vez el hombre y respecto á la época de tal aparición. De cualquier manera que ello sea, lo que puede decirse es que, después de tantos siglos, y por virtud de tantísimos cruzamientos y vicisitudes, es difícil que hayan podido sobrevivir razas puras y, por consiguiente, que sea posible hablar hoy de razas superiores é inferiores. Según Lapouge, «á la vigésima generación, ó sea al cabo de mil doscientos años, el número de los ascendientes directos de cada individuo se eleva



á más de dos millones; á la generación cuadragésimoquinta, ese número es de unos siete mil millones. El número de los parientes colaterales es, en este caso, inconcebible» (1).

Prescindiendo de la comparación con los negros y los amarillos, y concretándonos á la civilización occidental, que pretende ser la más adelantada, tenemos en ella, según los antropólogos, tres grandes razas: la del *homo europaeus*, la del *homo alpinus* y la del *homo meridionalis* ó mediterráneo. ¿Cuál de ellas es la superior? Los antroposociólogos sostienen con fanático entusiasmo que esta superioridad corresponde al *homo europaeus*, ó sea al ariano, dollicocéfalo, de alta estatura, con la piel, los cabellos y los ojos claros. Pero tal aseveración ha provocado la protesta de no pocos antropólogos ilustres (Ripley, Sergi, Manouvrier y ctros). Por otra parte, aún no han sabido decir los defensores de este punto de vista cuál sea el actual asiento de los arianos, ni dónde aparecieron, pues del origen asiático de los mismos, un día en boga, van ya prescindiendo los autores. Con razón dicen los más eminentes antropólogos contemporáneos que todo cuanto se refiere á los orígenes del *homo caucasicus* es muy discutible, y que la única conclusión respecto del particular es ésta: *ignoramus!*

De otro lado, la correspondencia entre los caracteres anatómicos y los psíquicos es sumamente cuestionable, y más bien cabría negarla, según Colajanni (tanto en este libro como en algún otro, sobre todo en el tomo I de su *Sociologia criminale*). El valor de los índices cefálicos es para el autor nulo, como el de la antigua frenología de Gall. «Las formas craneanas de una raza determinada—añade—son hoy, conforme nos

---

(1) Es muy sugestivo á este respecto un diagrama sobre el origen, entrecruzamientos y probables mezclas futuras de las razas, que reproduce y explica M. Lester F. Ward en su folleto *La différenciation et l'intégration sociales*, París, 1903, tomándolo de un discurso del antropólogo norteamericano W. H. Holmes, ante la Sociedad Antropológica de Washington, sobre el «Origen, desarrollo y probable destino de las razas humanas».

enseña la paleontología, las mismas que hace treinta siglos, durante los cuales la raza ha surgido, ha decaído y ha resucitado. La geografía muestra que pueblos con iguales caracteres anatómicos tienen una mentalidad muy distinta, y al contrario, otros, como los hebreos, han ido cambiando psíquicamente á medida que cambiaba el medio, pero conservando la misma estructura anatómica». Ejemplos análogos podrían citarse en gran número, y Colajanni pone unos pocos, para concluir que lo que hay no son razas, sino naciones y civilizaciones superiores é inferiores.

No puede atribuirse el progreso de la humanidad—progreso innegable—á tal ó cuál raza determinada, puesto que no permanece pura ninguna de ellas; habrá, por el contrario, que atribuirlo al cruzamiento de las mismas, como piensan muchos etnólogos, antropólogos y sociólogos. Con esto queda excluída la necesidad de las uniones ó matrimonios *eugénicos*, es decir, entre elementos de la misma raza superior, uniones que, viceversa, darían por resultado la degeneración, si es verdad, como algunos afirman, que la consanguinidad entre los contrayentes hace degenerar á la prole. ¿A qué raza seremos deudores de los primeros pasos de la civilización, más meritorios é importantes que los dados por los continuadores? ¿Por ventura, á los arianos dollicocéfalos, de quienes no sólo se ignora el origen, sino que ni siquiera se sabe si efectivamente son dollicocéfalos ó *braquicéfalos*? ¿Cómo se explican las grandes civilizaciones mediterráneas, que se desarrollaron fuera del influjo ariano? ¿Será que la raza superior sea la del *homo mediterraneus*, á la cual se pretende precisamente aplicar hoy el calificativo de inferior?

Las consideraciones y observaciones anteriores están apoyadas en hechos referentes al orden económico-político-militar, al intelectual y al moral.

Para juzgar de la fuerza político-militar de los pueblos y razas, no hay otro criterio posible que el criterio vulgar del éxito. Ahora, respecto de este particular, la Historia nos da

enseñanzas muy contradictorias. Los triunfos militares y políticos no se hallan vinculados á ninguna raza ni nación: todas ellas han sido ora vencedoras y prepotentes, ora vencidas y subyugadas. Lo propio cabe decir de la posesión de la riqueza y del dominio industrial y mercantil.

Desde el punto de vista intelectual, se advierten las mismas variaciones. La instrucción y la cultura han estado en algún tiempo mucho más difundidas en los países mediterráneos que no en los del Norte de Europa. En Italia, por ejemplo, durante ciertas épocas, las clases trabajadoras fueron muy instruídas; hoy la situación de las cosas ha cambiado, sin cambiar la raza. El Gobierno inglés no hace más que treinta años que se preocupa de la instrucción. Hasta 1870, Inglaterra figuraba á la cola de los Estados de Europa en punto al alfabetismo. Ahora consagra á la instrucción 250 millones anuales, y el analfabetismo ha quedado vencido. Pero la raza sigue siendo la misma. Y si no se toma el dato de la difusión de la cultura como medida de la potencia mental de las razas, sino la aparición de genios ú hombres superiores, forzoso será llegar al mismo resultado: Aristóteles nada tiene que envidiar á Spencer, ni Euclides y Arquímedes á los más grandes matemáticos anglosajones; Volta y Lavoisier valen tanto como Franklin y Faraday; Galileo, tanto como Newton; Dante, tanto como Shakespeare y Goethe; Ariosto y Cervantes, más que Milton y Schiller... En todas las manifestaciones de la Ciencia y el Arte han hecho y representan tanto, por lo menos, los latinos y mediterráneos, *inferiores*, como los arianos, *superiores*.

Toda superioridad política, militar, económica, intelectual, es bien poca cosa si falta la superioridad moral, el más delicado producto de la civilización. Aun cuando carecemos de un método infalible para medirla, hay, sin embargo, índices que sirven para conocerla: verbigracia, la delincuencia, que da esa medida negativamente, como también la prostitución, el alcoholismo, el número de hijos ilegítimos, de vagabundos, de sui-

cidas, etc. Ahora, en casi todos estos vicios los países del Norte de Europa van á la par, y aun superan frecuentemente á los del Sur, como lo prueban las estadísticas, y eso que éstas no registran todas las manifestaciones de la inmoralidad, escapándosele, por ejemplo, muchísimos delitos sexuales. A menudo vienen por eso revelaciones sensacionales de grandes escándalos y corrupción, como las de *Pall Mall Gazette*, las de Havelock Ellis, Carpenter, Stead (sobre los Estados Unidos) y otros. En otros respectos, como la corrupción política y las relaciones internacionales, la inmoralidad de los anglosajones llega mucho más allá que la de los latinos, quienes, claro está, no se hallan tampoco libres de ella; pero, en cuanto al primer punto, el *Panamá* y el *Banco Romano* quedan oscurecidos ante la corrupción sistemática de la *Tammany Hall* y ante los hechos de los Bancos alemanes. Y *Si Cristo fuese á Chicago*—dice Stead,—escaparía horrorizado de allí. Por lo que á las relaciones con otras naciones y con otras razas se refiere, no ha habido conducta colonial más cruel y más egoísta que la de Inglaterra, ni modos de opresión más duros y censurables que los empleados por este país con Irlanda, reproducidos últimamente con los boers. Los ejemplos comprobatorios de ello (Colajanni cita bastantes) son muchos.

Resulta, pues, que los hechos no autorizan para atribuir á los pueblos que pretenden ser de raza ariana una verdadera superioridad natural y congénita, y en cambio á los latinos una correspondiente inferioridad de la misma índole. Sin embargo, si se mira á la historia más reciente y á la contemporánea, no hay otro remedio sino reconocer la presente superioridad de los anglosajones y de sus afines los germánicos en todas las manifestaciones de la vida colectiva. En Inglaterra, «las libertades públicas, la instrucción, la moralidad, el bienestar económico, se han desarrollado armónicamente. El *Standard of life* de las clases trabajadoras se ha elevado considerablemente, pero todavía ha subido más el de las clases medias, la aristocracia y el elemento bancario. El enorme volumen del

comercio inglés, que supera, ó cuando menos iguala actualmente, con sus 20.000.000.000, al de las dos mayores potencias mercantiles é industriales, reunidas, ó sea á los Estados Unidos y Alemania, dice á qué vertiginosa altura ha llegado el desarrollo económico de Inglaterra».

Pero la historia sigue su curso; si se detuviese en el instante actual, la fotografía del pueblo inglés sería la de un pueblo superior permanentemente. No es así; la fotografía de un momento no corresponde á la realidad de los momentos sucesivos. Pueblos en otro tiempo grandes y prósperos decayeron. También los anglosajones, prósperos, fuertes y *superiores* en el instante actual, pueden decaer. Y en efecto, ya ha comenzado su decadencia, que puede reconocerse por diferentes signos: tales, por ejemplo, entre otros varios, la gran corrupción electoral, política y administrativa de los Estados Unidos, que realmente pone espanto en el ánimo, y el nuevo imperialismo tanto de este país como de Inglaterra, manifestado con toda evidencia en guerras recientes (con España y el Transvaal), y que ha traído consigo el militarismo y el *jingoismo*. En lugar de fijarse aisladamente en la instantánea de un pueblo en un determinado momento, que es lo que engendra el orgullo de las naciones, es preciso comparar las instantáneas correspondientes á momentos sucesivos de pueblos diversos, que es lo que constituye la observación histórica y, por decirlo así, cinematográfica. La cual demuestra de un modo luminoso: 1.º, que permaneciendo inalterable el ambiente físico y geográfico, cambian profundamente las manifestaciones sociales de los pueblos que viven en él (India, Egipto, Persia, Grecia, Perú, etcétera); 2.º, que permaneciendo inalterables los caracteres antropológicos de un pueblo, cambian profundamente en el tiempo sus manifestaciones sociales (latinos y anglosajones, Italia, Francia, España, Inglaterra, etc.); y 3.º, que hay fotografías, tomadas en diferentes momentos, de pueblos pertenecientes á distintas razas, donde se ve las grandísimas semejanzas en los rasgos psicosociales fundamentales de los dichos

pueblos, y al contrario, fotografías tomadas en un mismo momento, de pueblos pertenecientes á la misma raza, las cuales difieren profundamente entre sí. La historia, pues, enseña que los representantes del *homo europaeus*, del *homo alpinus* y del *homo mediterraneus* se equivalen, y que todos pueden alcanzar las altas cimas de la civilización del tiempo en que florecen, aunque, como es natural, los que vengan después posean mayores medios que los anteriores y puedan, por lo mismo, sobrepasarlos. «La civilización se intensifica en razón directa del tiempo transcurrido y del número de los elementos transmitidos por los anteriores pueblos civilizados. La *superioridad* es esencialmente relativa: la adquieren y la pierden, unos tras otros, todos los pueblos y todas las razas...»

Si á cuanto acabamos de decir se añaden las dos siguientes tesis: 1.<sup>a</sup>, todas las naciones, una vez en el punto culminante de la grandeza conocida en el momento histórico de su superioridad, han decaído más ó menos rápidamente; y 2.<sup>a</sup>, la decadencia de las naciones se ha iniciado siempre en su estructura y vida internas, manifestándose en lo moral antes que en lo intelectual y en lo económico, tendremos un resumen, que me parece bastante exacto y completo, de la doctrina sostenida en su libro por el profesor napolitano. Para fundamentarla y desenvolverla se sirve el autor de una muy copiosa suma de datos y citas que yo tengo forzosamente que omitir. Por ejemplo, hay unos capítulos que ofrecen grande interés y de cuyo contenido, por prestarse mal al extracto, y además por el deseo de ser breve, he debido yo prescindir; capítulos en que Colajanni examina los factores de la evolución y progreso y los de la decadencia de los pueblos, fijándose, como comprobación de la doctrina que sustenta, en algunos Estados florecientes, que son la república de Venecia, Inglaterra y los Estados Unidos, la primera con habitantes de raza distinta que la segunda y los últimos, y fijándose también en algunas naciones de las que se dicen decaídas, ó sea en las latinas.

Por último, aunque con reservas muy prudentes que con-

viene hacer siempre en casos como el actual, el autor consagra largas páginas á hablar del porvenir de estas naciones y de las condiciones para su regeneración, así como también á reconstruir en líneas generales el proceso de lo que podríamos decir solidaridad é integración de las razas y de los pueblos, para preparar un organismo superior, verdaderamente humano. No confía, para la futura regeneración de las llamadas naciones decadentes, en la infusión en ellas de sangre nueva, de sangre bárbara, pues ya no hay bárbaros que la puedan proporcionar como en otro tiempo; el *stock* de los bárbaros se ha agotado ya, dice el autor. Lo que se necesita, según él, es, ante todo, que los pueblos inferiores se den cuenta plena de su inferioridad y que, como consecuencia de ello, sientan el deseo de mejora, tendiendo hacia la realización de un ideal que siempre han de tener ante la vista. Cuando el estado presente no satisface, procuramos cambiarlo. Para conseguir tal cambio es preciso acudir á la introducción de elementos exteriores. El injerto de una civilización sobre la precedente fué el proceso normal en la evolución primitiva de las naciones y de los pueblos; no podrán tampoco acudir á otro los pueblos que renacen, y mucho menos los contemporáneos, los cuales tienen en común los principales elementos de la civilización. Anglosajones y latinos, en cooperación, podrán prestarse recíprocamente algo de bueno. La civilización de los pueblos que representan una gran parte en la escena del mundo fué siempre comunicada ó provocada por el contacto con otros pueblos más civilizados. Esto mismo habrá de suceder ahora. Las guerras y la enemiga todavía hoy existentes entre los pueblos, pero cada vez menores, habrán de desaparecer enteramente mañana; á eso conducen las frecuentes y de día en día más estrechas relaciones internacionales, el aumento de las comunicaciones, la tendencia á constituir grandes federaciones de razas y pueblos semejantes (panlatinismo, pangermanismo, paneslavismo, federación europea, hispanoamericana, etc.), el cruzamiento de multitud de intereses y la aspiración á abolir

los ejércitos. Cuando así suceda, y formen un solo pueblo, en concepto de miembros de él, los que ahora se creen pueblos independientes y rivales, acabará esa cuestión de superioridad ó inferioridad; «las razas, numerosas y diversas en los comienzos de la historia y de la vida social, asimilándose y aproximándose más cada vez en sus necesidades, en sus sentimientos, en su mentalidad, acabarán por constituir la humanidad, que todavía no existe, pero que continuamente *deviene* (1).

Vengamos ahora á dar cuenta, en el menor número posible de palabras, de la obra de Bazalgette, *Le problème de l'avenir latin*, obra no poco diferente, según ya se ha advertido, de la de Colajanni. Me parece mucho menos completa, ó acaso sería mejor decir complicada, que la de este último. Quizá una de las principales observaciones que quepa hacer á la misma sea que es lo que suele llamarse «unilateral» y sistemática, advirtiéndose bien que el autor mira el problema demasiado en línea recta, sin fijarse en multitud de conexiones que guarda con otros.

La decadencia actual de los pueblos latinos, que Bazalgette da por incuestionable, depende, para él, de una sola causa, y es el haberse éstos latinizado ó romanizado. En alguno de los notables trabajos publicados por D. Joaquín Costa acerca de la historia primitiva de España, recuerdo haber leído esta afirmación: que la conquista de nuestro suelo por los romanos y, por consiguiente, la romanización de España, trajo para nosotros consecuencias bien deplorables, por cuanto tronchó en flor una civilización incipiente, pero robusta, que, á seguir

---

(1) No pocos filósofos y sociólogos han hecho indicación de esta misma tendencia á la unión y compenetración de las razas, á la cual se refiere aquí Colajanni. Últimamente la ha hecho objeto de un estudio especial Lester F. Ward en su opúsculo antes citado, aunque presentándola—según lo hace, al cabo, también Colajanni—como una *utopia sociológica*. Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA recordarán que de esta utopia trató aquí mismo el Sr. Posada en el número de Diciembre de 1903.



su desarrollo natural, hubiera llegado á ser la potente y fecunda civilización ibera. Esta misma es la tesis que sostiene Bazalgette con relación á todos los pueblos latinos, aun cuando del que habla casi exclusivamente es de Francia, con el resuelto propósito de hacer extensivas á todos los demás las observaciones que tocante á éste se le ocurren, por cuanto «las naciones coherederas de Roma, nacidas de la desmembración del Imperio romano, y cuyo catolicismo persistente indica todavía hoy su origen, tienen todas una *comunidad de espíritu* que subsiste por debajo de las divergencias debidas á sus caracteres nacionales». No hay una «raza latina», en el sentido antropológico, pero sí la hay—según el autor—en el sentido psicológico, puesto que hay una civilización latina, distinta de la civilización germánica: el carácter fundamental é interno de la primera es su romanismo y consiguiente catolicismo; el de la segunda, su rebeldía y repugnancia contra ambos.

«Haciendo antes de ahora investigaciones acerca de los acontecimientos religiosos del siglo xvi, de entre las hojas de un vulgar atlas geográfico surgió para nosotros, muy fortuitamente, un rayo de luz. Acabábamos de consultar el mapa de la Europa occidental después de la Reforma, donde estaban trazados los límites entre el «mundo protestante» y el «mundo católico», cuando, al hojear sus páginas, otro mapa, casi idéntico, apareció ante nuestra vista llamándonos la atención; casi idéntico en cuanto al trazado, principalmente esquemático, de la línea que separaba ambos «mundos». Los contornos de ambos, fijándose sólo en el conjunto y no en los detalles, y concretándose á la Europa continental, casi coincidían. ¿Y qué es lo que figuraba en el segundo mapa? Los límites entre el «mundo bárbaro» y el «mundo romano» en el siglo iv de nuestra era. Esta involuntaria comparación pareciónos enormemente sugestiva. El *mundo romano* y el *mundo católico* de una parte, el *mundo bárbaro* y el *mundo protestante* de otra, se confundían geográficamente. Los pueblos que formaron parte del Imperio romano en el siglo iv eran aquellos mismos que,

doce siglos más tarde, se habían decidido por el mantenimiento del papismo, mientras que los bárbaros, que se habían defendido del contacto romano, se metamorfoseaban, al comienzo de la historia moderna, en conquistadores de la libertad espiritual... Ni por un instante se nos ocurrió la idea de que se tratase de una coincidencia puramente fortuita». He aquí la clave de toda la obra.

Con poquísima resistencia por parte del vencido, conquistó César la Galia y la convirtió en provincia romana. Esta romanización externa va seguida de una rápida romanización interna. La cultura romana, las costumbres romanas, la vida social romana, con sus vicios y corrosivos interiores, al lado de la externa brillantez, todo lo hicieron suyo los galos y, en general, los pueblos del Sur de Europa subyugados por Roma. «La Galia, dominada, se somete al yugo, no solamente sin pena, sino más bien con una especie de complacencia íntima». La ruina de su independencia queda consumada, con lo que se entroniza una completa transformación. Dejan los galos de ser bárbaros y se hacen romanos. Cubren su territorio de palacios, de templos, de teatros, de termas, de *villas*, tomando por modelo á Roma. El lujo de Roma, su literatura, su arte toda, les invaden. Las divinidades célticas son sustituidas por las del Olimpo greco-romano. «Se romanizan igualmente la vida política, la vida municipal, la administración, el derecho». La lengua céltica desaparece totalmente, y con ella la personalidad del pueblo que la hablaba, la originalidad del carácter, la originalidad nativa, lo más esencial en los pueblos como en los individuos, y cuya pérdida no puede compensarse con nada, dice Bazalgette. No es, pues, de hoy ni de ayer la decadencia de los pueblos latinos, según éste, sino que lleva ya dos mil años de fecha. La base de semejante decadencia, que para el autor es indudable, ya se ha dicho, como para Sergi y para muchísimos otros, se halla en el referido romanismo, el cual fué primeramente imperial y después eclesiástico. «No dejó de pertenecer al Imperio, sino para pasar al dominio de la Igle-

sia». Los pueblos latinos, después de ser conquistados por Roma, lo fueron por el catolicismo romano, heredero del romanismo. He aquí cómo Bazalgette resume su doctrina sobre el particular: «Por medio de Roma y de la lengua latina, la Iglesia aseguró primero y después extendió su influencia. En los pueblos sometidos al Imperio es donde se estableció por de pronto y donde ha echado más fuertes raíces. La Roma católica ha invadido espiritualmente, ante todo y sobre todo, los territorios que la Roma imperial había conquistado materialmente».

Todo lo contrario ha sucedido con los países del Norte. Estos, no sojuzgados por el Imperio romano, no se han dejado cristianizar sino muy tarde y oponiendo gran resistencia; y aun después de cristianizados conservan su original carácter. Su cristianismo es superficial; no se han dejado dominar por él; lo único que de él han tomado es sus ventajas. «Han recibido una impresión; no han sufrido un aplastamiento. El alma antigua ha continuado subsistente, renovada, sí, pero no abismada y disuelta, como en los pueblos latinos». La Reforma, tentativa de liberación espiritual, no prende en estos últimos y sí en aquéllos, en los que conservan todo el vigor de la «barbarie». De aquí arranca la superioridad de los países germánicos, protestantes, sobre los romanizados, católicos.

Los romanizados hemos heredado de Roma y conservamos todos los rasgos de una civilización agotada y ruinosa. Somos incurablemente retóricos; hablamos mucho y no sabemos obrar. Padecemos atrofia de la acción. Profesamos un culto excesivo á la exterioridad y á la forma. Estamos muy intelectualizados, lo cual no es lo mismo que ser educados y cultos; y la intelectualización indica decadencia, como en Grecia hubo de suceder. Nos ocurre lo que á los viejos, en quienes el cerebro está desarrollado en demasía, á expensas del resto del cuerpo; de aquí que carezcamos de un vigor total, orgánico, hijo del equilibrio normal.

Por todo ello, los pueblos latinos no forman parte de la ci-

vilización occidental más que de nombre: de hecho están en el Oriente todavía; no han llegado á entrar en el círculo de la vida moderna. «Ser latino y católico equivale á ser un oriental moralmente, un antioccidental, un antieuropeo, un anti-moderno». El eje de la civilización ha pasado de los pueblos latinos á los germánicos.

¿Qué remedio hay contra tal estado de cosas? ¿O no hay ninguno? A estas preguntas trata Bazalgette de dar contestación en la tercera parte de su libro, la menos sólida de todas, á mi parecer. Ese remedio existe, según nuestro autor, y está en cambiar de pellejo, ó sea en una *recreación* de los pueblos latinos, recreación que debe hallarse á cargo de una dictadura de la inteligencia, bien encarne ella en una persona individual, bien en una junta ó comité. Se trata de un remedio peligroso, es verdad, pero necesario, como que el organismo al que va á aplicarse está enfermo y no en estado normal.

El programa en que ha de inspirarse esta dictadura debe ser un programa *radical*, no en el sentido en que se toma muchas veces la palabra, como revolución jacobina que no deja títere con cabeza, sino en el sentido de una constante y paulatina transformación verdad, que empiece en la raíz, en la base, y mediante la cual se rehagan los pueblos referidos, con un *nuevo cuerpo* y una *nueva conciencia*. Sin esta recreación, cuya finalidad está en deslatinizarnos, no nos salvaremos de una muerte segura. Como Costa nos ha planteado á los españoles el dilema: ó nos europeizamos nosotros mismos, ó perecemos como nación á manos de otros pueblos que nos europeicen por fuerza, M. Bazalgette nos plantea este otro á todos los latinos: ó deslatinizarse, ó morir absorbidos por razas superiores cuya creciente influencia en el mundo no puede detener nadie. En esto, como en tantas otras cosas, el punto de vista en que se coloca nuestro autor es muy análogo al que adoptaron muchas personas aquí en España después de las derrotas de 1898. El programa que propone para lograr la «regeneración latina» se parece bastante al que no pocos compatriotas nuestros propu-

sieron para conseguir la regeneración española. Pero, del propio modo que entonces aparecieron libros (no pienso ahora en los malos, sino en los mejores, como el de Macías Picavea), cuya parte negativa y crítica del pasado y el presente era, en general, sólida y aceptable, mientras que la constructiva, al contrario, era demasiado fantástica y poco de fiar, así también creo que puede decirse algo parecido de la obra de Bazalgette.

La mentada regeneración latina depende, según él, de una triple reforma: física, moral y mental. Para la primera propone, no tan sólo una vigorosa educación física general, tal y como ahora suele ser practicada en contados casos, sino también una verdadera labor inteligente y científica de puericultura, una selección artificial antropotécnica, semejante á la que realizan los agricultores y ganaderos entendidos en fitotecnia y zootecnia. La regimentación que al efecto aconseja implantar será tachada por muchos, acaso no con gran inexactitud, de tiránica y deprimente para la dignidad humana. Forman parte de ella, incluso los medios recomendados por los «seleccionistas» para impedir la reproducción de los individuos degenerados y fomentar la de los superiores. La reforma mental también ha de verificarse absolutistamente: el Estado monopolizará é impondrá la enseñanza, que será menos literaria y retórica que actualmente, y en cambio más realista, dándose en ella mucha importancia á las ciencias naturales. Por último, la reforma moral implica la descatalogización; «siendo el catolicismo la forma moderna del romanismo, él es el lazo que nos liga á una antigüedad decadente y á una concepción de la vida que ya no se halla en relación con la vida real del mundo». Bazalgette no parece sentir tampoco aquí grandes escrúpulos. A fin de lograr la descatalogización deseada, no repara mucho en los medios que deben ser empleados, comenzando por la prohibición del culto católico. Nada de medias tintas, que se ha visto por experiencia no dan resultado alguno beneficioso. Por más que el autor asegura ser «de toda necesidad que esta amplia y fecunda depuración se efectúe sin violencia... volun-

taria», y que «no hay que mezclar en ella ningún bajo sentimiento de vindicta, de injuria ni de crueldad», á mí me ha parecido entrever á través de las páginas que consagra al asunto un marcado espíritu de hostilidad, tan crudo y persecutorio como el que á menudo advertimos en los contrarios, los ultramontanos *enragés*.

No hay más que fijarse en lo que dejamos expuesto, para comprender cuán difícil es la resolución del problema que nos ocupa, solución que acaso sea hasta imposible encontrar de un modo seguro. Las apreciaciones de los dos autores cuyas doctrinas se han resumido son bien distintas; lo que uno de ellos considera como causa primordial y aun única de la decadencia latina, ni siquiera lo menciona el otro, no obstante que este último (Colajanni) procura considerar la cuestión bajo todos sus aspectos. La misma diversidad puede observarse en cuantos hablan del asunto. Y es que éste es de tal manera complejo y encierra tan grande multitud de elementos y puntos de vista, que no hay posibilidad de abarcarlos todos de una sola mirada, por lo que cada uno se fija preferente ó exclusivamente en uno de ellos, descuidando los otros, y así se explica, junto con la misma índole y dificultad de la materia, la variedad de juicios y apreciaciones.

Mas no se trata de una característica especialísima de lo que se llama el problema latino, sino antes bien, de una condición común á todos los problemas sociales, y hasta pudiera añadirse que á todo problema humano. Yo tengo para mí que lo que el hombre sabe con certeza, si sabe algo, es muy poco. La mayoría de las denominadas pomposa y presuntuosamente «verdades científicas» no son más que simples hipótesis, lo que vale tanto como decir que la mayoría, si no justamente la totalidad de las interpretaciones que nosotros damos de los seres y fenómenos del Universo, no alcanzan más categoría que la de meras conjeturas. Y si esto es así en general, ¿con cuánto mayor motivo no ha de serlo con respecto á la interpretación

de los fenómenos sociales, donde juega un número tan crecido de factores? ¿Quién será capaz de discernir, verbigracia, las causas productoras de la constitución presente de una sociedad, de su adelantamiento ó atraso? Suelen los estudiosos de temas semejantes señalar varias de esas causas, tales como la raza, la religión, la historia, la geografía, etc.; pero ninguno de ellos puede demostrar la eficiencia indiscutible del factor que señala. Se fija en uno ó en varios, en los que más le gustan ó mejor conoce, y les atribuye una virtud omnipotente. Pero sus razonamientos no convencen á otros escritores, quienes por su parte conceden eficacia mirífica ó poco menos á otros elementos distintos. ¿Quién tiene razón? No es fácil decirlo. Se trata, más que de verdaderas convicciones con base indestructible, de preferencias, la mayoría de las veces injustificadas, y que el que las tiene no sabe comprobar sólidamente, no tanto á los ojos de los demás, sino ni siquiera á sus propios ojos. Puede suceder, sin embargo, que todos cuantos sostengan cosas diferentes tengan razón, aunque sólo parcial, completándose entonces entre sí los múltiples puntos de vista. Pero aun partiendo de este supuesto—que, dicho sea de paso, no suelen admitir los enemigos,—bueno es advertir que tratándose de asuntos complejos como el de la superioridad ó inferioridad de los pueblos, y en general como todos los sociales, falta no poco camino que andar para que nuestra mente se quede tranquila. Yo puedo admitir que en la producción de un resultado cualquiera (por ejemplo, en la prosperidad económica de un país) influyen determinados factores.

Mas con eso el problema no queda resuelto, sino que, por el contrario, sigue en pie: de un lado, porque aparte de los elementos cuya virtualidad se reconoce, pueden existir otros muchos que fácilmente echa en olvido ó no percibe el observador; de otro lado, porque aun suponiendo que fuesen conocidos todos ellos, sin que quedara ninguno fuera del alcance de nuestra vista, no por eso sabríamos el resultado que su concurso habría de dar, ya que para ello necesitaríamos saber la

intervención y potencia de cada uno cuantitativamente, lo cual es de todo punto imposible. Si, aun en el caso de que un producto concreto obedezca tan sólo á la concurrencia de dos factores, nos es difícil, si por ventura es posible, aquilatar el grado de causalidad que á ambos corresponde, ¿qué diremos del caso en que el número de aquéllos aumente de tal modo que llegue á ser de ocho, de veinte, de ciento...? ¿Cómo desentrañar las mil y mil interferencias y anastomosis que, al entrecruzarse, forman los múltiples hilos de esa trama, tan diferentes en longitud, diámetro, potencia? Y el tejido social es de los más complicados.

Notemos también que la superioridad ó inferioridad de un pueblo, de una nación, de una raza, no pueden calificarse de otro modo que como se cualifica la superioridad ó inferioridad de otro sér cualquiera; es á saber: por su actividad y por los resultados de la misma. Pasemos por alto el obstáculo grave de saber hacer esa calificación, esto es, de saber decir qué es lo superior y lo inferior y cuál el criterio ó criterios discriminativos sobre el particular, por cuanto se trata de un concepto relativo al punto de vista del calificador; demos por sentado que no hay aquí dificultad alguna y que todos estamos conformes respecto á la característica infalible de los pueblos superiores é inferiores. ¿Cuándo decimos que son lo uno ó lo otro? Cuando obran de tal ó de cuál manera, cuando tienen estas ó las otras instituciones, estos ó los otros elementos de vida, y hacen de ellos buen ó mal uso. La superioridad ó inferioridad social es, por lo tanto, una cuestión de conducta y, por lo mismo, cuestión de psicología. Ahora bien: ya se sabe lo enmarañados y podríamos decir indiscernibles que son los problemas psicológicos. Fuera parte del campo de la metafísica trascendental, acaso no haya ningún otro donde la hipótesis, y por consecuencia la incertidumbre, abunde tanto. Apenas hay nada seguro, si es que hay algo, en la psicología individual. El hacer del hombre es un gran misterio. Se habla á menudo de los factores tales ó cuáles determinan-



tes de sus acciones (constitución orgánica y sobre todo nerviosa, herencia, temperamento, educación, costumbres, historia, etcétera, etc.), pero de positivo y fijo no hay nada ni se sabe nada. Solamente se puede hablar conjeturalmente; por eso hay en los psicólogos posiciones y explicaciones tan diversas. El acto humano es un nudo que nadie hasta ahora ha sabido desatar y que quizá (muy probablemente, á mi juicio) no se desate nunca.

¿Qué decir, en vista de esto, de la psicología social, aún más complicada que la individual? Es un vivero de hipótesis y de teorías (en el mal sentido de esta palabra, no en el bueno, equivalente á ciencia y, como tal, á saber seguro). Recordemos el estado presente de la sociología, que al cabo, quiérase ó no se quiera, es una psicología social, un intento de explicación de los fenómenos sociales, actos éstos privados del espíritu social. ¡Cuánta confusión é incertidumbre en la materia! Yo, por lo menos, no veo claridad en torno de aquellos temas con los que me estoy ocupando más directa y constantemente, y en lo que conozco advierto iguales tinieblas alrededor de los otros problemas. Las conjeturas para explicar los distintos productos del sér social abundan bastante, pero no pasamos de conjeturas. Acaso no haya un solo hecho social suficiente y definitivamente explicado.

¿Y qué decir, por otra parte, de las psicologías de los pueblos en estricto sentido, esto es, de la pretensión de sorprender los caracteres psicológicos comunes á los diversos individuos que los componen? A mi parecer, no se puede menos de tenerlas por muy aventuradas é hipotéticas, lo mismo que cabe decir en general de la psicología de los sexos, y en cierto modo de toda psicología colectiva, á no ser que la agrupación á que se refiera esté formada por corto número de miembros. Si este número es crecido, como pasa siempre que se trata de naciones, pueblos ó razas, la psicología correspondiente es muy difícil de conocer. Dada la variedad grandísima de los componentes del sér social cuyas cualidades psíquicas comunes se

buscan, apenas si puede encontrarse característica alguna fundamental que á todos ellos abarque. Las que cuadran á unos no las tienen los otros. Además, á lo mejor se encuentra uno sorprendido con que las que venía estimando propiedades privativas ó muy acentuadas de tal determinado grupo social no lo son efectivamente, sino que comprenden también á otras colectividades. Por eso es siempre posible argumentar con hechos contrarios á las mentadas psicologías, de igual manera que lo es argumentar contra toda caracterización fija de un tipo, ya sea esa caracterización física ó ya psíquica. El establecer en estas cosas principios ó reglas indefectibles, generalizaciones con valor absoluto, es muy expuesto á cometer errores y ligerezas. Los relativos conceptos son sumamente vagos é incoercibles, y lo que puede hacerse es presentarlos como tales, sin otra pretensión. Haciéndolo de esta manera, hay acaso alguna posibilidad de aproximarse á la verdad en eso de la psicología de los pueblos, en cuyas aspiraciones también yo encuentro bastante de aceptable. Dentro de ciertos límites, parece que cada pueblo, como en general toda agrupación un tanto permanente de hombres, tiene su propia estructura y fisonomía moral (y acaso física, igual que los individuos), un conjunto no bien determinado de rasgos fundamentales, donde se dibujan después las diferencias entre sus distintos componentes. Es algo así como una fotografía compuesta, resultado de la superposición de multitud de imágenes individuales, y la cual, cabalmente porque los elementos yuxtapuestos que han servido para constituirla son tantos y tan multiformes, con caracteres contradictorios que se excluyen recíprocamente aun cuando también se completan, no puede menos de ser una fotografía muy borrosa y confusa, especie de impresión fugaz en la retina, debida á un objeto complicadísimo y muy abundante en detalles. Fotografías como éstas son las que pueden ser comparadas, me parece á mí, cuando pretendemos hablar de superioridad é inferioridad de pueblos y naciones; superioridad ó inferioridad que, por virtud de lo dicho, no son

nada fáciles de reconocer de un modo perfectamente claro y seguro.

A eso atribuyo yo el que los mismos escritores que tratan del problema latino vacilen cuando se preguntan si las naciones latinas actuales son ó no, efectivamente, inferiores á las germanas y anglosajonas. Parece que, en una cuestión de hecho, tales dudas no habrían de existir; pero existen.

Con todo, en general, puede afirmarse que la superioridad de los anglosajones y germanos frente á los latinos, á lo menos en el momento actual, la reconoce todo el mundo. La admiten aun aquellos mismos que á veces pretenden negarla. Nuestros periódicos, verbigracia, se complacen á menudo en comparaciones, de que pretenden deducir que nosotros nos hallamos al alto nivel de los países que gozan nombradía de más adelantados, ó que, al revés, esos países están á la misma humilde altura que nosotros. Recuérdese lo que se escribió y se dijo, hace pocos años, cuando la guerra de España con los Estados Unidos. Aun los que pasan, ó pasaban, por más sensatos y dueños de sí, intentaron demostrar entre nosotros que en poder, grandeza, prosperidad, lo propio que en las contrarias condiciones, allá se iban uno y otro país. Pero aquello fué un período de fiebre que duró poco, y aun los que entonces sostenían semejante punto de vista estaban persuadidos, cuando menos en su mayor parte, de que en el fondo no era verdad lo que sostenían, y de que lo sostenían bajo la presión de las circunstancias. Ahora mismo, es decir, en épocas normales, sucede con frecuencia otro tanto. Por ignorancia algunas veces, pero muchas también sabiendo que no es exacto lo que se dice, aseguramos que en tal ó cuál cosa, en tal ramo de la ciencia, de la industria ó del arte, no hay en el mundo nada mejor que lo nuestro. Y nuestras glorias parece que se ven colmadas cuando logramos encontrar en los otros pueblos, en esos que pasan por superiores á nosotros, alguna manifestación de brutalidad, de inmoralidad ó de injusticia, semejante á las que

entre nosotros son habituales y como endémicas; en tales casos parece como si se nos quitara de encima un enorme peso, al poder decir: «*también* los superiores tienen sus máculas». ¿No han de tenerlas? Ese «*también*» es la satisfacción menguada del que se siente pequeño y débil.

Fuera de esto, la superioridad de los pueblos del Norte de Europa y América, sobre todo de los sajones y germanos, se reconoce y confiesa de un modo muy general frente á los latinos; con tanta mayor resolución y fuerza, cuanto más se conocen las condiciones de unos y otros. Hace poquísimo tiempo, al darnos cuenta un escritor español de los caracteres ó cualidades constitutivas del alma colectiva de una comarca española, hubo de hacer una indicación, á mis ojos muy interesante, y que por eso me parece oportuno recoger. Vale, creo, por todo un paralelo psicológico. Refiérese únicamente, como digo, á una región española; pero bien podría preguntarse si no es aplicable á todas, ó á la generalidad, cuando menos, de las del país. Habla D. José Nogales del alma andaluza, y dice que en Andalucía «mientras el medio físico convida á la acción, los habitantes se amodorrán en la inercia, en la quietud, en un desaliento heredado, en un desencanto sin explicación, en una total desconfianza á todo y á todos, que trae consigo el desdén hacia el colectivo esfuerzo, porque se ha perdido la fe en el esfuerzo individual. Las quejas de otras regiones activas contra la codicia y la rapacidad del fisco y las trabas absurdas de una administración rutinaria, son bien acogidas allí, temo que *más como justificantes de la propia inercia* que como anhelo del propio vivir. ¡No hay posibilidad de crear nada, de perfeccionar nada; la agricultura, la industria y el comercio mueren ahogados en la balumba de impuestos, arbitrios, socaliñas, trabas y obstáculos que el Estado impone y opone al desarrollo de la actividad! Esto dicen... Pero á despecho de esos obstáculos y de ese clamor, llegan los extranjeros, ingleses, alemanes, franceses, belgas, y establecen industrias, acaparan los saltos de aguas, electricidad y sanea-

miento; montan fábricas de abonos, se apoderan de los medios de transporte, perfeccionan la fabricación de productos naturales, como el aceite, y hacen rendir su parte de riqueza á los residuos; monopolizan la exportación de frutos meridionales, como la uva y la naranja... En la importación ejercen el mismo señorío comercial...» (1).

Probablemente, esto mismo que el Sr. Nogales dice con relación á Andalucía pudiera hacerse extensivo á otras varias regiones de España, y aun á la mayoría de ellas, cuando en ellas caen los extranjeros, y principalmente los ingleses. Decimos á menudo que en manos de extranjeros y de compañías extranjeras está una grandísima parte de la riqueza española. La explotación de las fuerzas naturales que en nuestro suelo existen la han emprendido casi siempre extranjeros, y en manos de extranjeros se hallan todavía en su mayor parte, según se ha reconocido hasta en documentos oficiales. En el renacimiento presente de la industria en España, ¿podrá negarse el influjo extranjero manifestado en diferentes formas? Recordemos igualmente la obra de los norteamericanos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, después de la guerra de España con los Estados Unidos.

Ciñéndonos más concretamente al punto que venimos tratando, difícil parece desconocer la superioridad que sobre los pueblos latinos tienen actualmente los anglosajones, tanto en Europa como en América. Años hace que viene hablándose de ella, y cuando tratamos de buscar modelos que puedan servirnos de enseñanza en alguna cosa, pocas veces dejamos de volver la vista hacia Inglaterra ó los Estados Unidos, cuando no á Alemania, como sucede, verbigracia, respecto de esta última, en asuntos universitarios, científicos y pedagógicos. ¿Quién no ha oído encarecer, ó ha encarecido él mismo, no tan sólo el gran desarrollo mercantil é industrial de Inglaterra, sino jun-

---

(1) *Alma andaluza*, por D. José Nogales, en la revista *Alma Española*, de 6 de Diciembre de 1903.

tamente con él la civilización entera y las buenas condiciones individuales y colectivas de los ingleses? La civilización industrial, como opuesta á la militar y superior á esta última, según las enseñanzas del inglés H. Spencer y de multitud de escritores que le siguen, ninguna nación la ha encarnado hasta ahora tan perfectamente como la Gran Bretaña. Prescindiendo de la conducta inglesa en la guerra del Africa meridional y de otras varias manifestaciones recientes del imperialismo británico, y prescindiendo así bien del recrudescimiento proteccionista producido, sobre todo, por obra de Mr. Chamberlain (señales precisamente, dicen muchos, del comienzo de la decadencia inglesa), la verdad es que, de Inglaterra, hace tiempo que apenas se nos habla más que para que la admiremos é imitemos los demás pueblos. Hemos oído ponderar y recomendar la robustez de su industria, el alto sentido mercantil que la inspira, su librecambio, la campaña perseverante y eficaz seguida para introducirlo en el país, el sistema de colonización, el vigor físico de sus habitantes, su culto por los juegos y deportes como medio de educación á la vez corporal y psíquica; la formación omnilateral de los educandos, de quienes se procura hacer hombres completos, y no meramente personas más ó menos instruídas y sabias; el arraigado sentido conservador-progresivo del pueblo, que ha servido de baluarte á las convulsiones revolucionarias del continente europeo, sobre todo de los países latinos, y que se traduce muy bien, verbigracia, en el hecho de no haberse publicado allí un solo Código (ni político, ni civil, ni penal...), cuando en las otras naciones los tenemos por docenas, sin que por eso disfrutemos de mayor orden y prosperidad, sino muy al contrario; la constancia y tenacidad para persistir en la persecución de un fin; el vigoroso espíritu de individualidad é independencia, que hace de cada inglés un *self made man* que confía ante todo y sobre todo en sí mismo, en sus propias fuerzas (*self-help*), aunque para aquello á que éstas no alcanzan busque la cooperación libre de otros individuos, más que la del Estado oficial, por lo

que es Inglaterra acaso el país donde la asociación privada tiene mayor florecimiento y eficacia como manifestación y á la vez complemento del mentado *self-help*; el progreso constante, enlazado con ese desarrollo á que nos acabamos de referir, de las instituciones sociales tutelares y preventivas, en favor de los pobres, los enfermos, los desamparados, los delinquentes, los niños en peligro moral, los ebrios habituales, los miserables..., hasta en favor de las bestias; la ayuda legal á tales instituciones, ó sea la poderosa legislación social, que constante aunque lenta y prudentemente va creciendo, y que ha hecho de Inglaterra la nación donde, sin hablarse apenas de socialismo, quizá sea aquella en que exista más socialismo en acción, ó sea más legislación protectora de los trabajadores manuales y de toda clase de individuos débiles y necesitados; la criminalidad de este país, relativamente menor que la de otros, efecto de la multitud de medios preventivos contra la misma que en él existe, y de su progreso penitenciario; la firmeza y estabilidad políticas, el funcionamiento normal del constitucionalismo, sin las adulteraciones y ficciones que se advierten en los pueblos del continente europeo; el ejercicio real y verdadero y el respeto profundo que allí existe á la libertad en sus varias formas... Todo esto y algo más se nos viene continuamente preconizando — no habrá quien no lo reconozca— como méritos de los anglosajones, sobre todo de los ingleses, y como señales de su preeminencia y hegemonía sobre los otros países que carecen de semejantes dotes ó que las poseen en grado inferior.

Reconocido el hecho, conviene decir sobre él algunas palabras. Por orgullo nacional, ó por patriotismo verdaderamente *chauvinista*, hay quien lo niega; pero tal negativa apenas merece, creo yo, que se le haga caso. De no estar inspirada por un gran desconocimiento de la situación efectiva de las cosas, sólo puede obedecer al sentimiento que impulsa á los pequeños y débiles en cualquier respecto á confesarse tales. Es

muy difícil reconocerse inferiores á otros, y en las colectividades este reconocimiento cuesta quizá ordinariamente más trabajo que en los individuos, con costarles muchísimo á éstos. Hay un instinto sumamente poderoso que lo estorba. Antes que declararnos públicamente inferiores, acudiremos á mil subterfugios y ficciones para impedir que se descubran nuestros defectos ó escasez de fuerzas y recursos. Y cuando podemos poner de relieve las lacras de otros, principalmente las de los pretendidos superiores, experimentamos un regocijo indecible, como si con ello se aminorasen ó cubriesen las nuestras. ¿Quién no ha visto, por ejemplo, el placer con que la prensa habla á menudo de los males ó abusos que en otros pueblos advierte, tendiendo con ello de modo explícito ó implícito á justificar los de casa? El «en todas partes cuecen habas», del que aquí hacemos un empleo frecuente, quiere ser una capa de nuestra endeblez y atraso.

Pero, del otro lado, hay también un fenómeno correspondiente. Los anglosajones pretenden ser superiores á todo trance, y hasta sus brutalidades é inmoralidades quieren presentarlas á los ojos del mundo como signos y manifestaciones de su superioridad. La caricatura pone á menudo bien de relieve esta condición. El inglés, por ejemplo, se conduce como si el rey de la creación fuese, no ya el hombre, sino él. La traducción de la doctrina de Monroe en esta fórmula: «América para los... yanquis», pudiera aplicársela también el inglés y decir: «el mundo para los ingleses»; ó mejor, se la podían aplicar de común acuerdo ingleses y yanquis, para declarar que el mundo lo ha hecho Dios para ellos, y que todas las demás cosas de él, incluso los hombres de raza inferior, las ha creado para servicio de los anglosajones. Contestando á una información abierta por la revista de París *La Renaissance Latine*, acerca de la América latina en sus relaciones con los Estados Unidos, decía uno de los informantes de la República de Honduras, y que firma con las iniciales M.-A. S.: «Sin ser amigos íntimos, los ingleses y los yanquis parece que se han entendido última-



mente para imponer la dominación de la raza anglosajona, creyéndose llamados á cumplir una misión civilizadora para con los pueblos que ellos consideran como inferiores. Desde su punto de vista, los pueblos latinos están destinados á desaparecer, porque la raza latina no sabe gobernarse» (1). Mucho hay de esto, efectivamente. Por un concurso de varios elementos poco conocidos, los anglosajones se encuentran favorecidos por la fortuna, y á causa de ello se figuran ser como de naturaleza distinta y superior á los demás hombres, y llamados por lo mismo á dominar á todos éstos, y aun á exterminarlos, para poblar el mundo de individuos pertenecientes á su propia raza. Los procederes de la colonización inglesa pueden enseñar bastante sobre el asunto, así como también la historia de la vida internacional de esa nación, donde se considera á otras moribundas y en trance de dejar libre el puesto á las vivas y fuertes, que vendrán á heredarlas.

La psicología humana es muy engañosa, por lo complicada. Puede uno tener poquísima confianza en sus propios juicios, en los cuales intervienen múltiples causas de error apenas perceptibles, ni aun después de fijarse atentamente. El éxito es una de esas causas. Propendemos grandemente á admirar á los que lo obtienen lisonjero, atribuyéndolo á condiciones y méritos individuales. No solemos tener en cuenta entonces la eficacia de combinaciones fortuitas, ó cuya acción escapa á nuestro conocimiento y análisis, y á las cuales, sin embargo, se debe tanta parte de los productos que creemos puramente personales, hijos tan sólo del querer individual. Gentes que á la continua pasaban inadvertidas por nuestro lado, y en quienes ni siquiera estaríamos dispuestos antes á reconocer las dotes de un ingenio despierto, se truecan de repente en objeto de admiración y hasta casi de culto para nosotros, tan sólo porque les ha acompañado la fortuna en cualquier empresa; entonces descubrimos, ó pretendemos descubrir, en ellas una

---

(1) *La Renaissance Latine*, núm. 2.º París, 15 de Junio de 1902.

E. M.—Febrero 1905.

porción de cualidades excelentes, extraordinarias, que en otro caso no habríamos sospechado jamás. Fácil es en ocasiones semejantes ver lo que no existe, ó ponerse cristales de aumento para engrandecer exageradamente una cosa ordinaria y vulgar.

¿No ocurrirá algo parecido en el problema que ahora tratamos? Si á los antroposociólogos no les desorientase el hecho de la prosperidad presente de los anglosajones, ¿habrían encontrado en el *homo europaeus* la superioridad étnica que ahora dicen que encuentran? Y los anglosajones mismos, ¿se atreverían á mostrarse, como lo hacen hoy, arrogante y despreciativamente superiores por naturaleza á los otros pueblos y razas? Casi me atrevería á contestar negativamente. Si es verdad, como muchos aseguran (Colajanni entre ellos, según hemos visto), que ya está iniciada la decadencia inglesa; si tal decadencia se acentúa y adelanta hasta el punto de perder Inglaterra el predominio que en ciertas cosas tiene hoy, pasando ese predominio á otras naciones, supongamos latinas, ¿qué quedará de la actual arrogancia y pretendida superioridad de raza? Fácil es que cambien de sitio y que los nuevos superiores temporalmente pretendan también erigirse en superiores por naturaleza. ¿Quién nos dice que no esté cercano el día en eso suceda, verbigracia, con el Japón, ó con la misma China, tenidos hasta ayer por raza indefectiblemente inferior?

Pocas afirmaciones habrá más verdaderas que aquella del filósofo griego, según la que «el hombre es la medida de las cosas»; y así como por esta causa propendemos á constituir en representantes de la verdad absoluta nuestros juicios y criterios relativos, variables, personalísimos, declarando erróneos los de los demás, diferentes de los nuestros, así también con facilidad suma atribuimos carácter de perpetuidad y de esencial á lo que observamos como propio del momento presente, sin percatarnos de que es transitorio. De esta suerte, el anglosajón de principios del siglo xx erige en natural y constante su superioridad del momento, lo mismo que acaso la erigiera

también en constante, natural é imborrable el español de siglos pasados, y como quizás la erija también el japonés ó el africano de épocas venideras. Este defecto de perspectiva histórica y de trabajo mental comparativo es acaso el principal factor determinante de la teoría en que se afirma la existencia de razas superiores y de razas inferiores.

¿Qué puede decirse, en definitiva, acerca de ella? A mi juicio, si no es posible afirmar de un modo seguro, ni con mucho, que tal teoría responda á la verdad de las cosas, tampoco hay datos suficientes que permitan negar en redondo su exactitud. Más que otra alguna, creo que la contestación que aquí cabe es un *non liquet* que deje la cuestión abierta, encomendando su solución á las generaciones venideras, cuando existan para resolverla, si alguna vez llegan á existir, lo cual dudo mucho, elementos bastantes sobre los cuales poder apoyar un juicio irrefutable y admitido por todo el mundo. Hoy por hoy no estamos en ese caso.

La teoría de las razas tiene sus fanáticos, que todo quieren explicarlo por ella. Esa teoría encuentra, no obstante, mil obstáculos para ser aceptada, obstáculos de que el libro de Colajanni ofrece un resumen bastante completo. Pero las razones que en contra de la misma se alegan no son tampoco de aquellas que convencen y se apoderan irresistiblemente del ánimo de quien las llega á conocer. A mí, francamente, no me dominan. El estado de mi mente respecto del problema que se discute es de abstención prudente ó, si se prefiere decirlo así, de indecisión y duda. No me atrevo á dar la razón á ninguna de las dos posiciones extremas, ni tampoco las juzgo del todo desacertadas. Quizá ambas tengan razón. Si no alcanzo á comprender claramente de qué manera sea la raza de los dolicocefalos la causa única de la superioridad actual de los anglosajones, en general reconocida, tanto menos cuanto que los elementos étnicos están en dichos países sumamente mezclados, igual que en los otros, ó más acaso, como lo demuestra el ejem-

plo de los Estados Unidos, tampoco me allano á dejar completamente á un lado el factor de la raza, ó quizá sería mejor decir el factor endógeno, como ineficaz en absoluto para la evolución sociológica. Nadie, hasta ahora, ha demostrado suficientemente esa eficacia; pero ¿se ha probado tampoco lo contrario? De la propia manera que, sin haber precedido una demostración análoga sobre el influjo del temperamento individual en la conducta de cada hombre, yo propendo á admitir ese influjo, si bien no como exclusivo, sino como mezclado y combinado con otra multitud de ellos, así también me inclino á dar cierta parte de influencia (sin determinar matemáticamente su cuantía) al elemento étnico en el alma y el hacer de las colectividades.

Los que tan sólo quieren explicar la historia, es decir, las manifestaciones de la conducta de los hombres, por causas externas, ¿han demostrado sus asertos? Hay quien atribuye, tocante al particular, un poder único á la situación geográfica y al clima, pretendiendo, por ejemplo, explicar por la posición insular de Inglaterra y las condiciones de su suelo (abundancia de yacimientos de hulla) el desenvolvimiento lentamente orgánico de esta nación, y su grandeza industrial y mercantil, desconociendo todo otro influjo; hay quien establece una ley, que puede llamarse histórico-geográfica, según la que la civilización se va inevitablemente apartando de los países del Sur y cálidos para refugiarse más cada vez en los septentrionales y fríos; muchos sólo admiten la eficiencia de causas sociales; no falta quien habla de edades en los pueblos como en los individuos, y cree que aquéllos, lo mismo que éstos, crecen, llegan á su apogeo, envejecen y mueren, para dejar su sitio y su herencia libres á otros; los de acá confían en la infusión de sangre nueva, de sangre bárbara, como medio de regeneración de las razas decaídas, y achacan á la pérdida de la barbarie y á la latinización, que vale lo mismo que refinamiento y decadencia, la postración actual de algunos pueblos; á veces se pretende enlazar toda la vida social, toda la historia, con la

religión ó con religiones determinadas, en relación de efecto á causa única; hay asimismo quien da una intervención poderosa, como por instinto, presentimiento ó presunción, á causas que obran inconscientemente, en muy complicada y mutua acción y reacción, que á nosotros no nos es dado discernir y conocer... Y aún podríamos referir más puntos de vista. Pero nadie pone bastantemente en claro sus asertos. A lo sumo, cita en demostración de los mismos algunos hechos, que fácilmente se desvirtúan y contradicen con otros. Todas esas afirmaciones ó criterios que acabamos de mencionar no tienen, pues, más valor que el de simples hipótesis y conjeturas, sin nada seguro y unánimemente reconocido.

Tengo, como he dicho, inclinación á reconocer algún influjo, sin saber cuánto, á la raza ó factor endógeno. Sin semilla no hay planta, aunque no la haya tampoco sin algunas condiciones externas favorables para la germinación, y aun cuando no nos sea posible aquilatar el *quantum* de participación é influjo de unas y otras. Sin que para ello sea precisa la existencia de razas puras, puede, creo, afirmarse el valor de la raza en la germinación y floración histórica, del propio modo que se afirma la de la semilla en la germinación y floración del vegetal. La semilla puede ser el producto de multitud de cruzamientos; mas no por eso deja de ser semilla, con su índole especial y característica, diferente de la de otras semillas. Igual puede suceder con las razas. En absoluto, no será lícito declarar á unas superiores ni inferiores á las otras; en todas ellas puede haber individuos naturalmente bien dotados, y otros que lo estén mal. Pero no será permitido sostener que todos los miembros de una raza ó pueblo son superiores ó inferiores á todos los de otra ú otro. Se trata de una cuestión análoga á la de la superioridad ó inferioridad de los sexos: no todos los hombres son mejores ó peores, más ó menos capaces mentalmente, más ó menos morales, más ó menos aptos para ejercitar sus fuerzas, sus derechos y demás, que todas las mujeres. Sucede también aquí lo mismo que con las semillas: no todas

las de una especie de trigo, supongamos, son mejores que todas las de otra especie.

Pero se puede establecer la comparación en globo, y decir: las semillas de la primera especie son, en general y salvo excepciones, más adecuadas para obtener estos ó los otros productos *en un mismo ambiente externo*. ¿No es esto aplicable á los hombres (herencia, temperamento, condiciones nativas...) y á las naciones? ¿No hay pueblos cuyos individuos están, en general, mejor ó peor dotados que los de otros *para ciertas cosas*? ¿Qué, sino esto, es lo que se pretende significar con la ya mentada psicología de los pueblos? Esa psicología es el reconocimiento de la existencia de un factor endógeno, diferentemente desarrollado, ya que no de cualidad diferente en cada uno de ellos. Obedezca esa diferencia á lo que quiera (conformación craneana, dolicocefalia..., distintas cualidades psíquicas, etc.), el hecho es que existe y que se reconoce su existencia. Aunque todos los hombres y todas las razas, lo propio que todas las semillas de una misma especie, se compongan de iguales elementos, la proporción en que éstos se combinan varía, y esta variabilidad es la causa de diferencias cuantitativas, que á veces alcanzan la categoría de cualitativas, no de otro modo que la desigual proporción con que se combinan unos mismos elementos químicos origina cuerpos diversos con caracteres y fenómenos distintos.

Pero el germen no lo es todo. Más aún, el germen solo es infructífero. Necesita para desarrollarse una suma de condiciones favorables que constituyen el medio. Sin esas condiciones, no hay desarrollo germinal posible. Y esas condiciones pueden ser y son á menudo muy diversas, y de sus combinaciones pueden resultar medios muy propicios ó muy contrarios. ¿Quién es capaz de decir cuáles hubieran sido los productos sociales de la llamada raza anglosajona, superior, si se hubiera visto constreñida á hacer su vida en ambiente no sólo geográfico y en general físico, sino también social, distinto de aquel de que ha estado rodeada? ¿Y qué hubiera sido en

este último ambiente de pueblos de otra raza, como los latinos? Es de advertir que á estas preguntas solamente podría darse contestación satisfactoria cuando se hubieran hecho los experimentos respectivos, cosa que no ha sucedido ni es fácil tampoco que suceda.

La acción constante de un medio determinado más ó menos favorable para el despliegamiento de las condiciones nativas ó germinales produce también al cabo, sobre todo mediante la herencia, tanto individual como social é histórica, cierta modificación en aquellas condiciones. No se conseguirá, sin duda, sustituir radicalmente la índole ó naturaleza de los seres, es decir, de las semillas; pero sí cambiarla bastante y hasta de un modo profundo, con tal de que el influjo exterior sobre ella se ejerza continuamente en una misma dirección y no haya otros elementos que lo contrarresten.

El medio se halla así bien sujeto á posibles cambios, especialmente el medio social, el más importante para nuestro asunto. Cuanto mayor va siendo la civilización de un grupo humano, mayor va siendo también su dominio de las fuerzas meramente naturales, y por lo tanto su independencia frente á éstas y al conjunto de las mismas, que se denomina ambiente físico. Pero al compás de este decrecimiento aumenta el influjo del ambiente social é histórico, que vale tanto como decir de los elementos psíquicos y propiamente humanos. Los cuales son variables en gran manera. El plexo que forman es susceptible de múltiples y relativamente fáciles modificaciones. Por eso la civilización y el predominio histórico pasan con frecuencia de unas naciones y pueblos á otros, constituyendo lo que alguien llama la *rotación de las naciones*. A todas ellas puede decirse que les llega su hora. La civilización y la superioridad no están vinculadas á ninguna. Todas atraviesan períodos de iniciación, de florecimiento, de postración, de resurgimiento. Si nos fijamos sólo en una época determinada, supongamos en un siglo, no es muy difícil calificar á los pueblos entonces existentes de superiores ó inferiores, de

más ó menos civilizados. Pero la historia humana no comprende sólo un instante, comprende muchos siglos, y abarcándola toda con una gran ojeada, se perciben las vicisitudes históricas, la sucesiva aparición, hegemonía y decadencia de pueblos, y se persuade uno de lo efímero y relativo de toda superioridad y de toda prepotencia. Ningún grupo humano puede fundada y racionalmente arrogarse la pretensión de ser constante y absolutamente superior á los otros, sin temor á caer nunca en inferioridad y aplanamiento; ninguno tampoco debe desesperar de elevarse y adquirir preponderancia. A los grandes dominadores y fundadores de vastos imperios, como Roma, la España de otros tiempos, la Inglaterra del jubileo de la reina Victoria, no se les ha debido de ocurrir como cosa posible la idea de que aquéllos se desmoronaran; cincuenta años hace, nadie sospechaba que el Japón había de llegar á ser lo que es hoy: una potencia que resiste victoriosamente la comparación con cualquiera otra de las del mundo civilizado occidental y que hasta infunde temor, militarmente hablando, á Rusia, una de las más poderosas. ¿Qué sorpresas no tendrá reservadas el porvenir á las generaciones futuras? ¿Qué será mañana, por un lado, de los fuertes y superiores de hoy, y por otro de los débiles, de los atrasados, de los decaídos, de los salvajes?

El ejemplo del Japón, más que nada porque lo tenemos aún á nuestra vista, ofrece materia de enseñanza. Nos explica cómo el medio social é histórico tiene, para los efectos de la civilización, más eficacia é interés que el físico; cómo ese medio social es susceptible de una modificación relativamente rápida, y cómo ella puede conseguirse por la intervención é influjo de factores exteriores. Es éste un punto que, á mi ver, merece que en él fijemos nuestra atención. Porque si la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos están ligados, no diremos exclusivamente, á fin de dejar un puesto al factor endógeno, pero sí en gran parte, con aquel conjunto de condiciones é instituciones que constituyen su ambiente social;



si, por otro lado, á ambiente social invariable corresponde forzosamente un estancamiento en el desarrollo histórico, resultará ser un requisito *sine qua non* de progreso el de agitar y modificar ese ambiente. El de cada grupo ó colectividad de hombres es, en cada momento, un ambiente de equilibrio; mas es de advertir que este equilibrio conviene que sea inestable, es decir, que se aparte de todo lo que signifique cristalización, tranquilidad mortal, y se convierta en saludable agitación y renovación de vida. Y la renovación de todo ambiente supone la introducción de elementos nuevos. Ambiente confinado y ambiente letal es lo mismo, en lo físico como en lo histórico. Pueblo cerrado á todo influjo extraño, á los influjos que producen efervescencia en sus elementos propios, es pueblo irremisiblemente perdido, pueblo que no incorpora su actividad á la corriente general de la civilización y de la vida, donde poder purificarse de sus detritus y renovar de continuo el caudal de su sangre. La comunicación con el exterior, el vivir en el extranjero y con el extranjero, á la vez que en y con el país propio, el extranjerizarse hasta cierto punto, parece condición indispensable de progreso social. Ahí está el caso del Japón, si no hubiera otros muchos análogos, bien significativos á este respecto.

De manera, pues, que, aun cuando sean únicamente fuerzas naturales (incluyendo entre éstas las psíquicas y sociales) las que determinen la marcha de los pueblos y su esplendor ó decadencia, y aunque entre esas fuerzas figure la de la raza, ó será mejor decir el factor endógeno, cuyo influjo parece innegable en tesis general y dentro de ciertos límites; sin embargo, no por eso está nadie autorizado para hablar de fatalidades históricas ni de superioridad é inferioridad absoluta é irremediable de pueblos, naciones ó razas. Más bien, lo que cabe inferir es que la vida social y sus factores dan muchas vueltas, y que los que hoy están arriba pueden mañana estar abajo, igual que hasta el presente ha venido sucediendo.

Si alguna consecuencia puede sacarse fundadamente de cuanto dejamos dicho—fuera de la de reconocer que el problema es sumamente complicado y difícil, que apenas si se ha comenzado á estudiar, y que no caben, respecto de él, á lo menos hoy por hoy, afirmaciones terminantes, sino más bien dudas;—si alguna consecuencia, repito, podemos sacar, es, probablemente, ésta: no puede invocarse la teoría de las razas para encender en nombre de ella luchas entre los pueblos, sino para entablar entre los mismos toda clase de relaciones pacíficas y cooperativas.

Notemos, por de pronto, que, según ya queda advertido, las ideas de superioridad é inferioridad son esencialmente relativas. Si cada agrupación humana, por ejemplo, cada nación, tiene un elemento étnico diferencial, que representa un germen digno de cultivo apropiado, lo que conviene es buscarle el medio más idóneo para su desarrollo, conforme á los fines que persigan como más útiles los hombres. Tales fines son y deben ser muy variados; y si necesitamos fuerza y vigor físicos, verbigracia, y á la vez inteligencia y cultura, arte, sentimientos delicados y nobles, fuerte sentido moral... y cada grupo étnico es más apto que los demás para el desarrollo de alguna de estas varias cualidades, sin que ninguno de ellos pueda arrogarse el monopolio de la superioridad en todas; claro es que todos pueden contribuir con los restantes á un resultado común y contribuir desde su propio sitio, que no será superior ni inferior, sino equivalente, al de sus colaboradores. En lugar del exterminio de unas razas por otras, se impone la fusión de todas en beneficio recíproco. «La sangre latina comunicará á la sajona su sentimentalismo, su idealismo, su amor á lo bello, y los sajones infundirán á los latinos su espíritu positivo, su amor al orden, al trabajo, á la libertad y al progreso.» Esto decía no ha mucho un hispanoamericano (1),

---

(1) El citado M.-A. S., en su contestación á la información de *La Renaissance Latine*, loc. cit.

refiriéndose al porvenir de la América latina; añadiendo que de este modo «la raza futura de la América española será la más completa de la humanidad, y que, por consiguiente, su porvenir será grandioso y brillante». Aunque no se trate sino de una conjetura, de un deseo ó ilusión optimista del autor, no compartida por otros de los que concurrieron á la información para la que él escribió estas palabras, yo no la tengo por una utopía descabellada; al contrario, me parece que lo que él dice sólo con respecto á la América latina podemos extenderlo á todos los pueblos y razas, sin preferencias entre unos ú otros, como lo hace el Sr. M.-A. S., abarcándolos á todos por igual.

Yo me fijo, por un lado, en que á medida que el hombre va conociendo más y más las fuerzas naturales y, por consecuencia, sometiéndolas á su servicio, no sólo se va haciendo más inteligente y previsor, sino á la vez, y por efecto de ello, más humano y benevolente. Su horizonte mental se ensancha, pero al mismo tiempo se fortalece y amplía su sentido moral. Así como cada día que pasa se descubre un nuevo modo de utilidad de las fuerzas meramente naturales, con lo que se va restringiendo el campo de las cosas inútiles, hasta el punto de haber hoy multitud de industrias que aprovechan como materias primas lo que en otro tiempo se consideraba como del todo inaprovechable (residuos de otras industrias, etc.), así también el número de los servicios que los seres humanos pueden prestarse mutuamente ha aumentado mucho y sigue en aumento. El concepto de la inutilidad entre los hombres se limita continuamente. Todo el mundo puede servir para algo; hay operaciones cuyo desempeño se confía con facilidad á individuos tenidos en otras épocas por inútiles ó perjudiciales (viejos, valetudinarios, niños, mujeres, delincuentes...). La idea de la asistencia gratuita para estos seres va siendo reemplazada por la de la asistencia por el trabajo; es decir, que la relación puramente parasitaria se convierte en relación de mutualismo, de simbiosis, de asistencia recíproca. En el lugar

de la limosna graciosa (y, por lo mismo, á menudo degradante y humillante) se pone la limosna onerosa, interesada, pero que no por eso se da con menos amor al prójimo, el cual, al recibirla, la recibe sin abdicación alguna de su dignidad, porque da á cambio de ella un equivalente en servicios, y en tal sentido, tan limosna como la que á él se le da lo es la que da él y lo son los servicios que unos á otros se prestan todos los hombres. Ahora, ¿no es perfectamente aplicable este criterio á la resolución del problema de las razas, lo mismo que al de los sexos? ¿No se sustituye así, conforme debe, quizá, suceder, el concepto de razas superiores é inferiores, de razas rivales, por el de razas equivalentes y solidarias?

De otro lado, ya se ha dicho que, en sentir de los antropólogos, por más que ninguno de ellos pueda dar una demostración suficientemente clara de su aserto, no existen actualmente razas puras. «Todas las razas actuales están completamente mezcladas... Lo que nosotros vemos hoy y llamamos razas son sencillamente algunos de los grupos compuestos mucho tiempo antes de que haya habido anales humanos. Mucho antes de que los hombres fabricaran cosa alguna de las que los arqueólogos reconocen como obras de arte, se había repetido multitud de veces el proceso de amalgamación de las razas, y todas ellas estaban absolutamente confundidas» (1). Pero este proceso de integración de las razas ha continuado. Imagínese lo mezcladas que estarán ya hoy, y sobre todo lo mezcladas que estarán en el porvenir, teniendo cuenta que «el mundo parece hallarse todavía en la infancia... Las razas se mezclarán más y más cada día, y cuanto más se mezclen más se confundirán... La integración de las razas continuará hasta que todas las razas de hombres se hallen fundidas en una sola y grande raza homogénea: la raza humana... La sangre y la cultura serán cosmopolitas... Esta raza humana perfeccionada, final, reali-

---

(1) Lester F. Ward, folleto citado.

zará entonces todo lo que haya de más grande y bueno en el hombre...» (1).

El autor de las frases que acabamos de citar presenta sus tesis como formando parte de una utopía. Pero ¿realizable? A mí, que no me gusta extralimitarme en hacer afirmaciones, dando como seguro y positivo lo que no lo sea, y que, antes bien, propendo, cada vez con mayor fuerza, á exagerar acaso el opuesto punto de vista, poniendo atenuaciones á cuanto digo y dando carácter hipotético á casi todo lo que se nos suele ofrecer como científico; á mí, digo, me parece la dicha utopía bastante verosímil. Téngase en cuenta la multiplicidad de enlaces, cada vez mayor, que se van entablando entre los diferentes pueblos y regiones de la tierra, á consecuencia, sobre todo, de la facilidad de comunicaciones, lo que no puede menos de traer cruzamientos de los individuos pertenecientes á esas regiones y pueblos, y por lo mismo la unificación de razas y sangres. Aún hay sitios privados casi enteramente de todo contacto y comunicación con los demás, y donde hay pocas mezclas, porque sus habitantes viajan poco y no son apenas visitados por nadie; pero con el tiempo cambiará tal estado de cosas. Puede decirse que ya hoy no hay terrenos inaccesibles. Más pronto ó más tarde, todos entrarán en el concierto universal y vivirán la misma vida que los otros y en estrecho vínculo con los otros. Échese una ojeada en derredor, y véase lo que al presente está sucediendo. Y este proceso de integración y unificación, «que hoy nos parece tan lento, y que, sin embargo, es rápido cuando se le compara con las épocas antiguas, irá siendo más y más rápido en lo porvenir». ¿Cómo estarán las cosas de aquí á mil años, verbigracia? ¡Y eso que mil años apenas representan nada en la historia entera de la humanidad!

Un grave obstáculo existe para que semejante ideal se con-

---

(1) L. F. Ward, *loc. cit.*

vierta en hecho: el mismo obstáculo que muchísimas veces enciende la guerra entre las naciones y, en general, entre las colectividades, y que también ha traído en buena parte el actual problema de la superioridad ó inferioridad de las razas. Rara es la agrupación de hombres que no se muestre muy celosa de su independencia y sustantividad. Ninguna suele querer ser absorbida por otra, ni unirse, y mucho menos confundirse, con ella, para constituir agrupaciones más amplias, personas sociales más completas, podríamos decir, donde por su propia voluntad quedara reducida á la categoría de simple miembro componente, cual acontece, por ejemplo, en los llamados Estados federales. Esta repugnancia á la absorción se advierte, sobre todo, en aquellas colectividades que se reconocen más débiles ó más pequeñas que otras, porque temen que, al unirse su personalidad, será sacrificada en aras de la colectividad más poderosa, la cual seguirá subsistiendo. En cambio, les halaga el absorber ellas á otras é imponerse á éstas. Así se viene observando desde que los hombres vivían vida de tribu, cada una de las cuales, al propio tiempo que tendía á subyugar á otras, se mostraba rebelde á ser subyugada por cualquiera de ellas. Tampoco los municipios pequeños se avienen á incorporarse á los grandes, perdiendo su sustantividad como tales municipios, aun cuando con ello ganen sus habitantes en comodidades, por ser mucho mayores los servicios que pueden utilizarse en los centros populosos. Y no digamos nada de las naciones: aun las más minúsculas parece que quieren conservar su realidad propia perpetuamente, y se revuelven y enfurecen ante la perspectiva ó la simple idea de ser despojadas de ella.

Tal es el estado presente de las cosas en lo esencial: un estado de recelo y de lucha, en que cada agrupación territorial de hombres se libra, hasta donde le sea posible, de las acometidas de otras agrupaciones, á fin de no confundirse con ellas, pero tratando, en cambio, de que otras vengan á formar parte de su círculo propio. No es, sin embargo, de creer que esta

situación dure eternamente. Hasta podría decirse que hay una poderosísima propensión inconsciente ó, si se prefiere decirlo así, una ley histórica que lo impide. Por debajo de las apariencias de lucha y separación hay un fuerte vínculo que une. Las mismas guerras, actos de hostilidad y de prepotencia, son á menudo manifestaciones de ello, y los grupos que las sostienen, instrumentos, aun á pesar suyo, de semejante unión. Del fraccionamiento grandísimo de la soberanía política en las épocas feudal y municipal, durante las cuales existían multitud de Estados autónomos donde ahora no existe más que uno, surgieron las naciones contemporáneas; de los varios reinos y soberanías regionales ó locales que en pasados siglos existieron en España, Francia, Italia, etc., enemigos unos de otros, ha venido la integración que esas naciones representan, sin que con la absorción y la pérdida de muchas independencias se haya retrocedido históricamente, sino al contrario, si es que de progreso ó regresión puede alguna vez hablarse. Se han agrupado, casi siempre de una manera violenta, muchas antiguas personalidades en otra más amplia, mezclándose sus respectivos miembros y formando un solo cuerpo étnico é histórico: el cuerpo nacional.

Es de suponer que la historia no se detenga en el instante actual, sino que, antes bien, siga su curso, y que continúe cumpliéndose la referida ley que podríamos llamar de fusión y constitución de entidades sociales cada vez mayores, todos cuyos miembros se estimen—cual ahora ya ocurre con los habitantes de las distintas naciones—como pertenecientes á una misma raza, como procedentes de los mismos orígenes y como coparticipantes en unos mismos intereses comunes. En nombre de todo esto, que es lo que en fin de cuentas significa el llamado principio de las nacionalidades, se han constituido á nuestra vista, no hace muchos años, algunas naciones de Europa. Entre éstas, es decir, entre las naciones, median todavía hoy fuertes rivalidades; mas ¿no serán tales rivalidades el mayor acicate para su unión futura, como pasó antaño con los

Estados regionales y municipales, agrupados por fuerza para formar naciones? Nótase ya bien marcada la tendencia á ensanchar el concepto de nación por encima de las existentes actualmente, pretendiendo identificarlo con el de grupo étnico; como al amparo del principio de nacionalidad se han formado, ya queda dicho, algunas unidades políticas contemporáneas, al amparo de ese mismo principio se quiere también formar otros círculos más vastos dentro de los cuales queden incluidos los presentes círculos nacionales; se habla de panlatinismo, de pangermanismo, de paneslavismo, como las grandes entidades entre quienes se producirá mañana la lucha: frente á la América del Norte, ó frente á la de origen anglosajón, se pone la América del Sur, ó la hispanoamericana; contra los Estados Unidos americanos, ó sea contra todas las Repúblicas americanas confederadas, los Estados Unidos de Europa, ó sea la federación europea, preconizada ya á estas horas por algunos sociólogos y políticos; también se tiende á constituir la lengua en vínculo de nacionalidad, y junto á la unión de todos los pueblos que hablen, por ejemplo, inglés (federación de Inglaterra con sus colonias antiguas ó actuales), se aspira á establecer la de los que hablen español (federación de España con las suyas)... Todo parece inclinar el ánimo á creer, sobre todo cuando se levanta la vista por encima del momento actual para esparcirla en más amplios horizontes históricos, que en un porvenir quizá no lejano habrán desaparecido, por estrechas y mezquinas, las naciones actuales, y habrán sido reemplazadas por agrupaciones más comprensivas. «Ningún pensador un poco serio—dice un escritor y diplomático sudamericano, Vargas Vila (1)—podrá creer que en el siglo próximo América ha de hallarse dividida en tantas pequeñas naciones como hoy». Es posible, en efecto, que no lo esté; quizá forme una sola; acaso se haya constituido un solo gran Estado hispanoamericano, ó anglosajón-hispanoamericano; y los españoles, me-

---

(1) En la citada información abierta por *La Renaissance Latine*.



diante esta federación y mediante tratos de España con Inglaterra, ó mediante conquista pacífica ó guerrera, por Galicia, por Málaga, por Gibraltar, por otros puertos, se hallen de tal modo confundidos con los ingleses, que constituyan con ellos una sola nación, una sola entidad social ó raza histórica. ¿Ganaremos con ello? ¿Ganarán los ingleses por haberse mezclado con los españoles, raza que antes juzgaban inferior? ¿Nos prestaremos los unos á los otros nuestras buenas cualidades, ó los males y los defectos? Todo puede ocurrir; nadie será capaz de hacer una previsión segura sobre el caso.

Lo que sí puede quizá decirse es que, mirando la cuestión de esta manera, todo eso del orgullo nacional, de la independencia nacional, del patriotismo *chauvinista*... resultan cosas bien mezquinas, tan mezquinas como podría serlo la pretensión —que hasta tendríamos hoy por ridícula— de los leoneses, ó los navarros, ó los aragoneses, á resucitar por patriotismo sus antiguos reinos. ¿Fué un bien que desaparecieran? ¿Fué un mal? ¿Será un bien ó un mal que, de manera análoga, y por estos ó los otros procedimientos, desaparezcan mañana España, Francia, Inglaterra, tan celosas hoy de su autonomía, para formar juntas una unidad superior donde se recojan y fundan las oposiciones de todo género ahora existentes entre ellas?

Los destinos de la humanidad dependen más acaso de lo imprevisto que de la voluntad y propósitos actuales de los hombres que se mueven y dirigen, al parecer, el mundo en cada instante. Aun cuando las naciones más poderosas realicen mil brutalidades sobre las más débiles, y en sus relaciones con ellas y con las colonias se dejen guiar exclusivamente por sus egoísmos y ansia de prepotencia y dominación, por veleidades imperialistas, por el afán de conquistar nuevos mercados para sus productos, nuevas fuentes de donde sacar materias primas para las industrias de la metrópoli, y nuevos territorios donde plantar orgullosamente la bandera del propio país, la verdad es que, aun sin quererlo, y aun cuando lo hagan á costa de muchas tropelías y sacrificios innecesarios del

sometido, están quizá realizando una obra providencial de progreso y preparando un estado de compenetración y fusión de pueblos, que habrá de ser más perfecto que el presente de separación y hostilidades. Si, por ejemplo, la guerra reciente de Inglaterra con las Repúblicas del Africa meridional, que trajo como consecuencia la sumisión de aquéllas al poderío inglés, tuvo mucho de injusta y censurable, sobre todo á primera vista; sin embargo, es posible que con ella se haya prestado algún importante servicio á la solidaridad y al fomento de los intereses humanos, incluso á los de índole más elevada é ideal. Probablemente se habrá tendido con ella un fuerte cable de unión entre el actual mundo que se dice civilizado y el inmenso continente negro, unión de la que pudieran resultar grandes bienes para todos, por incorporarse á la corriente general de la historia y la civilización humanas una fuerza poderosa, que hasta ahora ha permanecido inactiva en este respecto.

P. DORADO

# CLÍNICAS DE LA HISTORIA

---

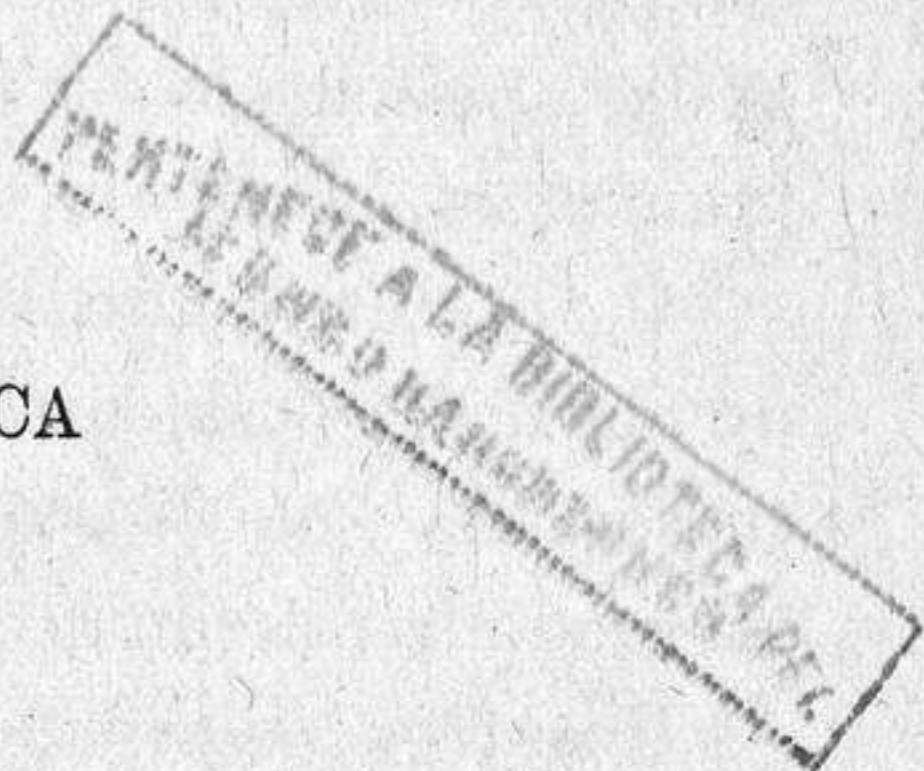
## ESTUDIO DE CRÍTICA

### I

La Historia Universal es una inmensa clínica del espíritu, en la que se hallan representadas todas las dolencias del alma colectiva, todas las infecciones político-sociales, el *morbo* gigante que corroe la entraña humana desde los tiempos legendarios hasta la presente civilización.

Lo difícil es hacer en esa clínica, frente á los cadáveres ya momificados de tanto *degenerado* con *corona*, la luminosa *etiología* que nos dé la clave de la enfermedad y el secreto de su curación. Son necesarios, para hacer tan admirables análisis, médicos-filósofos, y hasta el momento sólo han desfilado por ahí embaucadores y curanderos. Taine, Renan, hicieron algo, pero la odiosa turbamulta de preocupados fanáticos ahogó su voz elocuente y acusadora. ¡Inspiran tanto respeto los muertos, que pocos se atreven á hacer justicia á sus actos cuando fueron vivos! La crítica busca ideas, y no debe detenerse ante ningún respeto para encontrarlas.

El filósofo es el único hombre que tiene derecho á remover la tierra de los cementerios históricos y á sorprender entre las tumbas, cubiertas con el musgo de los siglos, los grandes secretos de la política. Hay que ahondar con afilado bisturí en la masa cerebral de reyes y ministros, hasta encontrar el ger-



men del mal. Hay que construir la nueva Historia: la Historia depurada, real, experimental, la única verdadera; que esta ciencia, contra lo que piensa un falso idealismo, se rige por leyes perfectamente naturales. Por no hacerlo así venimos escribiendo ha muchos siglos una verdadera *novela de la Historia*, novela en la que sólo han colaborado, hasta hoy, la fantasía, el fanatismo y el miedo, pésimos artífices para construir el edificio de la verdad.

Casi tenía razón aquel pensador que dijo «que la Historia no enseñaba otra cosa sino que nada puede saberse con su estudio». Hay pueblos que no son dignos de tener historia. ¡De tal modo la falsean al escribirla!

Nosotros los españoles hemos forjado una historia oficial, tejido de sublimes hipérboles y atrevimientos grandiosos, de la que resulta la superioridad de nuestro espíritu, el invencible temple de nuestro carácter. Ahí está el secreto de nuestra decadencia, que hemos hallado para infelicidad nacional, moriendo el polvo en espantosas derrotas y marchando tras el carro del progreso como una legión de rezagados y de parias, impedimenta que va á la cola de todos los ejércitos. Sagunto, Numancia, Zaragoza, la lucha de ocho siglos, las guerras de Flandes, Lepanto y Pavía, San Quintín, El Callao, etc. ¡Qué hermoso y áureo sueño! Hasta nuestras derrotas aparecen sublimadas por la patriotería. Rocroi y Trafalgar, ¡qué admirables hecatombes! El pueblo español grita con el Dante: «Un bello morir honra toda una vida». ¡Error gravísimo! Lo esencial es vivir, pelear noblemente en la lucha por el progreso, en la que no se derrama sangre y donde no mueren hombres, sino ideas caducas y reaccionarias. España es el sepulcro de Europa. Con el fósforo de los huesos de nuestros hijos sacrificados habría para abonar los campos de este hermoso pedazo del planeta. Saber morir por altas causas es bello; pero saber vivir sin vilipendio en el concierto internacional, más bello todavía.

Algún día se convencerá la humanidad de que todos esos

grandes tópicos de honor nacional, espíritu de raza, etc., no valen una sola de las lágrimas que una madre vierte junto al cadáver de su hijo asesinado en aras del mal llamado *deber militar*. España se parece á uno de esos jefes de familia que, teniendo hijos rebeldes y díscolos en su propia casa, pretenden gobernar en los disturbios de la ajena. Por propagar la fe de Cristo hicimos una guerra salvaje é implacable en los Países Bajos, sembrando de patíbulos y hogueras el camino por donde debían marchar, cogidas de la mano, la tolerancia y la persuasión.

El duque de Alba escribía á Felipe II: «Señor, hoy, *miércoles de Ceniza*, he preso y mandado ajusticiar á 500. Para después de Pascua temo que pasarán de 800». Y mientras el de Alba ensangrentaba los campos flamencos en nombre de aquel caballero de la fe, como á sí mismo se llamaba Felipe II, la Inquisición confiscaba bienes, achicharraba cuerpos, mutilaba prensas, ponía candados al progreso y mordazas al genio en nombre de la religión más democrática de la Historia: de la sublime religión de Cristo. Las guerras de Flandes, Italia, América y Francia se miran como honrosas páginas de nuestro historial y ejecutorias de prestigio, cuando no fueron sino actos del eterno bandidaje internacional, ejercido en gran escala desde los tiempos más remotos por los pueblos fuertes, como lo han ejercido Inglaterra en África y Europa con Grecia en nuestro siglo.

Un sentimiento de estúpida adoración á los triunfos militares, que aún subsiste, y que yo llamaría *deificación del sable*, ha tejido coronas de laurel para muchos aventureros de espada y rodela, cuyas hazañas más dignas son, en puridad, de las sanciones del Código penal que del homenaje debido á los grandes heroísmos. Don Juan de Austria, el duque de Alba, Cortés y Pizarro, ¿merecen tamaña glorificación y ensalzamiento como por la rutina académica se les tributa? ¿Qué otra cosa fueron que bárbaros ejecutores de ambiciones imperiales y concupiscencias religiosas? Al que me diga que miento, yo

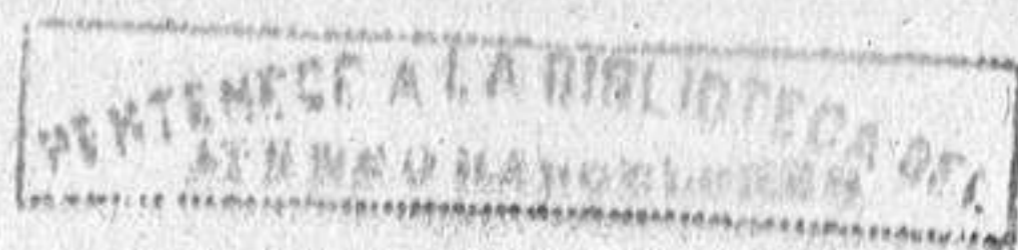
le enseñaré los patíbulos de Egmont y Horu, los templos violados en Méjico, las melancólicas campiñas de Holanda, reflejando la siniestra luz de un vastísimo incendio, árboles sosteniendo en sus ramas racimos de cabezas de mártires (que lo mismo en Bélgica que en España, mártir es el que muere por la libertad de su patria), los tesoros saqueados, las ciudades trocadas en vastos lupanares, y en gigantesco patio de Monipodio, donde unos hombres que se llaman cristianos violan y matan, roban ó confiscan, y levantan para los enemigos en ideas religiosas el mismo madero afrentoso que la barbarie pagana levantó para Jesús, el primero entre los grandes reformadores.

Desde niños marchamos por ahí canturreando las hazañas de nuestros pretendidos héroes; de nuestra historia, como de un gran matadero, sale olor á sangre, que embriaga; conocemos á Gonzalo, á Paredes, al Cid, al Tenorio, antes que á Homero, á Semíramis, á Víctor Hugo, San Vicente de Paúl y Pestalozzi; vamos conducidos de la mano por nuestros padres á la fiesta taurina, en lugar de visitar los grandes dolores humanos en los hospitales y cárceles; nos enseñan á ser crueles y feroces, y miramos con desdén á los prudentes, motejándoles de cobardes en aras de nuestra pueril jactancia, de invencibles matones históricos. En nuestro cerebro, manchado con las negruras de la ignorancia y la mojigatería, batallan ideas peregrinas y atávicas en caótica confusión.

Esperamos ver aparecer á Santiago en su blanco caballo, y al rey de Navarra rompiendo de un hachazo el férreo círculo de las tiendas árabes en las Navas de Tolosa; y cuando un pueblo extraño nos desacata ú ofende, nos figuramos que no han de faltarnos nuestros dioses tutelares, y marchamos á la pelea con cañones prehistóricos y barcos de madera, creyendo que con nosotros va entera toda una legión de héroes mitológicos, desafiando el número, la naturaleza y la muerte, como los gigantes de Homero, víctimas del falso espejismo de la leyenda, y ciegos á los luminares esplendorosos de la realidad.

¡Cavite y Santiago, sombras funestas! ¿seréis, al fin, para mi patria, escarmiento y lección?

## II



¿Qué enseñanzas nos da la Historia? La Historia, bien estudiada, demuestra que aún nos encontramos en una verdadera infancia de cultura moral. Hoy, como ayer, nos enseña experimentalmente la negación por los pueblos de los grandes principios ético-jurídicos, la perversidad de este endiosado mamífero que se llama racional, inteligente y religioso, y ha inventado la guerra, la Inquisición y la horca. La Historia nos muestra el incesante y rapidísimo progreso material al lado del horrible estancamiento de los principios del orden moral. Recorriendo sus páginas y contrastándolas con la realidad presente, se alcanza la dolorosa convicción de que no progresan jamás de un modo paralelo la materia y el espíritu. Sólo el mundo físico se transforma. El mundo moral parece la petrificación del egoísmo y la fuerza. El hombre con sus pasiones hace inhabitable este hermosísimo palacio de la creación. Al observar cómo tras diez y nueve siglos de predicación constante, desde Jesucristo y San Agustín á Kant y Tolstoy, el hombre sigue rindiendo culto á la mentira y la guerra, se llega á sospechar si será moralmente imperfectible nuestra especie. Al ver al cabo de tantas cruzadas de reivindicación psíquica subsistir todas las grandes opresiones del espíritu bajo formas diversas, pero en perdurable vigor de esencia, se llega á dudar de la eficacia del progreso. ¡Progreso! ¿Y qué es progreso? Máquinas de hierro atraviesan los campos; innúmeros canales, esos *caminos que andan*, como dijo Pascal, refrescan el abrasado seno de la tierra pródiga; la diosa utilidad levanta á la industria suntuosos palacios en los que el trabajo temple sus armas bienhechoras para la lucha con la Naturaleza; silba la locomotora al cruzar entre los algodones de la India como al trepar al cerro de Sión, teatro de la sublime tragedia

cristiana; el océano soporta sobre su monstruosa espalda millares de ciudades flotantes que llevan de polo á polo las ideas y los productos; se perpetúan la voz y el sonido, y se transmiten las impresiones de los mundos por ingeniosos mecanismos. Si esto es progreso, confieso, en verdad, que hemos progresado de un modo increíble.

Pero las naciones no son sólo organismos que comen y asimilan. Tienen un alma, y el progreso para el alma consiste en la Libertad, el Bien, la Razón y el Derecho. ¿Somos libres? La libertad se alcanza con dos elementos: pan é instrucción. ¿Somos buenos? El bien se alcanza cultivando el deber, que debe ser, como afirmaba el gran Cimbali, la religión del porvenir. ¿Somos racionales? La razón se alcanza emancipando el cerebro de la coyunda odiosa de la ignorancia. ¿Tenemos Derecho?... La respuesta es bien triste. Nuestros obreros comen mal, y son en su mayoría analfabetos. Esclavitud del cerebro y del estómago, es decir, negación de libertad. Despreciamos al pobre y al ignorante, perseguimos en lugar de convencer á los que no piensan como nosotros, deificamos el ocio y el egoísmo; es decir, somos malos. Continuamos adorando las formas y los símbolos como los antiguos fetiches, volvemos la espalda á la ciencia para cultivar la fantasía, levantamos patíbulos y armamos ejércitos para ventilar nuestras discordias, es decir, procedemos por instinto, negando la razón. ¿Tenemos Derecho, Igualdad legal, etc.? Sólo teóricamente. La Ley es como el Jano de la Mitología. Tiene dos caras. La una es adusta y feroz, y mira á los peldaños sociales inferiores; la otra es placentera, y mira á las cimas de la jerarquía social. ¿Qué Derecho ni qué Ley son éstos que castigan el hurto de leñas y dejan impunes las más grandes violaciones jurídicas?

Y no hay exageración en mis palabras. En 1895, los jueces de Lecco (Italia) condenaron á una campesina por el hurto de un haz de leña á treinta y cinco días de cárcel, y pocos días después los de Roma condenaron á quince días de reclusión á un repugnante *plutócrata* que dió á una mujer quince puñala-



das por resistir valientemente á sus lascivos y bestiales deseos. Hubo una ciudad en la antigüedad que vendía en pública subasta los honores y los destinos, y hay una España y una Europa donde suelen venderse en subasta privada. Hubo una Edad Media que mataba moriscos y albigenses, y hay una Edad Contemporánea que asesina judíos y africanos. Hubo una Inquisición para los heterodoxos, y no ha mucho se creó otra Inquisición para presuntos delincuentes (la creada en Montjuich para los anarquistas). Tuvo el pensamiento una *aduanas* que impedía circular libremente los productos del espíritu sin el *regium exequatur* de la tiranía, y hoy hay una aduana para ciertas ideas y una mordaza para las bocas libres que enseñan en las aulas universitarias. Bacon decía que prohibir la circulación de un libro es tanto como asesinar la razón, y yo pudiera citar hoy más de uno de esos asesinatos. La ciencia oficial en España vive aún del dogmatismo, de la leyenda y de la tradición, y en ese horrible triángulo se han ahogado muchas inteligencias preclaras. Los grandes maestros del pensamiento humano jamás sometieron sus enseñanzas al vicioso reglamentarismo del Estado. Si Aristóteles y Vico, Hegel y Kant hubieran explicado en nuestras Universidades la *Ciencia Nueva* del uno, la *Razón Pura* del otro y la Filosofía de los demás, hubieran sido tachadas por los *payasos* científicos de algún flamante Consejo de Instrucción pública.

### III

Si la Historia nos enseña la esterilidad de los esfuerzos de la Filosofía para espiritualizar al hombre y hacerlo verdaderamente humano, nos demuestra igualmente cómo la fuerza es el gran árbitro de los destinos de la colectividad. En todo litigio internacional triunfan las bayonetas, ó el dinero que sirve para fabricarlas. La justicia, rara vez. Para un Morgarten y un Sempach hay cien Sedán. El viento que en Salamina so-

plaba contra la escuadra de Jerjes, parecía un instrumento de justicia providencial que se encargaba de equilibrar la enorme diferencia numérica de las escuadras griega y persa, y coadyuvaba al triunfo de la libertad helénica. Hoy, ni aun esa esperanza tienen los pueblos débiles. Nadie pelea bajo la acción de corrientes ciclónicas profetizadas por la ciencia, y la metralla puede más que el viento en los combates. En las guerras antiguas solía abrirse paso un sentimiento de filantropía en el fragor de la lucha, porque, como observa un gran pensador, se luchaba muy de cerca, y no había corazón tan duro que rematase al herido ó se ensañase en el agonizante. El agente de la guerra moderna es la Química, y este agente es anarquista: hiere sin plan, tira al montón, y sus terribles fórmulas son como el instinto ciegas, como la fatalidad inconscientes y brutales.

La fuerza es el gran instrumento y la vanguardia de la Historia. La ciencia y la virtud van á retaguardia, olvidadas ó perseguidas por sus contemporáneos, cuando no muertas ó despedazadas en el inmenso furgón que sigue al ejército de las razas. ¡Qué admiración despiertan en todas las almas los hechos sangrientos de los conquistadores!

Alejandro, Cambises, César, Tamerlán, Carlos V, Solimán, Napoleón. Jamás se apagó para ellos el incienso de la lisonja, y aún resuena en todos los oídos el aplauso universal para sus actos de bandidaje. El hombre aprende á dar la muerte antes que la vida, y por eso la Historia es un cementerio sin fin, en cuya lúgubre portada ha puesto la demencia humana una inscripción horrible, que dice: ¡Gloria al asesinato! Hojeando los anales de los pueblos, principalmente los de España, casi me siento inclinado á creer, como Rousseau, que la guerra es el estado natural del hombre.

En cambio, para el genio, el bien y el civismo, ¡qué antítesis! Para Jesús, la cruz; para Arístides, el destierro; para Colón, cadenas; para Galileo, mordazas; para el dulce Fray Luis de León, la cárcel; para Moorse, el desprecio; para Só-

crates, la cicuta; para el ilustre patrono de Dreyfus, la impopularidad; y para nuestro gran Castelar, la calumnia, peor que la crucifixión y la muerte.

El perímetro de las grandes ciudades de Europa está cubierto de estatuas, elevadas á los que yo llamo *grandes mata-dores de hombres*. ¡Cuántas madres habrán maldecido al pie de la columna Vendome, donde se levanta la figura pétrea de Bonaparte!

¡Qué lástima—dice Jorge Sand—que para los hombres de bien haya tan pocos monumentos! La ilustre escritora ignora que la historia del bien es casi desconocida por lo anónima, y que al presente sólo conocemos la historia de la perversidad humana. No sé quién ha dicho que los versos más hermosos de un poeta son siempre los que no imprime; y yo digo, parodiándole, que lo más hermoso de la Historia está inédito ó por escribir.

Hojead la Historia oficial. ¡Qué enseñanzas! Alejandro, aquel hombre de alma tan extraordinaria que jamás sintió orgullo por sus espléndidos triunfos y afortunadísimas empresas, mata á Clito, su hermano de leche, que le salvó la vida en la batalla del Gránico; la vieja sociedad romana da de puñaladas á César, en evitación de la sabia selección por él preparada para sanear su organismo, como más tarde apuñala á Rienzi, otra gloriosa víctima del idealismo revolucionario; el austero Catón vende su mujer á un amigo; Nerón establece en su palacio culto á la *pederastia*; las mujeres cambian de maridos (según frase célebre) como los pueblos de cónsules, y Santa Mónica llama al matrimonio contrato de servidumbre; y el único gran filósofo, Alejandro Severo, que menosprecia el poder y la riqueza, glorificando en frases inmortales la paz del corazón y la conciencia, es motejado de loco por la envilecida muchedumbre.

Quien defiende á Cristo y su doctrina es tildado de perturbador; la reacción, nefanda como todas, intenta ahogar en sangre el hermoso renacimiento espiritual que predicán los

cristianos con la palabra y el ejemplo; la calumnia se asienta en el solio regio y mancha con sus fauces venenosas el misterioso antro de las Catacumbas, donde se elabora en silencio la magnífica idea de la igualdad humana; erígese el Circo romano en sala de justicia, en magistratura el fanatismo y en verdugos los leones; la púrpura imperial se enrojece aún más con la sangre de las víctimas, y el Tíber arrastra legiones de cadáveres que se pierden en el mar, sin que por eso las ideas naufraguen ni se pierdan los principios proclamados por la inspirada palabra del primer reformador de la Historia.

Sobreviene luego la Edad Media, edad de las grandes antítesis, en que se mata y se ora, al mismo tiempo en que el sacerdote es al par soldado y misionero, en que se levanta el torneo al lado de los certámenes de la *Gaya Sciencia*, y los juicios de Dios al lado de las lides trovadorescas en que brotan las Universidades al compás de las inacabables guerras, y se cultiva la ciencia por los mismos que empuñan la homicida espada.

Al lado del despotismo surge el Municipio; junto á la centralización absorbente, el mágico principio de la Monarquía representativa; frente al rey, que humilla al pueblo, el justicia mayor, que pide cuenta de su conducta al rey. El fratricidio es título para escalar el trono, y desde la época goda se vislumbra ya el podrido germen de la perdurable guerra civil que ha de formar el tejado de nuestra borrascosa historia, convirtiéndonos en un pueblo de Caínes. Las grandes *locuras colectivas*, tan admirablemente descritas por Lombroso, se enseñorean del alma universal, dando lugar á episodios tan hermosamente trágicos como las Cruzadas y tan odiosos y anti-páticos como la persecución de judíos y albigenses. Las bellas palabras de Jesús á sus discípulos, *La paz sea con vosotros*, se borran entre el griterío belicoso y la vorágine de los fanatismos, y un legado del Pontífice grita á sus soldados, que le presentan atraillados un montón de herejes: *Matadlos á todos, que Dios conocerá á los suyos*.

Renace algún tiempo la calma y se inaugura la que ciertos filósofos han llamado *Edad de la armonía*. Colón lleva la revolución al seno de la geografía, y Gutenberg la lleva al espíritu humano, *materializando* las ideas; y en medio de esta magnífica florecencia de progreso, descuella el árbol del Renacimiento, alimentado con los jugos del suelo de la bella Italia, dando nueva vida á esos *grandes muertos* que se llamaron Homero y Fidias, é inundando con frutos copiosos el fértil campo de la Literatura y del Arte. Pero ¡qué fatalidad! El bien tiene en la Historia la duración de las sombras en el sueño, y al lado de la dorada espiga de la renovación intelectual crecen las cizañas del cesarismo y la intolerancia. León X, Lutero, Erasmo, Savonarola, Carlos V, San Vicente Ferrer y Torquemada. La superstición y la fe, el vicio y el deber, la anarquía y el orden juntos siempre y siempre en pugna. Por los jardines del Vaticano pasean corrompidos sacerdotes que reniegan de Cristo, viviendo como Epicuro. Igual que en los poéticos tiempos de propagación del Cristianismo, la verdadera Iglesia de Cristo, formada por los sacerdotes de la virtud, se esconde en las tinieblas de las catacumbas sociales, mientras sobre la superficie, iluminada con las luces de un realismo grosero, danza la inmensa legión de los eternos *fariseos* y *Pantojas* en loca bacanal de risas y algazara, concupiscencias y egoísmos. Se enseñan el dogma y la religión á hachazos, y en los campos malditos de Mulhberg se levantan por los soldados católicos pirámides de huesos humanos, como trofeo y homenaje á un Dios que es todo bondad y tolerancia. Y aquí me detengo, porque el vapor de la sangre me embriaga, y cruzan por mi cerebro sombras siniestras, como las de Thou y la Saint Barthelemy, las víctimas del Santo Oficio, los seis mil demócratas sacrificados por aquel rey moderno que con su crueldad hizo piadoso á Domiciano; Prim, Dreyfus y tantos mártires inmolados por las atávicas pasiones de secta, que ennegrecen el pabellón del Cristianismo y deshonoran la cultura moderna. «Los hechos contemporáneos—dice el insigne Gal-

dós—no se *pueden disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con el escalpelo.*»

Ya veis lo que es la Historia. La Historia es una acción y reacción continuadas de indisciplina y orden, tolerancia é intransigencia, absolutismo y demagogia, opresión y libertad; y el sujeto de ella se asemeja al Tántalo mitológico, cuyos brazos, por la fatiga doloridos y exánimes, en vano pugnan por alcanzar el codiciado fruto del derecho y la armonía sociales, que siempre viene á separarlo de ellos la maléfica influencia de un dinamismo fatal. ¿Tendrá razón el ilustre autor de la *Scienza Nuova* al afirmar que la humanidad está destinada á andar y desandar eternamente los mismos círculos de hierro que le sirven de cárcel y tortura?

#### IV

Para confirmar estas rápidas impresiones, penetremos de una vez en el gran anfiteatro de la Historia oficial, que es al par museo y clínica. ¡Admirable estudio, que agotaría muchas vidas y cerebros más vigorosos y mejor organizados que el mío! Larguísima línea de cadáveres yacen allí, y en sus rostros, acartonados por el tiempo, pero íntegros en lo que pudiera llamarse *póstuma expresión psicológica*, se lee la vida que les animara, sus pasiones, el secreto y la causa de su muerte. ¡Cuánto loco sublime! (Tomás Moro, Enrique IV de Francia, Rousseau, Rienzi, Savonarola.) ¡Cuánto degenerado y neurótico! (Felipe III, Carlos II, Carlos IV.) ¡Cuánto sér teratológico! (Ivan IV, Enrique VIII de Inglaterra, Kengis Kan, Fernando VII.) ¡Qué pocos caracteres superiores! (Pedro I de Castilla, Pedro el Grande de Rusia, César Napoleón I, Prim.) Y sobre todo, ¡cuánto imbécil coronado!, que harían interminable la lista. La Historia es pintoresco museo naturalista, en el que están representadas, con representación simbólica, todas las especies zoológicas. Son muy escasos los leones, como

Gustavo Adolfo, y las abejas, como Carlomagno; pero, en cambio, abundan mucho los tigres, como Torquemada, y las zorras, como el R. P. Nithard, verdadero *rey de hecho* en la decadente España del último Austria. Abundan en ese museo los que yo llamo *Janos históricos* ó reyes de doble personalidad moral, que por un lado copian en sus actos á la hiena, y por otro semejan dioses, héroes ó ángeles. Estos casos notabilísimos de psicología patológica muestran lo complicado y difícil del estudio de esa *maraña* que llamamos espíritu humano. Salen de aquellos labios, con poco intervalo de tiempo, resoplidos de fiera y dulces incitaciones al amor. Las manos esgrimen puñales homicidas, y á poco restañan con suave lienzo las sangrientas heridas que en la carne de las víctimas abrieron. Brota de los caldeados cerebros la chispa destructora de la cólera y la luminosa, bienhechora ráfaga de la virtud, la ciencia y la fe. ¡Antítesis extraordinarias que revelan cuán juntos están en nosotros el instinto y la razón, y acreditan ser el hombre el animal menos conocido de los innumerables que pueblan la tierra!

He ahí unos cuantos ejemplos. Salomón, el rey sabio, levanta al vicio lupanares, y á la ciencia y la fe perdurables monumentos; Alfonso X, que tan claro vió el Derecho y tan hondo miró en los astros, vive en perpetua discordia con sus hijos; Alejandro mata á los griegos y perdona á los persas, y en medio de las batallas, y entre los venablos que surcan el aire, lee con voz vibrante y calurosa los poemas homéricos; Luis XV seduce á las mujeres del pueblo, y luego las indemniza haciéndolas sus cortesanas y sus primeros ministros; Ivan IV de Rusia distrae sus ocios arrojando sobre la multitud, que baila bajo los balcones de su alcázar, osos hambrientos, y por otro lado coloniza extensos desiertos, lleva la civilización á la Siberia y da leyes sabias á su pueblo; Pedro el Grande mata por su propia mano á los Strelitz condenados, y un día se arroja al Neva, helado, por salvar la vida á un infeliz marinero; Pedro I de Castilla, que no tiene compasión pa-

ra los nobles rebeldes y los bastardos turbulentos, escucha con vivísimo interés las quejas del pueblo, que le pide justicia; Federico el Grande, que no tiembla en las grandes batallas, se sobrecoge de espanto al ver un niño en peligro; Felipe V, que tuvo valor para disputar el trono español á Europa entera, no lo encuentra para resistir los caprichos de su mujer, que le pide un trono para cada uno de sus hijos; Catalina de Rusia, la primer ramera de su país, es al mismo tiempo la mujer más ilustrada y el corazón más hidalgo de su siglo, hasta el punto de arrancar un grito de admiración al escéptico Voltaire.

El marqués de Pombal, el Richelieu portugués, el asesino de Almagrida, el estadista implacable y austerísimo que mandó matar en un solo día á trescientos ladrones, que, aprovechándose del terremoto que destruyó á Lisboa, ejercían sus malos instintos, llora desolado porque un cazador furtivo da muerte por equivocación á su perro favorito, y por último, el gran Napoleón, el mayor perturbador del derecho ajeno, es al mismo tiempo el más ilustre entre los legisladores de nuestro siglo. (Véase el Código Napoleónico, verdadero modelo de nuestro Código civil.) La historia se ha venido escribiendo con verdadero espíritu sectario, y de ahí las falsedades que contiene. Leed á Thiers y á Goldsmith, y os convenceréis. Los católicos llaman á Felipe II el magnánimo y el prudente. Los holandeses le apellidan el asesino. Y es evidente que ni unos ni otros tienen razón, pues el sombrío habitante del Escorial tuvo todas las buenas y las malas cualidades de su siglo. Pedro I de Castilla es comparado á Nerón por unos, y llamado el justiciero por otros. Y la verdad es que fué lo que debía ser: un vigoroso defensor del principio monárquico, atacado por la cchorte nobiliaria é inficionado por aquellos Laras, Castros, Garcilasos y Trastamaras, verdadera legión microbiana, que al amparo de la impunidad venía poniendo sus huevecillos en el ya podrido seno del organismo político de Castilla.



Las leyes de herencia y adaptación al medio disculpan ó atenúan muchos errores históricos cometidos por reyes y ministros, papas y legisladores. Pero el gran mérito de los hombres está en sobreponerse á las impurezas del medio con la energía moral y en modificar los efectos de la herencia con la educación. De ahí la justicia que encierra esta hermosa frase: «fué tan grande, que se adelantó á su siglo». Para mí, el monarca más ilustre de la historia es Pedro el Grande de Rusia, porque supo educar á su pueblo, educándose antes á sí propio, ya en los salones de París, ya en la obscura fragua del herrero, ya en comunicación constante con poderosos y humildes, cortesanos y pecheros.

Hoy los reyes son plantas de estufa criadas al calor palaciego, á quienes jamás se enseña la realidad ni las necesidades de su pueblo. El rey ideal es para mí el que está en más íntimo contacto con las masas. Y séame lícito aquí saludar respetuosamente la memoria de aquel caballeroso é hidalgo Alfonso XII, que tenía algo de la temeridad y abnegación de nuestro Quijote clásico y desafiaba la muerte en los hospitales de Aranjuez, envenenados por el microbio, y en las calles de París, pobladas de encolerizada muchedumbre, y en las desoladas llanuras de Alhama, envuelto en torbellinos de nieve y sintiendo bajo sus pies la trepidación del suelo, conmovido por el terremoto. Por lo demás, tanto el rey (representación del equilibrio funcional del poder), como el Gobierno (expresión de la voluntad colectiva) son, como alguien ha dicho, *males necesarios*, que aún subsisten por la incapacidad y raquitismo moral de los gobernados. El hombre ha progresado tan poco en la esfera ético-política, que no puede vivir sin tutela.

El gran Gobierno, dice Hegel, sería aquel que hiciera el gobierno superfluo. Pero ¡qué lejano está el día de esa magnífica victoria del Estado oficial sobre la masa que en los surcos sociales se agita y ruge indisciplinada y rebelde! Mientras la coacción política sea la violencia y no el consejo, la fuerza

material y no la sabia admonición, tenemos derecho á pensar que no hay verdadero Gobierno, porque éste es una fórmula feliz de orden, educación y libertad, y jamás debe disfrazarse con el férreo traje de la dictadura. Los atributos en que encarna hoy la autoridad y fuerza del poder son la bayoneta, el cañón, la mordaza y el patíbulo, instrumentos de mando necesarios por el estado anárquico de la voluntad nacional. Y así se cumple el derecho, de modo triste, entre dolorosas amputaciones y de bárbara quirúrgica, en lugar de cumplirse por la santa eficacia de la educación gradual, única terapéutica que cura las infecciones de la inteligencia y ahuyenta el *morbo* de las almas.

A riesgo de que me llamen *atávico*, declaro que admiro profundamente las antiguas formas y reglas políticas. Me entusiasma la antigua organización patrimonial, los banquetes públicos y la severa educación física de los espartanos; aquellas mujeres, que lloraban porque sus hijos habían sido heridos por la espalda en los combates; aquellos pueblos germanos, rigiéndose por sus costumbres, que no conocían el testamento, porque decían que Dios, y no la ley, instituía al heredero. ¡Admirable y sabia lección que daba un pueblo tachado de bárbaro, á los modernos legisladores que, al estatuir las legítimas, han convertido en prosaica obligación, sancionada por la ley, lo que es el cumplimiento de un deber del corazón, el mágico grito de la sangre, que resuena poderoso hasta en el alma de los hombres más feroces!

## V

Resumamos. La historia es un todo orgánico sujeto á leyes indeclinables. Así como en el orden físico, según afirma un sabio, si faltare una sola molécula de carbono, se desquiciaría el universo; así en el orden moral y jurídico, cualquier perturbación de sus elementos integrantes hace vacilar, tras-

torna y, por último, derriba el edificio social. La libertad humana no puede á veces evitarlo. El hombre es libre, según Laurent, al modo que un pájaro en su jaula, pudiendo moverse sólo en el espacio que limitan los hierros. Sin embargo, si la libertad no es el principal agente de la historia, es, sin duda, uno de los más importantes, y puede encauzar los hechos por derroteros fecundos de paz y de justicia. De ahí la existencia de una ley de responsabilidad histórica, admirablemente explicada por el P. Gratry, por la cual los pueblos, como los individuos, reciben el premio ó castigo que por sus actos merecen. Los pueblos sobrios se enriquecen. Los pródigos y ociosos se arruinan. La civilización es una fórmula moral, que resulta de la mezcla de dos elementos: utilidad y justicia. Toca el primero á la vitalidad orgánica y económica. Responde el segundo á la vitalidad ética. Menospreciar una de esas fuerzas sociales, es introducir el desequilibrio en la economía nacional. No se vive sólo con el estómago y con los músculos. Se vive también, y por cierto vida intensa y rica, con el corazón y el cerebro. Un atleta sin sentido moral es un sér teratológico. Un místico ó un sabio sin energías físicas ni nerviosas son como una luz muy viva esclava de los caprichos del viento.

La raza anglosajona, por atender exclusivamente al sentido de lo útil, se ha hecho odiosa y erigido en *suprema ratio* de sus codicias la fuerza, con la que trata de abrir nuevos horizontes á su espléndida potencia mercantil. Por algo Inglaterra es patria de Bentham, el apóstol del principio de la conveniencia como suprema verdad moral, y por algo también los Estados Unidos son patria de Edison, el gran apóstol de la mecánica y la física modernas. La raza latina, por cultivar el sentido idealista en religión, arte y política marcha á retaguardia de las razas progresivas y vive en perpetua lucha de fanatismos y discordias civiles sobre un suelo abrasado por el fuego de las revoluciones. El sol, ese gran enemigo de la actividad, amodorra nuestro espíritu ó lo enardece con neuróti-

cas incitaciones al amor, á la lucha y á la intemperancia, enriqueciendo los anales de la criminología con numerosos ejemplares y poblando el orden social con crecida falange de alcoholistas, teorizantes y vagos de levita. Sergi, el ilustre catedrático de la Universidad de Roma, acaba de publicar un libro hondamente sincero y de admirable espíritu crítico, con el título *Decadencia de las naciones latinas*.

Piensa Sergi que el gran error de nuestros pueblos y la causa de su petrificación ante el progreso está en no tener conciencia clara y cierta de su evolución. Exactísima es la observación del sagacísimo escritor italiano.

Como la mujer de Lot, los latinos dan la espalda á la civilización, y miran de frente, con la terrible fijeza de la sugestión, al pasado; á ese pasado de su historia, negro, con la cerrada tiniebla de los fanatismos, y henchido de lúgubres tradiciones y sangrientas leyendas de civiles venganzas. El afán de conservar por la fuerza una hegemonía que se perdió por menosprecio de la cultura y del derecho, las hace volver con ansia los ojos al militarismo, y erizan sus costas de cañones, y pueblan sus campos de soldados, y se arman hasta los dientes sosteniendo esa *paz armada*, ruinosa para la vida económica, que hizo exclamar con acento profético al gran Montesquieu: *La Europa se perderá por los guerreros*.

Raza la más bellamente dotada bajo el punto de vista psíquico, resulta la más enteca y pobre de todas, por *inadaptación educativa y fatalismo del medio físico*. La única salvación de los pueblos latinos está en la educación física. Aunque parezca pueril la afirmación, es gran verdad. Pueblo que come mal y no higieniza su organismo, dejando irse la vida por el cerebro, en lucubraciones estériles y poéticas fantasías, es tierra abonada para la esclavitud y la conquista. La primer condición que debe buscar el hombre es ser buen *animal* (Spencer); es decir, apto para la lucha con la Naturaleza, con los hombres y el destino. Puede sentarse como axioma que, en la vida física y psíquica, una gran producción supone un gran

consumo. Somos los españoles grandes ayunadores. Se nos elogia por esto, cuando yo creo que debía censurárenos. Hombre mal comido es hombre displicente, apático, pesimista. Hombre que come bien y se nutre es materia dispuesta al bien, al esfuerzo, á toda gran expansión de la vida, así corpórea como espiritual.

El valor, la resolución, la energía, son una resultante de la salud, y la salud es un corolario de la buena alimentación. Yo creo que hemos perdido las colonias y la guerra por dar á nuestros soldados una manutención tan pobre y esquilmada, que era tanto como llevar la anemia á sus cuerpos y la atonía á sus espíritus. El fenómeno es tan viejo como la inmoralidad de gobiernos y caudillos. Los soldados del Gran Capitán marchaban descalzos y hambrientos por los campos de Italia, teatro de sus magníficas proezas. En Flandes, Portugal y el Rosellón hervían la indisciplina y el motín en los ejércitos por falta de pagas, y era de ver á guerreros cuyos pechos cruzaban gloriosas bandas de premio al valor, ganadas en ambos hemisferios, entregarse al latrocinio, al robo y las depredaciones, falanges ebrias de orgullo é intemperancia, á cuya presencia quedaban desiertos los pueblos, y cuyos pasos dejaban huellas horribles en las mieses destrozadas, los caseríos saqueados y en los hogares, manchados con la deshonra que consumaban aquellos miserables (que Calderón llamó bandidos con uniforme), á la trágica luz de los incendios. . . . .

Gimnasia de cuerpo y de cerebro, tónicos para nuestra sangre empobrecida por el desgaste de diez generaciones de progenitores, agotados por el ascetismo ó por la guerra; tónicos para el alma, con el fecundo ejemplo de la práctica de los deberes tan olvidados de una raza á la que pueden aplicarse estas hermosas palabras de Kant: *Duerme y sueña, que la vida es belleza; cuando despierte, verá que es deber.*

Se nos califica por ahí de brigantes y logreros. No tenemos derecho á protestar. De diez y ocho millones de habitantes

que pueblan la Península, la mitad, por lo menos, viven del fraude y el contrabando, más ó menos hipócritamente velado. Contrabando administrativo, económico, político, hasta moral (llamo contrabando moral al ejercicio fraudulento de ciertas profesiones liberales). Al bandidaje en sierras y montañas sucede el bandidaje en oficinas y dependencias públicas.

Noventa y siete mil burócratas (más que en Rusia) cobran pingües sueldos por emborronar expedientes, y cualquier *yernócrata* disfruta de más honorarios que un catedrático encanecido y prematuramente agotado en el noble sacerdocio científico. A José María y Diego Corrientes, poetizados por la leyenda, suceden el político concusionario, el gobernador venal, el comerciante sin escrúpulos de conciencia, el periodista estafador y el doctorzuelo farsante. La política, que es cargo de honor y abnegación, se trueca en medio rápido de hacer fortuna. En el siglo xvi decía el pueblo de los virreyes que marchaban á América «*que iban pobres á provincias ricas, y volvían ricos dejando provincias pobres*».

Otro tanto pudiera decir hoy de los miserables agiotistas que llenan su bolsa en las Haciendas provinciales, mientras en los Hospitales é Inclusas se asesina á los asilados, y en las cárceles agonizan innúmeros parias embutidos en la sombra fría y miasmática de horribles cubiles, que encontrarían incómodos los tigres, y donde quizá no harían su nido las serpientes.

La enfermedad más grave que padece España es la atonía moral. No protestamos de nada, porque ya nada nos conmueve. Vivir, vivir tendidos en el surco ardiente de nuestro feracísimo terruño, viendo con los ojos nublados por la modorra cómo se aleja el carro del progreso, y recibiendo sobre las espaldas doloridas por la enorme pesadumbre de las pasadas guerras el latigazo de las razas vencedoras. Miramos con ojos indulgentes á los viciosos, y nos duele negar el saludo á los infames.

Hora es ya de emprender una cruzada práctica contra los grandes ladrones. Entre los malos, por elevada que sea su alcurnia social, y los buenos, por humilde que su cuna sea, hay

una barrera infranqueable, levantada por el desprecio de las almas rectas y las sanciones del Código penal. Fuimos terribles en otro tiempo por el valor. Hagámonos respetables por la honradez, único blasón del escudo de las naciones que no puede empañar la adversidad. Vivamos, pensemos y obremos á la *española*, sin regirnos por patronos extranjeros. Triste cosa es ver que, siendo propietarios de nuestro suelo por título inscrito en el Registro oficial de la Propiedad internacional, no poseamos más dominio efectivo que el *directo*; el *útil* pertenece de *hecho* á los extranjeros que nos explotan. Tiene razón Ives Guyot: *España no es de los españoles, ni para ellos*. Detestemos ese espíritu de imitación, tan felizmente llamado por alguien *espíritu de rebaño*, que nos constituye cerca de las otras naciones en la más ignominiosa de las esclavitudes: en la del pensamiento.

Dice con gran verdad Cajal que en España no tenemos sino medio sabios, medio filósofos, medio generales, etc. Seguimos viviendo en aquellas Batuecas del espíritu, tan maravillosamente descritas por Larra... donde no se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe. La ignorancia en que yacen las clases sociales abochorna y desconsuela. Ejemplos históricos que puedo comprobar si alguien los niega. Un aristócrata dice á otro en el *foyer* de un regio coliseo: «Chico, estoy leyendo un libro muy divertido». «¿Cuál?» «El *Quijote*, escrito por un tal Cervantes».

Un catedrático decía, sin asombro ni protesta por parte de los que le escuchaban, que los terremotos que affligieron á Granada en el luctuoso año 1884 fueron una represalia de la cólera divina contra las matanzas de frailes en 1837, y la expulsión de los mismos decretada cuarenta años antes por el conde de Aranda, discípulo de Voltaire.

Otro profesor dice, en letras de molde, «que la desamortización de los bienes del clero fué un robo; que la enseñanza en manos del Estado es un peligro para la moral, y que todo matrimonio que no sea canónico es un amancebamiento». Cuan-

do en el austero recinto de una cátedra se escuchan semejantes sandeces, y se estropea el cerebro de la juventud con tales afirmaciones pseudo-científicas, ¡qué de extrañar es, Dios mío, el languidecimiento del alma nacional y el caótico estado de los cerebros juveniles, en los que toda patraña tiene asiento y toda rutina cabida holgada!

Decía Napoleón I que el maestro debía ser el primer funcionario del Estado. En España es el último y el peor retribuido. No hay apenas profesor (hay esclarecidas excepciones) que explique más de media hora. Y en ciento cincuenta ó doscientas medias horas de que consta el curso se pretende enseñar Historia, Lógica, Derecho civil, etc.

Verdad es que tres mil quinientas pesetas de *ciencia* son poca ciencia y pocas pesetas.

Dos cosas hay que deben pagarse antes y mejor que ningún servicio público: la Ciencia y la Justicia. Por no hacerlo así son las Universidades un plantel de parias intelectuales, comandados por unos cuantos proletarios científicos, y la administración de justicia una entidad pobre y sin autonomía, bloqueada por la administración, y cuya integridad moral está constantemente amenazada por las pasiones políticas, las asechanzas del soborno y las brutales exigencias del odiosísimo cacique.

Voy á concluir con una piadosa excitación á la juventud, si es que aún la hay, en el alto sentido de florecencia espiritual, que es la prenda más valiosa, la más rica virtud, de esa edad creadora y expansiva. «Fía sólo en ti misma, esculpe tu alma y tu cerebro, forja tus convicciones sobre el yunque de la realidad con el martillo de la razón. Prepárate para el combate de la vida, procurando emanciparte por tu fuerza y tu vigor espiritual antes que te emancipe el Código por el simple motivo de la edad. Pelea siempre al lado de los débiles; que nunca es más grande la encina que cuando cubre con su hermosa lozanía y robusto tronco el enteco arbusto que crece á su sombra protectora. Deja la mentira para los impotentes y afe-



minados, y di la verdad á los que están junto á ti; que la verdad no se pierde nunca en el orden moral, como no se pierde un solo rayo de sol en el inmenso anfiteatro de la naturaleza física. No te importe el vencimiento ni la caída en las batallas del pensamiento. Hay muertos que están de pie y triunfan, como dijo el poeta, porque de los cuerpos abatidos y exánimes álzanse, triunfantes y avasalladoras, las ideas. Ten fe en el deber y en la ciencia, nuevo Edipo, que ha de acertar todos los secretos que guarda almacenados, ha siglos, la eterna esfinge del fanatismo. Aíslate cuando el medio social en que vivas sea impuro; que el aislamiento engrandece en ese caso, como dice un poeta ruso, y, sobre todo, porque la virtud no ha de quedar sola, pues vela Dios á su lado.

Niega tu saludo y amistad á los falsarios, á los grandes criminales impunes de la política, á los fariseos, á todos esos *contrahechos del espíritu* que llevan jorobas en el alma y la conciencia. Desprecia á todos esos que consideran la crápula como cosa de *buen tono*, y guarda tus energías viriles para engendrar seres robustos, aunque á tu muerte no les dejes otra herencia que la salud y el honor, elementos que forman una riqueza inestimable.

Procura aprender en la realidad más que en los libros. La sociedad es un inmenso arsenal científico de viva y espléndida cultura abierto á la investigación. La ciencia oficial crea *doctores*. La ciencia personal crea *doctos*, *pensadores* y sabios. Y así como la virtud se acrisola mejor en las luchas de la vida que en la atmósfera del claustro, y la fe se alcanza mejor peleando de pie que orando de rodillas, y la santidad humana se gana junto al lecho del enfermo ó en el tugurio del desvalido mejor que con estériles ayunos y maceraciones en las Tebaidas del misticismo, así la ciencia y la patria hallan mejores defensores y apóstoles en los cerebros libres y en los ciudadanos íntegros que en el sabio de oficio y el político profesional.

PASCUAL SANTACRUZ

# RECUERDOS

---



Quedó aplazado un banquete al terminar el artículo anterior, pero me arrepiento de mis propósitos de describirlo.

¡Pobre gente! Hacía lo que podía, y como sabía y podía me obsequiaba; y yo les debo gratitud, y no les debí una indigestión gracias á las fuerzas digestivas de mi estómago. Esto me estimula á decir algo sobre la cocina.

La cocina es un Arte, Arte difícil, Arte elevado, y en que á veces se llega á lo sublime, así como otras veces se cae en los abismos de lo repugnante y de lo indigesto.

Sí, la cocina es un Arte, y además es una Ciencia; y como en toda Ciencia y en todo Arte, hay que distinguir el talento, la aplicación, el estudio, el saber positivo, la erudición, de otra cosa que está por encima de todo esto, y á que todo esto no llega: el genio.

Hay cocineros de nota y reputación y de casas grandes, y aun de palacios reales, que guisan bien, de una manera correcta, y que además poseen extenso repertorio: son unos sabios de sartén y cacerola.

Serían capaces de escribir un poema épico; es decir, de disponer un banquete de lujo y de etiqueta, un banquete regio, á ser preciso, en forma irreprochable. Pero nada más.

En cambio, una pobre vieja de aldea, un ama de cura, un mocetón de la huerta de Valencia, pueden hacer un plato aquélla, y una paella éste, en que fulgure el genio de la coci-

na. Como la musa popular y espontánea puede escribir un romance que valga cien veces más, y que produzca más emoción estética, que mil octavas reales, con arte cuadradas á la medida del sillar clásico de solemne monumento.

Este es un tema importantísimo, sobre el cual volveré en otra ocasión, pero en que hoy no puedo detenerme porque fuera alargar mi viaje más de lo justo.

\*  
\* \*

Pocos días después salí de Génova, regresé á España, y á mis habituales ocupaciones: desempeñar las clases de la Escuela, dar dos ó tres lecciones particulares de aquellas para las cuales me autorizaba el director, leer Matemáticas, leer novelas, pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa, y discursos democráticos en el Ateneo.

A todas estas ocupaciones agregué otra, que se prolongó tres ó cuatro meses: escribir una Memoria consignando los resultados de mi visita al túnel de Mont-Cenis, y consignando la descripción de las nuevas perforadoras, tal como yo suponía que podrían ser.

Terminada mi Memoria, y habiendo conseguido de la Dirección un dibujante para poner en limpio las láminas, presenté mi trabajo, y con esto terminó la comisión á los Alpes.

La Superioridad la tuvo en su poder más de un año sin decidirse á imprimirla, porque la reproducción de las láminas hacía la impresión muy costosa.

Al fin tomó un término medio: autorizar á la *Revista de Obras públicas* para que la reprodujese en su Colección de Memorias y Documentos, no sé si con alguna subvención del Estado.

Entre unas y otras vacilaciones transcurrieron dos años, y vino á terminarse la impresión el año 62, época de la Exposición Universal de Londres, donde apareció ya la descripción auténtica de las perforadoras de Mont-Cenis, y aún pude

en un apéndice de mi Memoria dar la descripción exacta de estos aparatos, descripción que en lo principal y en casi todos los pormenores coincidió con la que yo había anticipado dos años antes.

Con esto hice mi liquidación definitiva con los Alpes, que ya no he vuelto á cruzar más que otra vez, y creo que habrá sido cruz y raya. Entre los Alpes y yo toda comunicación ha quedado interrumpida desde entonces.

\*  
\* \*

¿Cómo pasé los dos años que median del 60 al 62?

Pues nada recuerdo de este período, que debió ser tranquilo y pacífico, que vale tanto como si dijera que fué muy feliz.

Ninguna gran emoción, pero ningún disgusto de importancia. Un lago de superficie igual, rizado por tenue y manso oleaje.

Se recuerda lo bueno ó lo malo, como se ven en la planicie la montaña que se eleva ó el abismo que se abre á sus pies.

Pero si no hay montañas ni abismos, la monotonía pacífica no graba recuerdos en las planchas fotográficas de la memoria.

Todos los días, á la Escuela de Caminos, desde las nueve á las doce; todos los días, mis lecciones particulares, desde las dos á las cinco.

Todos los días, lecturas de Matemáticas, desde las cinco hasta la hora de comer.

Algunas noches al teatro, cuando había estreno; si no, al Ateneo, ó á la *Revista de Obras públicas*, para oír hablar de librecambio, ó de política, ó de asuntos del Cuerpo.

Y después de acostarme, una ó dos horas leyendo novelas.

Y de este modo un día y otro día, repetición casi de geométrica igualdad, del mismo cliché.

Así es, que en este período sólo se destacan dos recuerdos, á saber, dos nuevos intentos dramáticos, que fueron: la come-

dia titulada *Un sol que nace y un sol que muere*, en un acto y en verso, y un dramita muy extraño, medio fantástico medio simbólico, que se tituló *Morir por no despertar*, también en verso y también en un acto.

Ambos se representaron muchos años después, y ambos tuvieron muy buen éxito, sobre todo el primero.

De ambos hablaré cuando llegue el momento oportuno, haciendo el juicio crítico que estos dos ensayos me merezcan.

Hoy he de contentarme con dar algunas ligeras noticias.

Escribí *Un sol que nace y un sol que muere*, y con razón ó sin ella, ó por espíritu de justicia, ó por debilidad paternal, quedé bastante satisfecho de mi obra.

Si todos los escritores en general, y todos los autores dramáticos en particular, tuvieran suficiente franqueza, veríase que la mayor parte de ellos, en su esfera humana, repiten lo que en esfera divina le ocurrió exclamar al Hacedor: *Deus vidit omnia que fecerat et erant valde bona*.

Todo autor dramático tiene la mayor parte de las veces un momento en que su obra dramática le agrada.

Lo que sucede es que á muchos le sigue agradando por tiempo indefinido; y otros, los menos, cambian de opinión, y hasta abominan de sus propias creaciones.

La idea de la comedia á que me refiero era muy sencilla, y á mí se me antojaba que era poética.

Un joven, el galán de la comedia, yendo de caza, ha visto en un bosque á una joven hermosísima, que huyó rápida al despertar el cazador, que previamente estaba dormido.

El joven se enamoró, como era natural, de aquella poética visión, que desde entonces fué para él un ideal divino.

Algún tiempo después se encuentra á la hermana de la joven, que resulta ser una jamona hermosísima, pero al fin y al cabo *jamona*. Un sol espléndido, pero que se inclina á su ocaso, aunque cualquiera, al verla, creería que, más que el sol de la tarde, era el sol de la mañana.

El galán, al verla, cree que aquella mujer es la realización

de su ideal, y se enamora de ella perdidamente, es decir, sigue enamorándose y ella á su vez se enamora del mancebo no menos perdidamente, y unidos en ardiente amor, van caminando hacia el matrimonio.

Pero la hermanita joven, la del bosque, viene de Granada, y al verla el enamorado comprende que ella es su verdadero ideal, ella es el verdadero sol que nace.

De aquí resultan tristezas, desengaños, dolor profundo para la hermana mayor.

Y todos estos sentimientos los analiza, y sobre ellos filosofa, el padre ó el abuelo, ó cosa así, de las chicas: no recuerdo el parentesco.

Escribí la comedia en verso y repetí el *Deus vidit*, y, en suma, dicté sentencia favorable á mi obra y me propuse intentar un supremo esfuerzo para llevarla al teatro. ¡Ya es fácil la empresa!

Pero siempre el temor, la vergüenza y la timidez, y quién sabe si algo de pereza, debilitaban mis energías y paralizaban mi acción.

Como en las ocasiones anteriores, en vez de marchar de frente, oculté el cuerpo y acudí á movimientos de circunvalación.

Le dí mi comedia á Gabriel Rodríguez, para que éste se la diera, sin decirle que era mía, á D. Laureano Figuerola, rogándole que se la llevara al celebrado actor D. Joaquín Arjona, para quien yo creía haber escrito en la comedia un papel de lucimiento y muy acomodado á sus facultades.

La comedia fué por sus pasos contados á manos de D. Joaquín, y de las manos de D. Joaquín, por sus pasos descontados, volvió á las mías, con este juicio crítico del insigne actor:

Que la comedia era bonita, y hasta poética; que estaba muy bien escrita, y que el autor tenía relevantes condiciones literarias: es decir, las ordinarias de la ley, lo que todos me habían dicho en obras anteriores, lo que se dice siempre en casos semejantes; pero agregando que tenía poco interés, que

era muy pálida y que, en su concepto, no podía representarse. ¡Anda con Dios!

Equivocóse en esto el bueno de D. Joaquín, porque doce ó catorce años después, ó acaso diez y seis años más tarde, se representó en el Teatro del Circo y gustó muchísimo y ganó estrepitosos aplausos.

No me resigné yo con la fatal sentencia, y apelé al juicio de D. Aureliano Fernández Guerra, el cual afirmó que la obra era muy buena, que le gustaba mucho y que debía representarse.

Y esto no me lo decía á mí directamente, de modo que sus elogios no eran de pura cortesía. D. Aureliano fué siempre para mí un paño de lágrimas.

Con este triunfo relativo me contenté por entonces, y archivé la obra, esperando mejores tiempos, que al fin llegaron, porque todo llega y todo pasa.

Algunos meses más tarde escribí un drama en un acto, que, como dije antes, se titulaba *Morir por no despertar*.

Había yo leído una novela francesa en que el personaje principal, desengañado ó desesperado de amor, se va á un caserón viejo, próximo á la orilla del mar, y en aquella soledad esparce las soledades de su alma, y ante el mar infinito desata las tempestades de su infinito dolor.

Me impresionó esta idea y, á mi modo, combiné un argumento y escribí el drama trágico de que se trata.

Este no se lo mandé á ningún actor.

Había hecho tres pruebas, con Romea, con Teodoray con Arjona, y las tres me habían resultado mal. Así es que empecé y concluí por donde siempre había concluído, mandándole mi obra á D. Aureliano Fernández Guerra, que por bondad de carácter ó porque realmente no le disgustasen mis obras, siempre las acogía bien y las alababa.

Esta le llamó mucho la atención: dijo que era muy poética, que estaba muy bien sentida, pero que resultaba muy extraña; que sólo á fuerza de sentimiento se podía dar carácter

de realidad á una verdadera fantasía, porque el drama era un sueño más que un drama.

Yo, con este juicio, me dí por satisfecho, y archivé el drama, en compañía de los dos anteriores.

Es decir, que para aquella fecha ya había escrito yo cinco obras.

Primero, *La Cortesana*, drama que hice añicos y que arrojé al cesto de los papeles rotos.

Segundo, otro drama, imitación lastimosa del *Hamlet*, que por tamaño delito descuarticé, como había descuartizado *La Cortesana*, esparciendo, ya que no sus cenizas, sus añicos por el viento.

Tercero, *La hija natural*, que archivé cuidadosamente, envolviendo la obra en no sé qué vaga esperanza.

Cuarto, *Un sol que nace y un sol que muere*, que fué al archivo en compañía de la anterior, y al cual tuve siempre mucho cariño.

Y quinto y último, *Morir por no despertar*, que durmió en compañía de sus dos hermanos mayores muchos años, no sé cuántos; acaso diez y seis.

Y suspendí por entonces mis ensayos dramáticos, que no reanudé hasta tres ó cuatro años más tarde.

\*  
\* \*  
\*

Llegó el año 62, y se anunció la Exposición Universal de Londres, y como sin duda al director de la Escuela le remordía la conciencia por el enorme perjuicio que me había causado impidiéndome salir del Cuerpo y dedicarme á la enseñanza privada de las Matemáticas, me dió, por satisfacerme y compensar su antigua severidad, otra comisión para Londres, pero á mí solo, sin alumnos que me acompañasen.

Yo debía estudiar la Exposición Universal y escribir una Memoria.

Y, en efecto, allá fuí con mi mujer, y resultó la expedición por lo menos tan agradable como la de los Alpes.



Pero, como tenía tiempo de sobra, resolví hacer el viaje lenta y cómodamente, como el que saborea un manjar delicado, no engulléndolo de pronto con ansias de glotón, sino poco á poco, y paladeándolo como refinadísimo *gourmet*.

A mí, por entonces, me gustaba mucho viajar; era para mí un encanto, un placer vivísimo, más aún, casi un verdadero delirio.

Desde niño me enloquecían los viajes; durante todo el invierno estaba yo soñando con el viaje á Cartagena, que hacíamos al llegar el verano.

¡Qué dicha, preparar á las doce de la noche la tartana, enganchar la redonda y lustrosa mula, que era la niña mimada de la casa, salir á la una, subir con la fresca el puerto de las Cadenas, andar y andar hasta las doce del día, detenernos las horas de calor en una venta y comer las ricas provisiones que llevábamos, y á la caída de la tarde seguir hacia Cartagena, ver ensancharse el horizonte, ver bajar el cielo hacia el mar, sentir la brisa marina, y como centinelas avanzados, multitud de molinos de viento revolviendo sus alas. Y al fin, á la caída de la tarde, entrar por las calles de Cartagena y llegar á un callejón donde había muchas tiendas de pescado frito, y, por último, subir á la casa de huéspedes de costumbre, que, con ser muy mala, yo no la hubiera cambiado por un palacio!

Todo esto lo soñaba yo, como digo, una y otra y veinte veces durante el invierno, y al terminar aquellos sueños siempre despertaba en el momento de entrar en la tartana para emprender el viaje. ¡Qué tristeza y qué llantos solitarios y silenciosos entre las sábanas, para no despertar á mis padres!

No, estamos en invierno; falta mucho para el verano: gemía yo.

Sí, estamos en invierno, pero han pasado muchos meses; no está tan lejos el verano.

Ha sido un sueño; no hay viaje todavía, pero ya no falta más que un mes.

Faltan quince días.

E. M.—*Febrero 1905.*

Faltan ocho días.

¡Mañana, es mañana! Y me parecía percibir el olor de aceite frito del sucio callejón en que estaba la casa de huéspedes. Sensación deleitable y poética á que no ha llegado ninguna otra sensación para mí; sobre todo cuando se combinaba con la impresión salobre de la brisa de mar.

\*  
\* \*

Mucho me gustaba viajar cuando niño.

Mucho me gustó viajar cuando joven, y aun después de casado; pero había en los viajes una cosa que me molestaba grandemente.

Pasar la noche sin dormir.

Y no se diga que mi sibaritismo llega á la cama como llega á la comida, y que exijo lecho de plumas y platos regalados.

Ni lo uno ni lo otro.

Cómo más á gusto un plato español de esos que llaman vulgares y ordinarios, que el manjar más exquisito de la alta cocina francesa ó italiana.

No creo que la desdicha del pobre sea fatal y necesaria por no poderse alimentar con trufas, *foie-gras* y faisanes; porque afirmo que un modesto cocido, un plato de patatas con bacalao, un plato de arroz ó cualquier otro alimento de esta clase, puede ser tan bueno, tan sabroso y tan exquisito como los más aristocráticos manjares.

Sucede en la cocina, como otras veces he dicho, lo que sucede en el Arte: con lo más sencillo, á veces, se llega á lo más sublime, lo más vulgar se remonta, lo más pretencioso se hunde; y una frase, prosaica al parecer, encuentra vibración estética y hace sentir y llorar, mientras nos deja fríos y hastiados todo un poema épico, con sus octavas reales por sillares, como decía Martínez de la Rosa.

Y lo que digo de la mesa, digo de la cama; y aún llego en este punto á mayores extremos democráticos.

Al fin y al cabo, exijo que la comida sea buena y hasta *inspirada*; en la cama, ni aun esto exijo: no exijo inspiración. Para dormir sólo necesito una superficie horizontal, algo que sirva de almohada, aunque sea duro, y abrigo si es invierno: nada más.

Yo he dormido muchas noches, como referí en una de las primeras crónicas, cuando era niño de doce y trece años, en la acera de una plaza de Murcia, sirviéndome de almohada el escalón de un portal, mientras bajaba á abrir la puerta mi profesor de Matemáticas, D. Francisco Alix, y nos preparábamos para los trabajos topográficos de la población.

Y así, á las cuatro y las cinco de la mañana, echaba sueños deliciosos sobre la piedra y á la intemperie durante media hora y aun tres cuartos de hora: y esto no una ó dos veces, sino durante dos y tres meses del año.

Ni más ni menos que cualquiera de los golfos que hoy nos inspiran tanta simpatía.

Como si no tuviera padre ni madre, que los míos por de contado ignoraban estas travesuras de niño soñoliento.

Pero esto me da el derecho de decir que he conocido la vida del pobre, y que no por dormir sobre la piedra me tenía por desgraciado, ni sentía los huesos más molidos que cuando dormía sobre el blando colchón.

Antes bien, el mayor de mis tormentos es un colchón blando: en él sí que no puedo conciliar el sueño.

Yo he dormido sobre los tablones de la cubierta de un vapor, yendo de Almería á Cádiz, con el saco de noche por almohada, y he dormido durante siete horas seguidas.

Yo he dormido, en mis trabajos de ingeniero, sobre el santo suelo, muchas noches, y muy regaladamente.

Yo he dormido, y creo que habré sido el único que ha dormido de este modo, en el suelo de una diligencia, entre los pies de mis compañeros de viaje, y dando la vuelta al cuerpo como un perro para no tropezar con el eje de las ruedas, que iba por el interior de la caja de la diligencia.

Este dato es histórico: fué una vez que venía de Talavera de la Reina á Madrid.

Y en el suelo de los coches del ferrocarril he dormido infinitas veces.

Me parece que esto no es sibaritismo.

Pero dirá el lector que, ya que no sea sibaritismo, tampoco tiene condiciones ni estéticas ni de interés dramático, ni siquiera de interés cómico, para comunicárselas al público.

Pues yo afirmo lo contrario: que estos hechos, vulgares, prosaicos, insustanciales al parecer, importan mucho á la higiene, á la sociología, al problema de la miseria y á las más intrincadas y arduas cuestiones del orden social.

Porque, al fin y al cabo, yo no he sido nunca, á Dios gracias, y en buena hora lo diga, pobre de solemnidad: he pertenecido á una familia, no rica, pero sí acomodada; he gozado prácticamente de algunas comodidades, si no de grandes lujos; y cuando ha llegado el caso he sufrido las molestias, que para mí no lo eran, y que parecen caracterizar la miseria.

Mejor dicho, las he experimentado, no las he sufrido, porque no he sufrido con ellas ni han constituído para mí desgracia ni dolor.

Y estos hechos prácticos me prueban que se exageran mucho las necesidades sociales en las dos principales de la vida: comer y dormir.

Para comer basta muy poco, para dormir basta menos; y lo demás, más se exige por vanidad ó por envidia que por verdadera necesidad.

Se quiere gozar de lo que otro goza, suponiendo que goce, que esto no está probado; y no porque tales goces constituyan verdaderas exigencias del organismo, sino que más bien son rabieta y pataleos del orgullo y de la envidia.

Sobre este tema podría yo disertar ampliamente, no en forma retórica ni con ejemplos fantásticos ni con teorías *á priori*, sino con hechos positivos y con pequeñas escenas en

las que yo he sido el actor y de cuya exactitud, por lo tanto, respondo por mí mismo y no por referencias.

¿Se va enterando el lector displicente de que todo esto que digo constituye datos de importancia en la cuestión social?

Porque, al fin y al cabo, yo soy un hombre más ó menos modesto, pero perteneciente á la esfera intelectual y aun á la esfera artística; y para vivir con vida tranquila y con toda la felicidad que es permitida á la raza humana no he necesitado ni lujos ni refinamientos, ni el lujo ni el refinamiento ajeno me han pintado nunca de amarillo el cristal de los ojos.

Pero sospecho que me voy desviando de mi objeto, y que á este paso nunca llegaré á Londres ni podré recordar las maravillas que vi durante la célebre Exposición internacional del año 1862 en el palacio de Kensington.

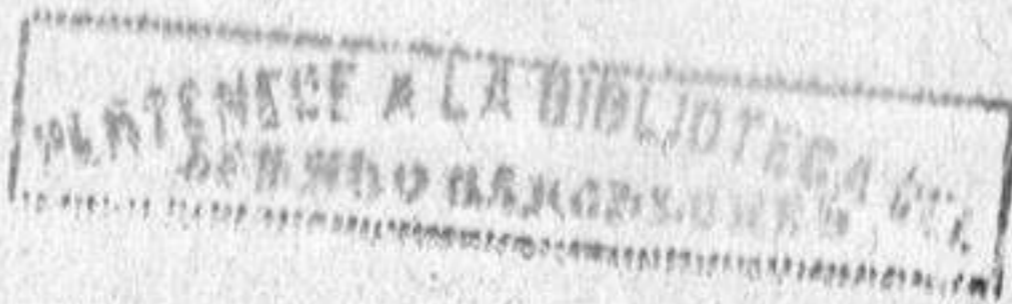
Emprendamos, pues, el viaje; pero viajemos por pequeñas etapas, para no hacer nunca noche en el camino y poder descansar el cuerpo sobre un plano horizontal y poder cerrar los ojos con descanso íntegro de todo el organismo.

Para *dormir* basta la horizontal.

La vertical, para *vivir*.

Y en los crepúsculos, menos que una butaca: un banco.

JOSÉ ECHEGARAY



# RADICALISMO Y REACCIÓN

## ÍNDICE

Caracteres de este estado de la conciencia nacional.—Hechos sociales.—Hechos individuales.—El radicalismo y la reacción como tendencias.—Pasado y porvenir.—Negación de presente.—La irrealidad nacional determinada por estas dos fuerzas difluentes.

—  
¿Es normal esta oposición?—Carácter adjetivo de la tradición.—¿Quiénes la sustantivan?—Tradición viva y tradición rediviva.—Carácter sustantivo del progreso.—¿Quiénes lo adjetivan?

—  
El sentimiento y la imaginación utópica como característicos de radicales y reaccionarios.—La falta de voluntad en ambos grupos.—Sectarismo de los mismos.—El individuo y la masa.—Libre examen y dogmatismo.—Libertad y autoridad.

—  
Formas sociales, políticas, económicas y religiosas del radicalismo y de la reacción en España.

—  
Tipos.—Psicología individual del reaccionario. Su caudal intelectual (misoneísmo).—Su sentimiento (individualismo).—Su acción (parasitismo en el pasado).—Temperamento flemático.—Carácter simple incomplejo.

—  
Psicología social.—La intolerancia.—Espíritu de provocación.

—  
El radical.—Mentalidad (filoneísmo).—Sentimiento asolidarista ó anárquico.—La acción (parasitismo en el porvenir).—Temperamento sanguíneo.—Carácter poliforme.

—  
El tratamiento de esta enfermedad moral.—La fórmula de un nuevo liberalismo.—Educación del individuo en la libertad, para la libertad.—El ascetismo.—La tolerancia.—La autofé.—El mundo interior y la vida religiosa.—El mundo exterior y la vida económico-social.—La aristocra-

cia en las almas y la democracia en las personas.—El individuo organismo muscular y pensador máquina de trabajo, no parásito de riqueza.—El nuevo sentido de la vida.—La sustantivación del presente como nexo entre el pasado y el porvenir.—Radicalismo y reacción integrados é integrables.

Mientras la gran mayoría de los pensadores españoles se engolfan *ingenuamente* en el tráfago diario del vivir pensando, bueno es que algunos pretendan pensar viviendo, es decir, dando trascendencia inmediatamente humana, social, nacional, al objeto de sus investigaciones. ¡Es tan difícil que la partícula de arena arrastrada por la corriente se resista á su impulsión y baje al fondo, dejando que resbale impetuosamente por su diminuta superficie y permaneciendo ella incommovible! ¡Es tan difícil que el individuo, en este marasmo social, tenga el alma serena, para flotar en él sin naufragar! ¡Es tan difícil!

¡Qué pocos son los que poseen serenidad espiritual, perfecto dominio de sí, para descansar al lado del camino, á fin de ver el rumbo que otros transeuntes llevan! Nuestras individualidades son máquinas movidas vertiginosamente por la pasión, máquinas ciegas, que avanzan al acaso, sin trayectoria. La realidad exterior es un imán, que fatalmente las atrae. El mundo interior rezuma toda su savia, los puros manantiales de la verdadera vida, que al contacto de la realidad exterior se cuaja en fruslerías, en nonadas. Si pobres son los parajes de la tierra, de esta nuestra tierra peninsular, desiertos, sin fauna y flora copiosas; miserables parecen los ambientes del espíritu, estos paisajes, sin fauna de ideas, ni floración de emociones y de acción, sin raíces en el pasado, sin tallos robustos que hacia el ideal nos yergan, sin alas que hacia el progreso nos lleven.

El fondo real de la conciencia española es pobre, miserable. Es una conciencia sin cultivar que, como espejo pequeño y desazogado, refleja poco y mal de lo que fuera de sí sucede. El problema de nuestra formación espiritual, la misión de hacer hombres con capital de ideas, con riqueza de emociones,

está abandonado. No hay maestros. Si los hay, su espíritu es impotente para despertar espíritus dormidos, ó propinar la eutanasia á los moribundos. A lo sumo, se emplea como estimulante la novedad, la idea que viene de París, de Berlín ó de Nueva York, que nuestros grandes modistos del intelectualismo rehacen, deshacen y adulteran, para tener derecho á ponerle etiqueta personal y cobrar corretaje por la confección.

¿Quién estudia nuestra realidad nacional? ¿Cómo se estudia? ¿Para qué? La estudian unos cuantos profesionales, que sobre ella viven y de ella viven, pero no para ella. Como no la crean, cada día se depaupera más. ¿Cómo la estudian? Atiborrados de letra de molde, ó hinchados de preocupaciones. ¿Para qué? No para conocerla, sino para distraer con su ignorancia á los que vulgarmente llaman ignorantes y lo son en menor grado que ellos.

Obligación moral muy grande, y al mismo tiempo cívica, es la del escritor, que al transferir á la conciencia social, por medio de la prensa, lo que en la suya se refleja, no se contenta con puras y sinceras espontaneidades mentales, con pensar en alta voz; sino que en alta y al mismo tiempo libre voluntad, aspira á poner remedio á lo que él cree un mal, proponiendo medios prácticos para que la colectividad logre lo que él en sí, por el esfuerzo propio, ha logrado.

Con disertar filosóficamente sobre nuestras enfermedades morales y sociales, nada se consigue. No puede estar satisfecho el espíritu verdaderamente cristiano, al escribir un comentario á las obras de misericordia, mientras á su puerta hay mil pobres que se mueren de hambre. Dar de comer al hambriento, no es entregarle un tratado de panificación, sino un pedazo de pan. Comulgar en espíritu con nuestro pueblo, es entregarnos por entero á él, no con el entendimiento tan sólo, ni con el corazón á él unidos. Hay que darle lo más precioso, lo más hondo, lo más íntimo: la voluntad... voluntad, para que tenga voluntad. La piedad nos obliga á ello. Debemos revertirnos



siempre al manantial que nos vertió en el mundo, para que no se agote jamás.

¡La voluntad! Si este elemento psíquico es el núcleo celular de una individualidad vigorosa y sana, el foco que, en las concavidades de la conciencia, hace converger hacia sí de un modo sinérgico, la luz y el calor de la mente y del corazón, y divergir de sí lo que del corazón y de la mente recibe, calentando é iluminando el mundo, que dió luz á nuestros ojos y calor á nuestro cuerpo; es también en la vida social, en la conciencia colectiva, el crucero de todos los caminos de la mente y el manómetro de todas las ansias del corazón del pueblo.

Por falta de voluntad, se nota en nuestra conciencia nacional la polarización de dos estados, de dos elementos de vida psíquica que deben vivir siempre unidos. Sólo en la vida infantil y en la senectud se divorcian. Una conciencia sana no es ni radical ni reaccionaria; es humanamente viva, que significa solidaridad entre lo que de los muertos vive y lo que de los vivos puede pervivir, es decir, tradición, memoria, é imaginación, facultad creadora, mente y voluntad.

En la conciencia individual española, y en la conciencia social, ó sea la opinión, los elementos psíquico-radicales y los psíquico-reaccionarios viven en perpetua guerra. La ley sociológica de la repetición predomina en unos, en los tradicionalistas reaccionarios; y la de oposición en otros, los progresistas radicales. Unos viven en el pasado. Otros aspiran á vivir en el porvenir. Ambos niegan el presente.

Sustantivar el radicalismo como fuerza predominante, y sustantivar la reacción como única fuerza salvadora, y hacerlo con persistencia, con tenacidad, hasta con fiereza, acusa un estado de salvajismo brutal ó de civilización gastada, vieja. A los radicales y reaccionarios hay que oponer el grupo de los verdaderamente progresivos, de los pocos españoles que quieren conquistar el ideal andando hacia él, en el camino del presente al porvenir, después de haber afirmado su individualidad en el presente, con ella y por ella enriquecido. A los que

no quieren moverse, y á los que quieren volar sin tener alas, hay que oponer los otros, los que marchan paso á paso con fe, con viva y ferviente fe en su esfuerzo, con la esperanza de que llegarán, ellos ó sus hijos, para descansar en el ideal patrio, denominador común de todos, absolutamente todos los individuales ideales del pueblo español presente.

Mientras las fuerzas individuales y sociales de la comunidad española se encuentren en tensión, por antagonismos sostenida, no hay progreso posible: dos hombres tiran del extremo de una cuerda hacia un lado; otros dos de igual fuerza, á otro contrario; y si ninguno de ellos se cansa, jamás se moverán del mismo sitio.

Pero es que los que tiran hacia atrás —los reaccionarios y los otros, los radicales— ¿tienen en la conciencia social la misma ponderación? No; porque entonces sobrevendría irremisiblemente la muerte en el organismo nacional. Lo que sucede es que unas veces ganan unos la batalla, y otras recobran los restantes el terreno que han perdido. Así, el progreso de la vida social española se parece, más que al manso correr de un río hacia el mar, que lo absorbe y lo alimenta, á un péndulo de irregulares y no isócronas oscilaciones.

El radicalismo y la reacción, pueden ser socialmente necesarios, cuando como movimientos espasmódicos ó instintivos del organismo nacional ó individual se consideran. Puede ser necesario á un radical bañar su alma en tradición, para hacerse progresivo. Algunos conozco que después de una conversión de esta naturaleza, resultaron ser verdaderos obreros, *pionners* de la civilización española, siendo antes, por el contrario, mendigos vagabundos de las extrañas, que ejercían en la nuestra un apostolado, una predicación sin catecúmenos. Pero radicalismo y reacción, como estados, como enfermedades crónicas y endémicas del espíritu español, lucha bárbara y perpetua entre pasiones iguales, impulsando distintas ideas, pleito estúpido de terquedad y de ceguera, sin resultados para la vida y sobrevida, obcecación, odio, intolerancia; todo eso, sin finalidad

moral, por perezoso deporte de codicia, ó por juego salvaje de soberbia; todo eso para vivir abotargados, mordiendo rabiosamente la propia carne, no por ascetismo, sino por hacernos la ilusión de que es extraña; todo eso, para atascarnos en pantano de convenciones, de intriga y de mentira; todo eso sin fe intensa que lo alimente, sin esperanza de triunfar, sin caridad para el vencido, cuando momentáneamente resulta; todo eso demuestra un estado de barbarie, del cual sólo hemos de redimirnos haciéndonos salvajes *puros* primero y civilizados después. Sí, es necesario el salvajismo, la redención por el salvajismo.

\*  
\* \*

En la conciencia contemporánea, no solamente española, sino universal, el radicalismo y la reacción son dos afirmaciones capitales. Los bandos están bien definidos. La juventud, que es lo más espontáneo de la humanidad en una época, los refleja perfectamente ¿Y á qué obedecen? ¿Cómo se explican? ¿Por qué el que es radical piensa y obra como radical y para él es inconcebible que de otra manera se piense y se obre? ¿Cómo explicar la ceguera del espíritu reaccionario que, viendo y tocando la realidad del progreso, disfrutando de sus ventajas, reniega, sin embargo, de ellas?

Toda idea radical ó reaccionaria es elaborada por un cerebro radical ó reaccionario; y al serlo, se hace ostensible á los demás, y sobre ellos ejerce sugestibilidad, mayor ó menor: una sugestibilidad proporcional á la ignorancia ó falta de poder de inhibición mental, para elaborarla reflexivamente, con conciencia. Y el cerebro, á su vez, es también un producto, está condicionado por el medio económico y social en que el hombre vive. Un estado industrial progresivo en todas sus formas, un estado genuinamente nuevo, determina un condicionamiento nuevo también de la vida mental. La perspectiva real de las cosas varía, porque el ojo que ve es distinto. Un norteamericano, un neoyorkino, tiene ante sus ojos un mundo

real y moral distinto del nuestro: la ciudad es inmensa, su vivir intensísimo, un vivir hijo del esfuerzo personal nada más, que supone avispamiento en la mente y tenacidad en la acción, un vivir para almas libres, para personalidades poderosas. El hijo de los campos castellanos tiene una acción soñolienta y perezosa, monótona y rutinaria, y piensa pobremente, sin poseer jamás iniciativas, porque no se le presentan casos nuevos; su pensar es hijo de la experiencia, pero no padre de ella; no puede tener la misma concepción de la vida, ni fijarle la misma trayectoria, que el anterior. Si el ambiente del primero determina en él un aceleramiento de la acción y el sentido de la existencia es el de la vida intensificada, el del segundo le condiciona para ahorrar acción, para una acción cada vez más lenta, que, comparada con la primera, dada su tendencia, es reacción. Acción y reacción son, por consiguiente, tendencias, dos tendencias distintas, alimentadas por un diverso sentido de la vida, hijo de una diversa estructura mental en las ideas. El hombre creador de ideas tiene que vivir en su mundo de un modo muy distinto del que sólo usa, ó comercia con ellas. Y el que usa ó comercia con ideas nuevas, tiene un tráfico y una forma distinta de negociar ó usar del que sólo se vale de las viejas. La inconcebibilidad del uno respecto á la posibilidad de concebir del otro, nace del distinto ambiente en que ambos conciben. Una vez más, la ley del materialismo histórico pesa sobre la economía de la vida mental, como sobre cualquier otro factor de la social.

Pero, además, la ley de la división del trabajo y la característica fundamental del pensador moderno, son otra causa mental del radicalismo en las ideas, causa que explica el radicalismo mental de los verdaderos intelectuales. El pensador antiguo era un sol que irradiaba luz sobre inteligencias que de él la recibían y á otras la reverberaban. La escuela y el maestro venían á justificar la autoridad y el dogmatismo, esa fuerza de adhesión á las enseñanzas recibidas, como la teoría heliocéntrica explicaba el sistema planetario antiguamente. Hoy

cada pensador es una estrella fija ó móvil, y la mentalidad colectiva de nuestra época, una constelación de pensadores, todos generadores de luz propia y todos irradiándola mutua y simultáneamente. El que hace una conquista de una verdad nueva, ó el que redime de las tinieblas una inteligencia que ignora, ama con tanto más amor su cosecha de mentalidad, cuanto más pequeña es ésta ó cuanto mayor es el peligro de que otro la presente primero en el mercado. El descubrimiento de una verdad, ó la visión rápida de su contenido, llevan al pensador á una adhesión ciega á su evidencia. Y el efecto producido en los que ignoran, suele ser más de sugestión de aptitudes en afirmar ó negar algo, que el conocimiento de los motivos que á la afirmación ó negación le han inducido. El público ignorante, y aun el semiesciento, se adaptan más fácilmente á una *pose* imitada que á una posición mental, que es consecuencia de las premisas mentalmente sentadas por el primero que la adoptó. Cuesta trabajo repetir en sí la serie integral de procesos que determinaron un resultado, sabiendo de antemano que éste ha sido obtenido por otro. Por eso, las almas perezosas é indolentes propenden más á descansar, con su confianza ó su fe, en las palabras de otro, que alimentar su fe con el propio esfuerzo, para llegar, por él, donde otro llegó. Nueva comprobación de mi aserto, de que radicalismo y reacción en la masa social, son tendencias colectivas que la sugestión determina y la imitación ó la rutina consolidan y encauzan.

Si éstos son los caracteres generales de toda reacción y de todo radicalismo en el vivir consciente de nuestra época, ¿son los mismos en España? Nuestro radicalismo y nuestra reacción, ¿significan lo mismo que en otros países? No, porque nuestro estado económico social no es de tal naturaleza, que nos presente, junto á un agrarismo rudimentario, un industrialismo progresivo, creador. Precisamente en España el radicalismo y la reacción, como afirmaciones vivas y conscientes, sólo se dan en nuestras ciudades más progresivas, de las cua-

les fluye, como de reflejo, el espíritu de proselitismo bicoloreo al resto de la nación. Los campos, la España rural, es inconsciente á estos movimientos superficiales, y en el fondo son reaccionarios porque no pueden ser activos, pero no porque no quieran serlo. El radicalismo y la reacción son dos enfermedades al mismo tiempo padecidas por nuestra sociedad, cuyos microbios, ejerciendo aparentemente un falso apostolado de cultura, aspiran á tener campo abonado para su vida y proliferación. No es un radicalismo hondo y serio el radicalismo español, que vive umbilicalmente atado al radicalismo francés, como la reacción española umbilicalmente atada vive á la reacción italiana. En el fondo, el radicalismo y la reacción en los espíritus latinos, no son más que supervivencias de barbarie, última forma de la invasión de las almas, de almas hambrientas de felicidad y cuerpos necesitados de pan, que irrumpen de la ignorancia, sin redimirse antes de ella, unos hacia el porvenir, que quieren engendrar sin presente y sin pasado, y hacia éste los otros, que son los más, para quienes sobran presente y porvenir. No somos originales ni en nuestro radicalismo ni en nuestra reacción. Nuestro negativismo es puramente imitativo, y en el fondo negación pura, nada. Los radicales niegan la tradición que ha vivido y la que pervive en nuestros regímenes político-sociales, y cuando no la pueden negar, reniegan de ella. Los reaccionarios niegan y reniegan las ventajas de nuestro presente político y social sobre el pasado y llaman utopía á lo que aspiran á realizar política ó socialmente en el porvenir los radicales. ¡Cómo conviven bajo un mismo medio social las fuerzas que debieron emplear para trabajar solidariamente en un presente de todos y para todos; en un presente amplio, de vida robusta; en un presente que, al dejar de serlo, transfiere su paternidad al inmediato; en un presente que deja meditar en sí el genio de la especie, de la humanidad eterna é inmortal, insaciablemente progresiva en su temporal manifestación é incesablemente perfectible en su natural actividad! El radical español no crea ideas: las compra

ó las arrienda, no para que vivan en él y en él produzcan la floración de mentalidad serena: son para él proyectiles que lanza sobre el pasado. ¡Su militarismo es el más odioso de todos los militarismos, y conste que todos, á mi ver, lo son! El reaccionario es peor aún, porque, combatiendo con los viejos y gastando su vitalidad en lucha que le es desfavorable, aminora el capital intelectual de que vive y sin el cual jamás podrá vivir. Son, radicales y reaccionarios, del mismo nivel en su vivir intelectual, que los pueblos pescadores y cazadores, que distan enormemente del industrialismo y del agrarismo, tanto, por lo menos, como estos estados del *liber-al-ismo*, que después estudiaremos. Se alimentan de lo que cazan y de lo que pescan en el pasado y en la utopia ó en el ideal, pero no lo alimentan con su esfuerzo, único medio de poder vivir personalmente lo que se sueña y hacer revivir ó despertar lo que en el alma personal ó colectiva duerme.

No puede considerarse como normal la oposición entre estas dos fases, afirmaciones ó factores de afirmación del alma contemporánea. La Naturaleza en sí ni es radical ni reaccionaria. Las ideas y sentimientos humanos tienen una intensidad gradual en su crecimiento y una disminución gradual en su intensidad. Son formas de vida, pero formas vivas y espontáneas, cuya manifestación jamás hemos de contrariar con determinado *parti pris*. Hay en toda idea ó proceso mental que vive, materiales viejos de asociación y nuevos materiales de representación, que adecuadamente coordinados en la conciencia individual, nos dan el esquema exacto del progreso mental. Todo progreso encarna, pues, una tradición con carácter adjetivo y un elemento nuevo que como tendencia se hace ostensible en nosotros, con carácter adjetivo también. Lo substancial, lo fundamentalmente substancial es el progreso mismo, que en último término no es más que la forma del humano vivir en solidaridad actual con lo presente y lo pasado, y en solidaridad virtual y posible, con el porvenir por medio del ideal, que al porvenir con voluntad y esfuerzo nos ata. El in-

dividuo por una parte y la sociedad por otra, reflejan exactamente el carácter normativo del vivir de un grupo dado. El grado de evolución mental y moral del mismo indicará la trayectoria que, consciente ó inconscientemente, sigue con sus esfuerzos. O pone la voluntad á contribución del sentimiento, y en este caso la forma del vivir es rutinaria, ó pone el sentimiento y la voluntad á contribución de la inteligencia, y en este caso, su vivir será progresivo. O sin voluntad ni inteligencia, con imaginación exclusivamente, tiende hacia el ideal, realizando entonces la forma del vivir utópico. Conservatorismo ó reacción, utopismo ó imaginación (mejor dicho, fantasía) y progresismo ó voluntad, razón: he ahí las tres formas del vivir del individuo y del grupo social, considerados en la dirección de sus movimientos vitales.

Psicológicamente analizada la cuestión, claro está que no pueden llevar la mejor parte en ella aquellos cuya fuerza normativa es el sentimiento, ni los otros en que predomina la fantasía, facultad en corto sentido irreal, propensa al ilusionismo y á la alucinación mental.

Sentimiento y fantasía en el individuo y en la masa, carecen de fuerza de coordinación sintética y de diferenciación analítica, que el intelecto y la voluntad poseen. Por eso llamamos vulgarmente desequilibrados á los espíritus utópicos, é impulsivos, esclavos del sentimiento ó de la imaginación. Claro está que este desequilibrio, si individualmente puede ser justificado, socialmente no, porque en el grupo ó la masa debe haber siempre equilibrio y ha de ser inestable.

La tradición no puede ser más que un adjetivo, un cofactor de progreso. Si los movimientos del mismo tienen una forma inmanente, una trayectoria helicoidal y no lineal, llevar las energías hacia el pasado es hipotecarle el presente, es hacer un perpetuo presente de una modalidad temporal, circunstancial y pasajera. Hay en toda tradición elementos virtualmente eternos, que no mueren jamás, que son como las primeras impresiones y representaciones infantiles, núcleo y centro de todo



el mundo de impresiones y representaciones posteriores; y hay también otros, efímeros, circunstanciales, contingentes, de pequeña vitalidad, que en la selección van pereciendo, como bagaje inútil, como secreción ó excreción, dañosa al organismo, que si no la expulsa, está propenso á prematura corrupción. El tino está en distinguir, por un escrupuloso análisis, lo que es contingente y lo que es eterno en la tradición, lo inmortal y lo muerto en ella, lo que hoy aparece para morir mañana ó para pervivir siempre.

Considerada la tradición en su sér abstracto, no hay más que una, es el interés de un capital creciente, á él acumulado y por él acumulable; que en un momento dado, siendo parte integral de él, represente su poder de crecimiento, su intensidad de producción.

No hay, no puede haber tradiciones redivivas en cuanto éstas no sean natural y espontáneamente producidas: movimientos atávicos del individuo ó de la especie, no para actualizar lo pasado muerto, sino para hacer vivir mejor lo presente, con lo virtualmente vivo en lo pasado. La tradición que tiene fuerza para vivir, no muere jamás; como no muere en la conciencia lo que subconscientemente en ella vive. A la tradición muerta se le puede galvanizar con vida aparente ó aparatosa, pero es á expensas de las energías vitales de los organismos jóvenes.

¿Y el ideal? ¿Y el utopismo? Ese soñar del alma, ese vivir en las lejanías de un más allá no ultrahumano, esos harzagos de fantástico bienestar, ¿qué valor tienen? En sí ninguno, absolutamente ninguno. Son alas con que puede volar el hombre; pero han de mover al hombre mismo. Son las grandes irrupciones del espíritu en el mundo ignorado, buceos en el ideal remoto, juegos de la mente y de la voluntad, para no dejar criar herrumbre de pereza en el alma. Su finalidad es impulsiva y nada más. Sirven para indicarnos que nuestra misión es caminar y sin cansera, no en línea recta, sino trazándonos con el propio esfuerzo la propia ruta. Son los gran-

des catalejos del espíritu, por los cuales ve el campo de acción, los nuevos campos que con su esfuerzo ha de cultivar. Sueños ideales que no sirven para idealizar la vida, encarnando primero en ella sugerencias hipnóticas de bienestar, producidas por la letra de molde ó la palabra de un *meneur*, son los que condicionan la existencia de las nuevas sectas, de rebaños apacentados por un pastor astuto en un campo ideal, cuya nutrición, meramente ideal, si primeramente los harta de alimentos ilusorios, los extenua á la larga, haciendo que se devoren á sí mismos; porque si la imaginación fantástica le da sueños, el instinto de vivir les pide pan, y el de pervivir robustez.

En último término, los que de este estado de cosas se aprovechan son los que llevan la masa, actuando en ella y sobre ella de apóstoles, los que le moldean á su gusto, para convertirle en escabel de personales aspiraciones, de encumbramientos rápidos y sin prestigio.



Hemos hecho hasta ahora un prolijo análisis del radicalismo y de la reacción como formas vivas de la conciencia individual y social contemporánea, que en cuanto imitativamente se reflejan en nuestro individuo y en nuestra masa, toman un carácter anormal, porque anormal es el vivir de este pueblo en esta actualidad, es vivir de inadaptado. Y por ser anormal el radicalismo y la reacción en España, anormales son también sus productos, sus concreciones, sus formas. No todas traducen el estado del espíritu nacional con la misma intensidad, ni por otra parte pueden hacerlo dada su penuria, su pobreza. En realidad, son manifestaciones del instinto, bajo dos formas: bajo la forma económica y bajo la forma religiosa, que en último término forma económica del instinto de conservación es también. Los radicalismos políticos, puros ó impuros, son convencionales; no responden al estado de alma de quien los predica, ni de quien los aconseja. Muchos espíritus radicales co-

nozco, que como tales militan en este campo y son en realidad reaccionarios. Muchos reaccionarios políticos son, por el contrario, radicales en el orden económico por dentro, aunque por fuera otra cosa aparenten. Es el radicalismo político una fórmula de adaptación de individualidades agregadas, ó congregadas para la conquista del poder, que pone á contribución la virtualidad de ideas que cree radicales, para lograr mejor y más pronto su efecto. No es extraño ver en programas de partidos radicales grandes manifestaciones de reacción política, económica y aun religiosa.

En realidad, donde con algidez se muestra esta enfermedad con manifestaciones dobles, es en el campo religioso y en el económico. En síntesis, todo se reduce, como decía antes, á economía más ó menos individual, más ó menos hija del instinto de conservación, de proselitismo ó de procreación. Porque para nuestro pueblo, que carece de conciencia normalmente religiosa, de ideas y sentimientos íntimamente casados con unción, reguladores, normativos y propulsores de la acción religiosa, la religiosidad se concreta en el culto, y el culto, en lo que tiene de social manifestación, ata gregariamente las almas para afirmar exteriormente una creencia, que en las interioridades vive lánguidamente ó está muerta. La reacción religiosa en España no bucea en la tradición, vive del espíritu religioso de nuestra comunidad, alentado vigorosamente por el más firme misticismo. La tradición mística duerme, y duerme también la tradición ascética. Lo que pervive y perdura es una organización formidable para la defensa y el ataque, como no se ha visto jamás. El proselitismo persuasivo, que la idea cristiana incuba y cuya realización histórica está aún en evolución, este proselitismo que en las comunidades jóvenes toma una forma ético-social, aquí no existe.

¿Por qué? Porque la religiosidad española no está basada en el amor, sino en el temor. El temor nos hace luchar, no con la confianza en el triunfo, sino con el miedo de perder la propia casa solariega. Suele también acompañar á esta oposi-

ción sistemática, á esta negación de progresividad religiosa, un fin trascendentalmente político, una tendencia á dar doble sustantividad á la religiosidad de nuestro pueblo, no para afirmar su primacía jerárquica en sentido social, sino para negar la preponderancia política del Estado en su esfera pública de acción. Es, después de todo, la reacción religiosa en España, no la aspiración á *instaurare omnia en Christo*, no la cristiana aspiración á la sencillez y sinceridad primitiva, no. Aspira á ostentarse bajo la forma de una milicia eclesiástica, de un militarismo hierático, á organizarse en ejército de creyentes para combatir, no en una grey de almas buenas, para prepararse á vivir la vida eterna. Se afirma la integridad del dogma con el culto; pero se le niega eficacia moral desde el momento en que las enseñanzas de la Iglesia no nos disponen á un vivir mejor. Por eso no es raro ver en las masas eclesiásticamente organizadas, almas empedernidas en el pecado, que hipócritamente confiesan en la publicidad lo que en la vida privada desmienten con su conducta. Así, estableciendo un muro entre el *ser* y el *aparentar*, no hay repugnancia en admitir en la santa grey los mayores renitentes conocidos. Pero en el fondo de esta reacción religiosa, ¿qué hay? Primeramente una afirmación de la religiosidad innata en nuestro pueblo, religiosidad que no debemos ahogar, sino educar, estableciendo en la conciencia individual y la conciencia social un nexo entre el *dogmatismo* y el *practicismo*, hoy disociados. En segundo lugar, hay también una profunda pereza, una apatía al vivir religioso con carácter dinámico, activo, activo de voluntad y de entendimiento, no simplemente en ritualismo y cultos. Hay también una profunda ignorancia, una falta de cultura científica, en los *meneurs* de estas masas, que ven instrumentos mortíferos donde otros encuentran herramientas de laboriosidad, que facilitan la vida. Así se engendra la intolerancia, que es hermana gemela de la reacción. Es de notar que la reacción religiosa toma estos caracteres en nuestros centros urbanos excesivamente jóvenes, como Bilbao, ó excesivamente viejos,

como Cataluña y Valencia, y en los rurales, alguna vez por imitación, lo cual demuestra que, positivamente, la conciencia religiosa del pueblo español progresa y se ensancha, adquiriendo horizontes nuevos, pues hay en ella remoción de vida cuando se la hiere en lo más hondo, en las tendencias de religiosidad hereditaria, que llega á hacerse instintiva. Sólo á fuerza de afirmar nuestra vida religiosa y de negarla, hemos de hacernos verdaderamente religiosos, llenando en espíritu el sentido actualmente ético-social de esta palabra.

En contraposición á la reacción religiosa, hay en nuestro país un radicalismo no religioso, como sería de esperar si aquí tuviésemos espíritu religioso, ni *a-religioso*, si la ciencia, como sustitutivo, viniese á proclamar un agnosticismo en este orden. El radicalismo en el campo religioso no afirma verdades ó principios, contra dogmas y creencias, no, ni critica científicamente sus bases; es simplemente, como antes se decía, una negación de una afirmación, y una afirmación de una negación, que, algebraicamente consideradas, pueden expresarse así: creencia + dogma — (negación de creencia + negación de dogma) = 0. Afirmación de progresismo utópico — (negación de progreso utópico y real = — progreso, reacción. Como la afirmación de la utopía no va acompañada de esfuerzos para encarnarla en la realidad, es para nosotros una cantidad imaginaria el infinito matemático, que tiene, sí, valor convencional, pero no real. De la misma manera que la reacción religiosa se fija principalmente en afirmar lo que de cuerpo posee para parecer más ostensible, así también el radicalismo va encaminado á negar prestigio y valor á estas exteriorizaciones y á sus agentes. Mientras en la Facultad de Teología de Berlín Harnack contrapone al dogma católico un escepticismo diligente, investigador, celébrase con fausto solemne en Bilbao el año jubilar por unos, y por otros se dan mueras á la reacción y se vocea abajo los frailes. Sepulcros blanqueados son unos, y cuerpos sin espíritu religioso, otros; creyentes de una fe aprendida y no vivida los primeros, cre-

yentes de una idea no comprendida y vivida los segundos; masa rebañega aquéllos, masa borreguil éstos; fanáticos del pasado los católicos de procesión, fanáticos del porvenir los radicales del mitin; parásitos de la tradición eterna, aquéllos; obstáculos del progreso temporal, éstos.

Hermanos en la exaltación de una fe, carecen de *piedad* para asimilar su espíritu, que ocultamente les dice que las manos son para trabajar y la inteligencia para dirigir las manos; pero no para forjar máquinas de guerra, ni para destrozarse sobre una tierra perezosa, sobre un subsuelo virgen é intensamente rico, que traga sus restos y se atesora con ellos. Hermanos en un mismo punto de partida, que es el amor que los engendró y los dió al mundo, al vivir en él, la ceguera del odio los lleva á estrellarse brutalmente. Y así, la historia de esta pobre patria es tela de Penélope, sin cesar tejida y destejida; tejida con amor para vestir las desnudeces y miserias del espíritu, destejida con odio para mostrar las vergüenzas de un cuerpo feo y asqueroso. ¡Qué vivir este nuestro vivir! ¡Este luchar nos ofusca y embrutece, no nos permite ver que hay un más allá donde la paz reina y donde el espíritu goza; que el corazón ha de redimirse por la libertad y que la libertad ha de unirnos en el amor! Por ser hombres, somos hijos de la humanidad y padres de ella. Alimentar la humanidad con nuestro espíritu y nuestro esfuerzo es devolverle con creces lo que ella, como sagrada herencia, nos entrega. Vivir en la humanidad es vivir para la humanidad, y vivir íntegramente para ella es pervivir en ella, sobrevivir en espíritu y en memoria. La sed de inmortalidad, si es codiciosa, nos lleva á atentar contra la sed de otro hombre, y el exclusivismo en saciarla podrá engendrar después el hastío y aburrimiento en gozarla. Procurando apagar esta sed en nuestros hermanos, el reino de los espíritus inmortales ha de sernos más sabroso.

Por no pensar hondamente en esta verdad, por no comprender ó querer comprender que la muerte no puede borrar jamás las huellas del espíritu en el mundo, y que aquél, además

de su propia inmortalidad personal, se inmortaliza aquí también; que los muertos siguen viviendo en el alma de los vivos, como viajeros que se van hacia lejanías ignoradas, pero que en ellas nos esperan; que la muerte es el tránsito de una vida del espíritu á otra vida, y de una vida del cuerpo á la de otros; que vida y muerte son tesis y antítesis de la existencia, suprema síntesis del sér en permanencia; por ignorar todo esto, devoramos mutuamente nuestras vidas como animales carnívoros, para saciar el apetito de un vivir pasajero y efímero. El hambre de inmortalidad sólo con inmortalidad se apaga; y ¡ay del hombre que no la siente! ¡ese tampoco será capaz de amor!

El radicalismo en el orden religioso es un accidente del radicalismo económico. Adquiere formas exteriores en el alma latina, porque aquí la religiosidad é irreligiosidad, ó mejor dicho, contrarreligiosidad, al exteriorizarse se militarizó con exceso.

Por eso los creyentes del nuevo dogma de la conquista del pan y de la defensa de la propiedad luchan tan encarnizadamente: porque el ultra y el intra de la vida individual se transfirió al extra. El hombre busca una base telúrica á su existencia moral, sin cuya base no puede existir moralmente; sólo que, una vez conquistada esta base, el edificio queda sin terminar. Las tendencias de nuestro pueblo á industrializarse por imitación determinaron la aparición de una burguesía de *arrivistas* sin cultura, y, lo que es peor, sin ansias de ella, y, lo que es peor, con repugnancia y odio á ella. Tienen la cenestesia del poder, de la riqueza, del dinero. Son los nuevos héroes de este nuevo régimen falseado. Miran el saber y los que saben con aire compasivo. El hábito de luchar para enriquecerse ahogó en sus almas los instintos de piedad, de amor y de simpatía. Como no sienten, no pueden re-sentir el sentimiento extraño. Como no padecen, no pueden compadecer. Como gozan de la opulencia, les es inconcebible la miseria. ¡Pobres espíritus! ¡Esclavos del placer y sin capacidad y fortaleza para el dolor! Su aislamiento de los demás humanos concita los

odios contra ellos, odios de la mente y del corazón, ofensas de los brazos.

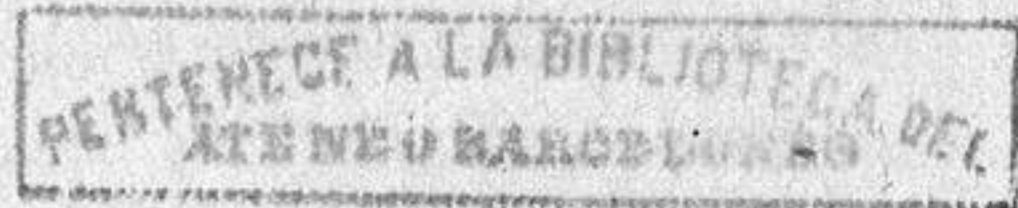
Así, la doble legión de obreros intelectuales y manuales de este país, unida por el instinto de vivir, los odia con odio muy humano, por instinto de vivir. Los que trabajan con el entendimiento ven cerrarse poco á poco sus fábricas, porque el producto pensamiento personal apenas se cotiza en el mercado y sólo se solicita á buen precio la literatura con virtus dormitiva ó afrodisiaca; es un aperitivo para el placer ó un calmante como el opio. Los morfinómanos de la letra de molde y los mentómanos pagan la mercancía á cualquier precio, con tal que como específico apetecido obre, y lo logran. El cerebro que libremente piensa está condenado á perecer de asfixia en estas soledades donde la verdad no brilla, ó brilla desde la ausencia. Una de dos: ó se adapta á la mentira convencional, entregando las armas verdaderas de acero bien templado para recibir en cambio otras armas de latón, que cual juguete infantil brillan más y cortan menos, ó se redime por sí y para sí y, al redimirse, se revela. Su instinto le induce á mirar con simpatía otra legión de desheredados, como almas sin ambiente espiritual y estómagos sin alimento. La idea entonces al servicio del odio que el instinto de conservación engendra ó prohija, surge de media docena de cerebros osados que la predicán y siembran entre la muchedumbre inadaptada. Y ésta, que tiene hambre y está impaciente por satisfacerla, no piensa en organizarse en milicia de resistencia, sino que individualmente aspira á realizar el ideal, el único ideal de redención que sació su espíritu, antes de que su cuerpo perezca de inanición. Los impulsivismos del radicalismo económico en almas sin cultura y en estómagos con hambre, son terribles, ¡tremendos! Para un moribundo desesperado no hay consuelo; el amor huelga. Para un estómago sin pan no hay castigo; la coacción social es inútil. No hay que defenderse del mal, de lo que se cree sea mal y no es mal ni bien, sino producto social de los elementos sociales presentes; con la mano, contra los que



con la mano atacan. El instinto de defensa social debe aspirar á evitar los movimientos impulsivos del desesperado, á quien no mueve otra cosa más que el propio instinto de defensa, ó de simpatía por los indefensos. El espíritu social debe aspirar á evitar estos antagonismos entre el instinto individual y el colectivo. No hay que reprimir con un régimen policiaco los abusos del radicalismo económico, sino prevenir con un régimen de cultura las tendencias á tal radicalismo y aconsejar y obligar á los que tales tendencias fomentan con su ignorancia y su codicia á que procuren hacerse cargo de lo que piensan y sienten sus contrarios.

Es hecho muy significativo el que nuestros obreros y jóvenes titulados sin nómina alimenten su hambre espiritual en unas mismas traducciones de literatura radical, económica y religiosamente radical, restando á su ínfimo salario, ó á su bolsillo, dinero para comprar pan ó satisfacer otras necesidades. Esa literatura de desesperados, al injertarse en vidas sin porvenir, cunde como gota de aceite en papel de seda.

\*  
\* \*



¿Es el radicalismo y la reacción en las ideas la causa ó razón de ser de nuestros tipos nacionales de *radicales* y *reaccionarios*, ó son éstos los que producen y determinan nuestro radicalismo y nuestra reacción? ¿La razón de ser del radicalismo es originariamente subjetiva ú objetiva? ¿Hace el radical ó el reaccionario las ideas radicales, ó las ideas radicales y reaccionarias moldean, ó plasman á su modo el cerebro en que se vierten? Hay, á mi modo de pensar, una coadaptación. Si el cerebro español, en vez de ser radical ó reaccionario, fuera exclusivamente, genuinamente crítico, críticamente se asimilaría en las ideas su valor objetivo y nada más, eliminando en su aprehensión todo subjetivismo pasional del que primeramente las elaboró. Pero no es eso. El primer movimiento, el espontáneo, es el de creencia. La *doxis* en el cerebro del creyente se hace

*dogma*. La enseñanza persuasiva se convierte en geométrico teorema. El segundo movimiento no es el de análisis, de reflexión ó ponderación de las ideas previamente creídas, no; es de negación sistemática, es la pura y vacía afirmación de lo contrario á lo que anteriormente se afirmaba; pero no por vía de antítesis necesaria para llegar á una síntesis, á una integración armónica de contrariedades aparentes, sino para destruir lo anteriormente construído. Cuando la antítesis de la tesis se pone en un cerebro laborioso, es para buscar un denominador común á ambas, una síntesis real, ó por lo menos formal, de convivencia en tolerancia. Cuando es sostenida por un cerebro perezoso, no es para prepararse á un proceso superior de síntesis, sino para descansar en un dogma emotivamente el mismo y mentalmente contrario á otro. Lo que en el primer caso es diligencia científica, ó prudencia al dar valor á predicados contrarios de una proposición, es en el segundo ignorancia terca y estúpida, y en el fondo convencionalismo perezoso y soberbia en concebir.

Analizando los caracteres del tipo reaccionario, se ve que en el orden intelectual su característica es el *misoneísmo*. Incapaz de comprender lo nuevo, lo odia. No sabiendo escoger en él lo que de bondad y verdad existe, reniega de él *á priori*. Es el tipo del vegetariano *á fortiori*, que renuncia al *bisté* inglés porque no tiene dinero para comprar carne, y no se contenta con renunciar tan sólo, además lo desprecia, ¡lo desprecia hidalgamente! Odiar sistemáticamente la novedad, es odiar el progreso mismo, es renunciar á marchar hacia delante y hacia arriba. Porque el progreso implica novedad, y la novedad progreso; ahora, que no hay que perseguir el progreso por lo que de novedad proporciona, sino por lo que de utilidad tiene; ni la novedad por la satisfacción agradable que implica, sino como signo revelador de progresos efectivos, nada más que efectivos, pues muchas veces, bajo el manto de novedad se ocultan miserias y errores muy viejos.

El odio á lo nuevo implica el amor de su contrario; y el

apego excesivo á lo *viejo*, el añejismo, es en el fondo pura conservación de anacronismos, deseos de revelar ostensiblemente en una época lo que en otra ha existido, ignorando que en lo que hoy existe, *subsiste* también aquello que otros quieren revelar, si es que ha tenido vitalidad para subsistir; y si no, su vida artificial resta vida á las realidades vivientes actuales. Suele ser el caudal intelectual del reaccionario pobrísimo en ideas. Lo que pierden éstas en riqueza prolífica, lo ganan en poder de cohesión inorgánica; no son nimbos de aurora, mensajera del sol, que al besar la tierra la fecunda; son bloques de granito, sillares de la misma magnitud, labrados por patrón, artificiosamente superpuestos y exteriormente adheridos por aparente unidad, por unidad formal, no viva. Así es que las ideas tienen carácter estático en la mente del reaccionario. Se dejan someter á combinaciones múltiples, pero jamás se asocian vivamente. Las contradicciones formales ocultan semejanzas vivas, y las contradicciones vivas subsisten veladas bajo formales unidades. El dogmatismo á presión ahoga la expansión del libre examen. La rigidez férrea en las ideas ahoga los movimientos espontáneos de su inmanencia activa. El dogmatismo á presión brota de la autoridad compresiva, del autoritarismo, de la brutalidad lógica, que mantiene en servidumbre la vida mental por puro instinto de dominación.

La vida emocional del tipo reaccionario carece de complejidad. Predominan en él los instintos egoístas, un sentimiento del yo rudimentario; una tendencia á conservarse defensivamente contra todo elemento extraño, que á su parasitismo negativo en el pasado se oponga. El temperamento y el carácter carecen de originalidad y de riqueza. Los caracteres suelen ser simples, de una pieza, bloques de cuarzo, cantos rodados de tradición, ocultos bajo tierra improductiva para el progreso. El temperamento acusa un linfatismo exagerado. Marchan como buey descuidado por una vía férrea. Cuando la locomotora los amenaza, huyen; después del peligro vuelven á exponer-

se á él. En el aspecto social, suele ser la intolerancia la nota distintiva de este grupo; intolerancia que consiste en no moverse, ni en dejar mover á los demás.

Su concepción de la ciencia y de la vida, que á remolque los lleva, ó como lastre les obliga á resistir cuando los empujan, y aprisionar el alma de aquel que, sintiéndose con alas, quiere emprender libre vuelo, es estática, fija.

Suele ser el tipo del radical muy diferente, por más que algunas notas de semejanza tenga con el anterior. Si el reaccionario odia lo nuevo, el radical lo ama con exceso. Si el reaccionario sustantiva el añejismo, el radical sustantiva el filoneísmo; y al darle valor absoluto, confunde frivolidades y trivialidades del progreso con sus seriedades más hondas, con sus resultados más decisivos. Es un hombre de imaginación fantástica, un vidente de lontananzas ilusorias, un impresionista é impulsivo de inestable mentalidad, de proteica organización en sus formas representativas, que pasan por el campo de mirada de la conciencia como visión cinematográfica, sin dejar en ella impresiones hondas y duraderas. Por eso el espíritu radical, el verdaderamente radical, es en el fondo anárquico, destructivo. El sentimiento excesivo de la idea de que es instrumento, le lleva á gravitar irreflexivamente sobre el porvenir, del que después se convierte en parásito, así como el reaccionario gravita sobre el pasado y es un parásito de él. Su temperamento es predominantemente sanguíneo; su carácter poliforme, mejor dicho, en formación.)

Ambos tipos suelen tener semejanzas fundamentales. Son perezosos ambos, espectadores uno y otro de este vivir laborioso de la humanidad, que se levanta con el día y se acuesta con la noche; aburridos uno y otro de las monotonías íntimas y de las inadaptaciones al exterior; patronos con distinto capital, pero en igual negocio: en el de explotar la credulidad y la ignorancia de estas masas, que á unos ó á otros acuden, para hipotecar su libertad en confianza, y pagar crecida renta al hipotecario, que en ignorancia y credulidad los sostiene ini-

cuamente á sabiendas, entreteniendo esta noche del espíritu con sueños de la mente ó con rutinas del corazón.

\*  
\* \*

¿Es posible curar esta enfermedad ético-social del pueblo español? Absolutamente, por completo, no. Es enfermedad de la época: como vemos, es europea, más que europea, universal; pero cabe aproximar nuestra alma al alma contemporánea, introducir en ella saludables divisiones, que acusen un radicalismo científico, y no huero, y una tradición sanamente conservadora, y no reaccionaria. Han de responder, radicalismo y reacción, á movimientos vivos del alma toda; han de ser desbordamientos de energía, condensados y acumulados en tendencias ricas en espíritu y en acción; han de brotar de lo íntimo, con fervor, con religiosidad, con candor; no han de ser nunca la exaltación del *barbarismo*, que nos tiraniza á un intelectualismo pasional. Si la voluntad, esta potencia formidable que en el alma moderna representa lo íntimo, lo substancial, lo más hondo y sintético entre las energías psíquicas, es la única que puede servir de tejido conjuntivo á una tradición estancada y á un radicalismo utópico, para que ambos cuajen en progreso, para que los sueños, como simiente de nueva vida, germinen en tradición maternal, como en tierra preparada por la labor del hombre; si la falta de voluntad es lo que explica la disociación de estos dos elementos de progreso, causa fundamental de la rutina y de la inestabilidad mental y moral de nuestra época, cultivemos la voluntad, forjemos voluntad, tengamos fe en ella, en su eficacia, que la fe la agrandaré. ¡Fe! ¡aliento vital, que sin cegar el alma la remueves en su quietud perezosa; entierras los cadáveres de la creencia, y convertidos en gusanera, alimentas con su substancia el espíritu que á ti se ofrece, sacias su sed de saber y le das clave propia para vivir! ¡Fe! ¡Desciende como lluvia vivificante sobre estas almas, almas muertas, arcillosas, resquebrajadas y sedientas! ¡Ven á despertar al dormido, ven á crear voluntad á este

pueblo esclavo! ¡Voluntad, voluntad de vivir y pervivir, y no grosero y animal instinto de vegetar! ¡Voluntad, fuerza humanizante, emancipadora, clave de personalidad y fuente de independencia! ¡Voluntad, hogar íntimo donde, como sagrado tesoro, cobija la individualidad ricas energías, para los instantes de prueba, para los fracasos, para las luchas, para la adversidad, para el dolor! ¡Voluntad, encarna y vive en las entrañas de la raza, conmuévelas, á fin de que pára con dolor acción, acción sinérgica, solidaria, fecunda, no reacción aislada, muerta, atómica y estéril!

Eduquemos al individuo en la libertad, para la libertad. Hagamos de ella un medio para vivir independientes y un fin, además, para convivir como hermanos. Forjemos libertad adentro, en el corazón, antes de que aflore á los labios su fórmula teórica. Hagamos individuos libres antes de sancionar jurídicamente la fórmula de sus relaciones. Encendamos en el corazón del hombre el fuego sagrado de la independencia, de la dignidad y del honor, con viva lumbre de mentalidad nueva, que tantas veces se apagó por vientos extraños y crueles. Pero para forjar libertad, precisamos ascetismo y tolerancia; ascetismo moral, fortificador, estoico; ejercicio saludable, labor cotidiana, para conquistar el título de hombres, la *andreia*, la suprema virtud helénica, que plasmó aquellas individualidades en un canon moral aún más hermoso que el que sirvió de tipo á sus esculturas; ascetismo que nos dé conciencia del propio vigor, confianza en el propio esfuerzo, afecto especial á lo por él conquistado en trabajo. Tolerancia, virtud moderna, que consiste en tener caridad para el que creemos extraviado, en humana ley de reciprocidad para el prójimo que sumido en error nos vea á nosotros mismos; tolerancia, es decir, prudencia en creer y en afirmar, caridad, paz espiritual para convivir. Ascetismo, propio ambiente de vida interior; tolerancia, ambiente social de convivencia humana.

En este mundo interior ha de guarecerse, basada en autofé, la ultrafé, fundamento de religiosidad y fe exterior; de ella ha

de manar, como de fuente que jamás se seque, el mundo exterior, donde nuestra individualidad social se asiente, para echar bases sólidas á la vida social y á la vida económica.

El nuevo liberalismo, que debe consistir en el *making* del *selfman*, no puede acabar con la superioridad íntima del alma, no puede echar raíces en la conciencia, aspirando á consolidar igualitarismos estúpidos, que al carecer de realidad en la vida interior del hombre, se hacen ostensibles al exterior, atacando la estabilidad bienhechora de una igualdad externa, necesaria para convivir en trabajo y en amor. El nuevo liberalismo, al proclamar la democracia como fruto de nuestra autonomía personal y de nuestra capacidad social para organizar el Estado y determinar sus funciones, no puede cortar de raíz la aristocracia de las almas, su riqueza nativa, su fuerza, su potencia natural, que en el mundo íntimo se manifiesta y obra.

Hay que considerar al hombre moderno como un organismo muscular y pensador, como una máquina psicofísica de trabajo personal y libre, acumulador de riquezas naturales para crear capital social, no como parásito de otros hombres ó de una naturaleza benigna, que si le alimenta con amor de madre, castra su virilidad al tenerle siempre en tutela.

El nuevo sentido de la vida debe ser para nosotros éste: somos seres que debemos realizar, de una manera consciente y responsable, lo que otros seres naturales, vivos y semejantes á nosotros realizan de un modo fatal y necesario. Nuestra ley de vida es ley de adaptación, pero de adaptación intercurrente, de adaptación de la individualidad externa al medio social, de adaptación del medio social á la individualidad interna.

Para lograrlo hay que sustantivar el presente; hay que considerar la vida como una progresión orgánica, no geométrica, de presentes; hay que estar siempre presentes á nuestra propia vida; hay que ver concienzudamente cómo libremente fluye de nosotros al mundo y en nosotros refluye desde el

mundo. El pasado es un presente en la memoria; el presente es un presente á los ojos; el porvenir, un presente en la imaginación y en la voluntad (no en la fantasía). El presente actual, este presente creado por voluntad, debe ser nexo entre el pasado y el porvenir, así como la voluntad debe serlo entre la imaginación que sueña y la inteligencia que concibe. Así, sustantivado el presente, la tesis de la reacción y la antítesis del radicalismo se fundirán en viva síntesis, se integrarán. Los que guerrean hoy como enemigos, serán mañana (deben ser, quiero decir) hermanos, obreros mancomunados y solidarios en la causa del progreso. ¿Acaso será ventajosa esta tenaz diferenciación de dos ambientes, para mejor integrarlos? ¿Habrá una juventud que, alimentándose en dos savias, podrá nutrir en su alma la nueva planta de la libertad, para gozar de sus frutos? Sembremos con fe y con amor, aunque la muerte nos impida ver nuestras mieses y recoger nuestras cosechas. Sembremos...

ELOY L. ANDRÉ



## LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA DE BARCELONA

---

En los primeros días del mes de Enero celebróse en Barcelona la segunda Asamblea Universitaria. No pueden menos de aplaudirse estos congresos de profesores; son útiles, no tanto por la labor de eficacia inmediata que realicen, como por otros motivos. En efecto: de una parte, el hecho solo de que se celebren, revela que hay entre los miembros del profesorado español quienes se preocupan con los problemas de su función importantísima; y de otra, tales Asambleas sirven de ocasión para que las gentes *del oficio* se conozcan y traten, y cambien impresiones é influyan unas en otras, á más de entrañar, tales reuniones, momentos culminantes muy favorables para la determinación de tendencias colectivas, y para la condensación de corrientes reformistas. Es indudable que el principal defecto que hoy tiene la Universidad española, el defecto capital, causa ó consecuencia de todos los demás, es la falta de vida, la ausencia de espíritu corporativo; no hay entre sus miembros solidaridad, ideal común, nada, en suma, de cuanto se necesita para ser una gran fuerza social; y no digo yo que las Asambleas puedan por sí solas infundir en la Universidad la vida que no tiene; pero es indiscutible que algo, aunque sea muy poco, pueden contribuir á suscitarla.

La Asamblea de Barcelona tuvo unos comienzos que auguraban, ó un fracaso grave, ó un desarrollo agitado. Ciertos elementos, los que representan en el profesorado un sentido contrario á la neutralidad científica de la Universidad, tomaron una actitud de protesta y, en definitiva, de retraimiento,

ante la ponencia redactada por el rector de Salamanca, señor Unamuno, de que en su lugar hablaremos. Si tales elementos no iban á la Asamblea, podía ésta perder importancia; y si iban, era de esperar una discusión movida, por plantearse, en la ponencia citada, una de las cuestiones que más hondamente dividen á las gentes: la cuestión del carácter confesional de la enseñanza, ó del derecho de la Iglesia á inspeccionarla, con la ayuda del Estado. Como indico, los contrarios á la ponencia del Sr. Unamuno se retiraron de la Asamblea, estimando, por lo visto, como indiscutible, un punto de vista que de cierto no es el imperante por esos mundos, ni el que mejor se compagina con los principios fundamentales de nuestro régimen constitucional. Y la Asamblea se celebró tranquila y serena, conservando su importancia, como reunión de profesores preocupados con el porvenir de la enseñanza nacional.

Procuraremos reseñar en breves términos sus tareas.

\* \*

Según los datos que he podido recoger, la Asamblea de Barcelona contó desde el primer momento con más de doscientas adhesiones; quizá el doble que la primera Asamblea de Valencia, que sólo reunió ciento seis.

Entre las adhesiones figuran las corporaciones siguientes: Escuela Normal de Maestros de Barcelona, Escuela Normal de Maestras de ídem, Escuela de Arquitectos de ídem, Escuela Superior de Comercio de ídem, Escuela de Ingenieros Industriales de ídem, Instituto de segunda enseñanza de ídem, Universidad de Salamanca, Escuela Normal de Maestros de Alicante, Escuela Superior de Comercio de ídem, Escuela Normal de Maestras de ídem, Instituto General y Técnico de Reus, Universidad de Valencia, Escuela Normal de Maestros de ídem, Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, Escuela de Comercio de Valencia, Universidad de Santiago, Universidad de Zaragoza, Instituto de Figueras, Instituto de Palma,

Escuela de Bellas Artes de ídem, Escuela de Industrias de Tarrasa, Instituto de Gerona, Universidad de Valladolid, Escuela Normal de Maestros de Burgos, Universidad de Oviedo, Universidad de Sevilla, Universidad de Granada, Universidad de Madrid, Escuela Normal de Maestros de ídem, Escuela de Pintura de ídem, Instituto de Huesca, Escuela Normal de Maestras de Murcia, Instituto de Castellón, Escuela Normal de Maestros de ídem, Escuela Superior de Maestros de Cartagena, Escuela de Artes y Oficios de Sabadell, Escuela Industrial de Bilbao.

La Mesa designada para representar y dirigir la Asamblea se constituyó de este modo:

Presidentes de honor: el ministro de Instrucción pública, Sr. Lacierva, y el rector de la Universidad de Barcelona, doctor Rodríguez Méndez. Miembros de honor: los rectores, senadores y diputados. Presidente efectivo: D. Aniceto Sela, de la Universidad de Oviedo. Vicepresidentes: D. Juan Barterat, D. Blas Lázaro, D. Lorenzo de Benito, D. Prudencio Requejo, D. Federico Schwart y D. Augusto Pi y Suñer. Secretario general: D. Luis María Jordá. Secretarios de actas: don Augusto Vidal y D. Enrique Mir y Miró.

\*  
\* \*



La Asamblea celebró varias sesiones y algunas fiestas interesantes, asistiendo de ciento á doscientas personas á los debates, los cuales recayeron sobre varios temas del mayor interés, que abarcan, desde diversos puntos de vista, el problema de la enseñanza. Como de costumbre, se habían redactado, con el objeto de encauzar los debates y preparar la votación de conclusiones prácticas, varias ponencias por distintos miembros del profesorado español.

Nada más adecuado para dar una idea de la importancia de la labor de la Asamblea barcelonesa, que anotar los temas de las ponencias, é indicar algunas propuestas de los que tu-

vieron el encargo de redactarlas, toda vez que no tengo datos completos ó suficientes para reseñar las discusiones y resoluciones de la Asamblea misma.

Tenía ésta que debatir sobre tres temas de carácter general y ocho de índole especial.

Hablaremos primero de los temas generales. Helos aquí: 1.º Autonomía universitaria. 2.º La enseñanza universitaria. Y 3.º El profesorado.

El tema primero tuvo por ponente al Sr. Azcárate, quien, acomodándose á las exigencias de la realidad y tomando en cuenta los hechos, y dentro de ellos lo posible, en vez de disertar sobre la autonomía universitaria de una manera doctrinal, ciñó sus consideraciones á razonar la oportunidad de proponer, como solución al problema, el proyecto de ley presentado á las Cortes por el Conde de Romanones, y que quedó en el Senado, en 1902, pendiente de aprobación definitiva.

«Por fortuna—decía el Sr. Azcárate,—el problema de la *Autonomía universitaria* es uno de los pocos, poquísimos, en que han llegado á convenir todas las escuelas y todos los partidos. Unos, porque echan de menos aquellos tiempos en que la Universidad, por ser real y positivamente *Universitas scholarium ó magistrorum*, ó de éstos y aquéllos; otros, por estimar que á esta institución debe alcanzar la saludable rectificación de la obra de un sentido individualista extremado; quiénes, por considerar que durante medio siglo han podido apreciarse los frutos de la organización centralizada y burocrática que se dió á la enseñanza, resulta que todos vienen á parar en la conclusión de que, en mayor ó en menor grado, se impone el reconocimiento de la independencia, de la autonomía de las Universidades...

»La autonomía implica la facultad, por parte de la Universidad, de regirse y gobernarse á sí misma, y comprende: primero, el reconocimiento de su personalidad, y por tanto, de su capacidad para adquirir derechos y contraer obligaciones; segundo, el régimen de la enseñanza, con inclusión del nom-

bramiento de los que han de darla; tercero, la designación por ella misma de las autoridades académicas y de los funcionarios á su servicio; y cuarto, la administración por sí propia de sus recursos.

»Claro está que no es posible, y si lo fuera no sería discreto, pasar de golpe de un régimen centralizado y burocrático á uno de independencia y autonomía, no tanto por los vínculos económicos que ligan á las Universidades con el Estado, respecto de los cuales, dicho sea de paso, conviene hacer constar que las diez Universidades sólo cuestan á aquél poco más de 200.000 pesetas al año, como porque la transición es obra delicada de arte, que pide moderación en las exigencias y cautela en su otorgamiento, siendo lo que importa sentar el principio y señalar la tendencia, dejando al porvenir su completo desarrollo.

»Teniendo esto en cuenta, se redactó el proyecto de ley presentado en 1902 por el señor conde de Romanones, ministro de Instrucción pública, y que con el asentimiento y cooperación de todos los partidos fué aprobado en ambas Cámaras.»

\* \* \*

De la *Enseñanza universitaria* fué ponente el Sr. Unamuno, quien, después de un luminoso preámbulo, formuló las conclusiones siguientes:

«1.<sup>a</sup> Declarar que las Facultades universitarias no deben reducirse á ser simplemente Escuelas de abogados, médicos, farmacéuticos y catedráticos, sino que han de ser, además y sobre todo, centros de elevada cultura y de formación de filosofía, ciencias, letras y artes.

2.<sup>a</sup> Pedir la reforma de la segunda enseñanza, dividiéndola en dos grados: uno de cultura general y otro con bifurcación en dos secciones, de cultura más especial, y que sirvan cada una de esas secciones de preparatorio para las Facultades universitarias.

3.<sup>a</sup> Estudiar el modo de crear, con subvención del Estado y bajo su amparo, publicaciones universitarias con cierto carácter como las de las Academias, de índole filosófica, científica y literaria, como complemento, hoy obligado, á la función docente.

4.<sup>a</sup> Pedir al Parlamento el que, para garantía de la libertad de investigación y exposición de principios filosóficos y científicos, derogue formalmente el art. 2.º del Concordato, los artículos 295 y 296 de la ley de Instrucción pública hoy vigente, y cuantas disposiciones tiendan á establecer la ingerencia, en cuestiones de enseñanza pública, de cualquier autoridad no académica.»

Como he indicado más arriba, esta ponencia fué la que suscitó la protesta de determinados asambleístas, que se consideraron imposibilitados de acudir á la Asamblea á discutir cosa alguna, mientras se mantuviera en el programa de sus trabajos la conclusión 4.<sup>a</sup> de las copiadas.

La importancia que, independientemente de la Asamblea y de los disidentes de ella, tiene el asunto, me obliga á dedicarle breves líneas. No ofrece para mí la menor duda que es indispensable una libertad efectiva de investigación y de exposición para que la Universidad pueda desempeñar su misión científica y pedagógica: la *neutralidad de la Universidad* y la devoción del profesor dentro de ella, al puro interés de la ciencia y de la formación de la juventud, en la práctica de sus métodos, y en la vida elevada y moral que la investigación de la verdad exige, son, creo yo, condiciones esenciales de la acción universitaria.

Pero ante la conclusión formulada por el Sr. Unamuno, la cuestión no es ésta, ni siquiera otra más honda, cual es la de la práctica efectiva de esa neutralidad por el profesorado mismo, que no debe hacer tribuna de propaganda ni centro de proselitismo de la cátedra, y por cuantos tienen que ver con la Universidad: verbigracia, los que intervienen en la designación de su personal activo, que no deben, si cumplen como

buenos, designarlo sino en vista de las aptitudes científicas y pedagógicas, y jamás á título de racionalista ó católico por ejemplo.

La cuestión, repito, es otra. El Sr. Unamuno planteó un problema de derecho. ¿Es que en España no tenemos de hecho y de derecho la neutralidad de la Universidad? ¿Es que la libertad del profesor depende de una simple tolerancia del que eventualmente ejerza el poder público?

\*  
\* \*

Veámoslo rápidamente.

Por fortuna, no necesito esforzarme en buscar argumentos; hay todo un arsenal de éstos, en cierta discusión habida el año 1899, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, entre los señores Orti y Lara, Azcárate y Sánchez de Toca (1).

La neutralidad de la Universidad es un hecho exigido por las condiciones mismas de la vida moderna; no quiero decir que sea, en efecto, un hecho en el sentido de que aquella neutralidad tenga una realidad aceptada por todos, sino que es una imposición, la cual se deja sentir, y contra la cual no puede irse sin suscitar graves trastornos y producir grandes daños.

Discutiendo con Orti y Lara decía el Sr. Sánchez de Toca: «La premisa cardinal de sus razonamientos (del Sr. Orti y Lara) consistía en que el Estado, como católico que es, según la Constitución, está obligado á que la enseñanza que se profese en sus escuelas no encierre especie alguna que no resulte estrictamente ajustada á la doctrina católica. Pero estos gravísimos problemas no se resuelven por la mera virtualidad de lo que aparece consignado en un texto constitucional. Aun suponiendo la declaración más explícita de los textos consti-

---

(1) Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. *Extracto de discusiones*. Tema: *Sentido general en que debe llevarse á cabo la reforma de la enseñanza en España* (tomo I, 1901). Todas las citas que se hacen á continuación se refieren á esta discusión.

tucionales sobre este punto, la realidad de si un Estado es ó no católico no descansa en lo que se escriba en la ley, sino en otros factores mucho más esenciales...» «Digan lo que quieran los textos escritos de la Constitución, ni en la vida oficial del Estado ni en el orden extraoficial de nuestra vida nacional tenemos esa gran realidad de la fe viva...; y si se pretendiera hoy que las fuerzas coactivas del Estado impusieran en nuestras Universidades, tal como desearía el Sr. Orti, esa unidad de doctrinas y criterio sobre los principios raíces, que no existe en las conciencias de los españoles, aunque las leyes lo mandaran y los poderes públicos se prestaran á ello, se cometerían grandes tiranías, y en vez de lograr la unidad se producirían mayores disidencias, y las Universidades y todo el cuerpo social vendrían á tremenda anarquía» (1).

\*  
\* \*

Pero además de ser un hecho que se impone, la neutralidad de la Universidad es el estado legal del momento; los artículos que le estorban al Sr. Unamuno están bien y perfectamente derogados. Basta estudiar la cuestión desapasionadamente para convencerse. La sumisión de la enseñanza á la Iglesia, y la consiguiente inspección del episcopado, se fundaban antes de 1868 en el régimen de unidad religiosa é intolerancia de la Constitución de 1845, cuyo artículo 21 declaraba que «la religión de la *nación española* es la católica apostólica y romana». En armonía con este principio—decía el Sr. Azcárate en la Academia de Ciencias Morales y Políticas—se redactaron los artículos 1.º, 2.º y parte del 3.º del Concordato de 1551. En efecto, dice el 1.º que: «La religión católica apostólica romana, que, *con exclusión de cualquier otro culto, continúa siendo la única de la nación española*, se conservará *siempre* en los dominios de S. M. Católica...» «Pero viene en seguida el artícu-

---

(1) *Loc. cit.*, p. 261.



lo 2.º, y noten los señores académicos cómo empieza: «*En su consecuencia*, la instrucción en las Universidades, Colegios, Seminarios y Escuelas *públicas ó privadas* de cualquiera clase, será en todo conforme á la doctrina de la misma religión católica; y á este fin, no se pondrá impedimento alguno á los obispos y demás prelados diocesanos, encargados por su ministerio de velar por la pureza de la doctrina, de la fe y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas». En el artículo 3.º se promete á los obispos el apoyo del Gobierno para impedir «la publicación, introducción ó circulación de libros malos ó nocivos» (1).

\*  
\* \*

Y la cosa es clara: todas las facultades de los obispos en materia de enseñanza y en lo demás indicado, son, como advierte el Sr. Azcárate, *una consecuencia* de la unidad católica proclamada como estado de derecho y de hecho, por la Constitución y por el art. 1.º del Concordato.

Ahora bien: ¿no ha pasado aquí nada desde 1851? La Revolución de 1868 con su decreto-ley de 21 de Octubre, la Constitución de 1869 con su declaración favorable á la libertad de conciencia y de cultos, el Código penal de 1870, ¿no significan nada?

Pero se dirá: el régimen de la Constitución de 1876 no es en materia religiosa y de relaciones con los cultos: el de 1869 sea; pero tampoco es el de 1845. Con el art. 11, que habla de religión *del Estado* (no de la nación), y proclama la tolerancia religiosa, pues «nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto...»; con el art. 13, que proclama la libertad de pensamiento; el 15, que declara á todos los españoles admisibles á los empleos y cargos públicos «según su mérito y capa-

---

(1) V. *Ob. cit.*, p. 275 y sigs.

«ciudad», y con el 12, que afirma la libertad de enseñanza (1), no hay manera de sostener la *consecuencia* del Concordato ni los arts. 295 y 296 de la ley de 1857.

Por todo lo cual puede asegurarse, con el Sr. Azcárate, que «la legalidad hoy vigente es la consignada en la Real orden de 3 de Marzo de 1881, que no ha sido derogada ni modificada por ninguna otra», no obstante haber pasado por el Ministerio de Instrucción pública los hermanos Pidal...

Y vamos ya á las demás ponencias.

\*  
\* \*

La relativa al profesorado la redactó el Sr. Lázaro. No dispongo de espacio para copiar íntegras las 23 conclusiones formuladas por el sabio profesor de la Facultad de Farmacia de Madrid. Me limitaré, pues, á señalar las principales.

«La reorganización del profesorado universitario no será eficaz si se efectúa aisladamente. Para que esta medida sea fecunda, debe realizarse simultáneamente la reforma de los procedimientos de enseñanza, no la de los planes de estudios, y transformarse la vida de las Universidades.

»En las Universidades deben existir los siguientes órdenes de enseñanza: 1.º, estudios generales, profesionales ó de licenciatura; 2.º, estudios especiales ó complementarios de las Facultades; 3.º, estudios de preparación para el profesorado; y 4.º, estudios superiores...

»En los estudios especiales ó complementarios se incluirán las materias más importantes que en cada Facultad puedan considerarse como especialidades, sin ser precisas á todos los que hayan de ejercer la profesión. Estas enseñanzas, que pueden ser comunes á dos ó más Facultades, constituirán el período del doctorado, en que sólo se exigirá la aprobación de tres asignaturas, elegidas libremente por el aspirante entre

---

(1) V. Azcárate: *loc. cit.*

las señaladas para su Facultad ó sección, si excediesen de este número...

»Se creará dentro de la Universidad una escuela especial destinada á la preparación para el profesorado universitario. Sus enseñanzas serán regentadas por catedráticos numerarios de las diversas Facultades, los cuales, si continuasen desempeñando sus cátedras en los estudios generales, disfrutarán de las ventajas de la acumulación.

»Se establecerán en la Universidad los cursos de estudios superiores de investigación, los cuales no formarán parte del plan de estudios de ninguna Facultad...

»El sueldo de ingreso para los catedráticos numerarios deberá ser de 5.000 pesetas anuales, aumentándose en 1.000 pesetas cada cinco años hasta la reunión de seis quinquenios.

»Para que esta reforma no origine un excesivo aumento de gastos, los catedráticos numerarios de Universidad podrán desempeñar, además de la cátedra de que sean titulares, otra en concepto de acumulada, siempre que sean análogas. Para este efecto, son acumulables las cátedras de los estudios generales y las especiales ó complementarias de todas las Facultades y las de la escuela especial de preparación para el profesorado universitario. El desempeño de una cátedra acumulada se gratificará con 4.000 pesetas anuales. Ningún catedrático podrá desempeñar más de una cátedra como titular y otra acumulada. Los profesores encargados de las enseñanzas especiales, que no sean catedráticos numerarios, no podrán desempeñar cátedras acumuladas. Para los catedráticos numerarios que desempeñen cátedras acumuladas se declara incompatible el ejercicio profesional...

»Deberán establecerse diez pensiones de 5.000 pesetas anuales cada una, las cuales se otorgarán á otros tantos catedráticos numerarios que se hayan distinguido notoriamente por su laboriosidad y amor á la enseñanza y por sus trabajos de investigación. Los catedráticos que hayan de ser objeto de esta distinción serán designados cada cinco años por votación de

los Claustros. Ésta se efectuará separadamente en cada Universidad, remitiéndose las actas á Madrid para que se efectúe el cómputo de los votos emitidos. Se concederán las pensiones á los que obtengan mayoría de votos, aunque no reúnan la mitad más uno...

»La misión de los profesores no puede limitarse á la exposición del contenido de las asignaturas y á la puntual asistencia á todos los actos académicos, sino que debe tender en primer término á la formación y educación de la juventud, preparándola para ser útil al progreso intelectual y social de nuestra patria...

»En las enseñanzas de carácter experimental y en las de observación deberán suprimirse las exposiciones sistemáticas y descriptivas, dedicando el tiempo que en ellas se emplea y otra tanto más á trabajos de comprobación realizados con los alumnos en los laboratorios, clínicas, etc. Las explicaciones verbales de los profesores se limitarán á las cuestiones en que éstos crean útil emplear dicho procedimiento.

»Los catedráticos deberán tomar parte activa en la difusión de la enseñanza fuera de la Universidad mediante la institución de cursos populares, conferencias y sesiones experimentales públicas, estableciendo relación con las demás instituciones, juntas y comisiones que se ocupen de la enseñanza y de propagar la cultura entre todas las clases del país».

\*  
\*  
\*

Ocho son las ponencias sobre otros tantos temas especiales que tengo á la vista, á saber: 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> sobre la reorganización de las Facultades de Ciencias, Medicina, Farmacia, Derecho y Filosofía y Letras, 6.<sup>a</sup> sobre las Escuelas Normales, 7.<sup>a</sup> sobre la enseñanza de las Artes industriales, y 8.<sup>a</sup> sobre las Escuelas de Comercio (1).

(1) La ponencia 1.<sup>a</sup> fué redactada por los Sres. Marzal, Vila y Calderón; la 2.<sup>a</sup> por el Sr. Calleja Torres; la 3.<sup>a</sup> por el Sr. Casares Gil; la 4.<sup>a</sup> por el Sr. Sela; la 5.<sup>a</sup> por los Sres. Ibarra y Ribera; la 6.<sup>a</sup> por el Sr. Vidal; la 7.<sup>a</sup> por el Sr. Domenech, y la 8.<sup>a</sup> por el Sr. San José.

Me es imposible, no ya copiar, pero ni resumir siquiera, las conclusiones de las ponencias indicadas. Ante semejante imposibilidad, he de contentarme, bien á pesar mío, con señalar algunas indicaciones entre las que me han parecido más interesantes; por ejemplo, estas del Sr. Calderón á propósito de la reorganización de la Facultad de Ciencias (Sección de Naturales). Habla el distinguido profesor del doctorado, y dice:

«A mi juicio, el trabajo que debiera exigirse para obtener el grado de doctor en Ciencias no consiste en el estudio de tales ó cuáles asignaturas, sino en realizar una investigación que no demandase menos de un año de labor. Este trabajo debería hacerse en los laboratorios de la Facultad, para que el aspirante dispusiese de todos los medios necesarios, y al mismo tiempo como garantía de ser obra personal del que lo presentara á examen del tribunal calificador. Entre las Memorias que actualmente redactan los aspirantes á dicho grado, siempre deficientísimas, hay algunas, sin embargo, en las que se adivina un propósito de realizar algo nuevo y á veces trascendental, que no se cumple por la falta de medios y por la escasa importancia concedida á este ejercicio entre nosotros.»

Refiriéndose á las relaciones entre maestros y discípulos, escribe:

«La enseñanza de las ciencias naturales exige una labor constante y principal de laboratorio para orientar al principiante en una técnica por extremo variada: de carácter geométrico y físico, tratándose de la Cristalografía; químico, para la Mineralogía; histológico, para la Zoología y Botánica generales; el alumno debe además dibujar, clasificar y reconocer ejemplares. Todo esto implica su permanencia en la Facultad durante casi todo el día, estando abiertos constantemente los laboratorios; y claro es que catedráticos y ayudantes habrían de permanecer también en aquéllos muchas horas diarias para dirigir los trabajos. Quizás algunos de éstos exigirían hacer venir, siquiera temporalmente, profesores extranjeros ó enviar

de los nuestros á los centros de investigación más adelantados (que no es esta ocasión de discutir cuál de los medios sería preferible); lo indudable es que, de no ser práctica la enseñanza y de conservar el carácter predominantemente oral que reviste, se obtendrán, á lo sumo, eruditos en Historia natural, pero no naturalistas; y si la Facultad ha de limitarse á exponer poco más ó menos lo que es factible aprender por la lectura de obras y revistas, no vale la pena de que el Estado costee un personal de profesores y alumnos relativamente numeroso.»

\*  
\* \*

También por vía de ejemplo estimo de especial interés estas conclusiones del Sr. Sela:

«La enseñanza será intuitiva y realista, procurando el profesor indagar en común con los alumnos, ya en la clase, ya en Seminarios ó Escuelas prácticas que deben organizarse dentro de la Universidad, facilitando ésta los medios materiales necesarios.

»No habrá exámenes de prueba de curso. Cada profesor juzgará quiénes de sus alumnos se hallan capacitados para pasar al curso siguiente, y quiénes deben repetir el año, sin que los que se encuentren en este último caso puedan ser admitidos á examen alguno después de las vacaciones de verano. El grado de licenciado requerirá ejercicios detenidos que prueben de un modo suficiente la capacidad del aspirante.

»Por regla general, las lecciones serán alternas, bisemanales ó semanales.

»El doctorado se organizará como Escuela Normal para la formación de los profesores de la Facultad, durando los estudios dos años, y verificándose en forma tal que el Claustro pueda conocer las condiciones de moralidad, carácter y aptitud pedagógica de cada aspirante, y proponer en lista los que han de ocupar las cátedras vacantes, confirmándose este nombramiento provisional, previo informe favorable del Claustro de

la Universidad respectiva, después de un período de ejercicio de cinco años».

\*  
\* \*

Por último, he aquí varias declaraciones que estimo importantes de la ponencia relativa á la Facultad de Filosofía y Letras, de los Sres. Ribera é Ibarra:

«Los trabajos de investigación que sustituyen á las actuales Memorias doctorales debieran redactarse bajo la dirección de los profesores durante el año en que se cursa el doctorado; á este fin se establecerán, bajo la dirección de profesores libremente elegidos por el Gobierno de entre las personas que públicamente hubieran dado muestras de que sabían investigar, ya fueran nacionales ó extranjeros, Seminarios de estudios semíticos, Estudios de Historia de la Edad Media (especialmente de España), Estudios de Historia moderna y contemporánea (especialmente de España), Estudios clásicos (griego y latín), Estudios de Filosofía (que debieran ser dobles): *a*) espiritualista; *b*) positiva ó experimental.»

«El ideal es, á nuestro juicio—añaden,—la absoluta libertad de estudios, sin sujeción á planes, cursos, carreras ni títulos; es decir, que cada cual estudie lo que juzgue necesario al fin que se propone; reconociendo que este ideal está lejano, se ha procurado en el presente proyecto conservar en lo posible las actuales enseñanzas, completarlas y darles el carácter práctico que necesitan para orientar á la juventud española por los derroteros que hace tiempo siguen las naciones más cultas...»

\*  
\* \*

Pocas palabras puedo destinar ya á la tarea propiamente dicha de la Asamblea. La impresión general es que despertaron gran interés y que reinó en todas las discusiones un alto espíritu de concordia y un buen deseo de acierto.

Por de pronto, la Asamblea aprobó por aclamación la ponencia del Sr. Azcárate, mostrándose así partidaria del prin-

cipio de la autonomía, aunque sea encerrado éste en los límites, más que prudentes, del proyecto de ley resucitado por el Sr. Azcárate.

Al llegar á la ponencia del Sr. Unamuno, aprobó la Asamblea desde luego la conclusión primera, discutiendo la relativa á la bifurcación de la segunda enseñanza, y tomando el buen acuerdo, en cuanto á la independencia del profesor, de renovar la conclusión de la Asamblea de Valencia, favorable á la libertad de la cátedra.

La ponencia del Sr. Lázaro, relativa al profesorado, como era natural, por lo importante del tema y por las complicadas cuestiones que suscita, dió lugar á muy detenida discusión, en la que intervinieron varios asambleístas. Por fin, la Asamblea se mostró en general conforme con las tesis de la ponencia.

También se debatieron las ponencias sobre los temas especiales anteriormente indicados.

Por último, la Asamblea tomó los siguientes acuerdos:

«Nombrar una Comisión que mantenga los acuerdos de la Asamblea, siendo elegidos para formarla los Sres. Azcárate, Menéndez y Pelayo y Barrio y Mier.

Mejorar la situación económica de los empleados de los Centros docentes.

Celebrar la tercera Asamblea universitaria en Madrid, durante la Semana Santa de 1907, y para ello eligióse la Junta organizadora, compuesta de los Sres. Sela, rectores de las Universidades de Madrid, Barcelona y Valencia, y los catedráticos de la de Madrid Lozano, Royo, Ortega, González, Martín y Fernández.

Además se aprobaron las siguientes conclusiones, presentadas por el Dr. Moliner:

1.<sup>a</sup> Que los 25 millones de pesetas de la renta de alcoholes se apliquen á instrucción pública.

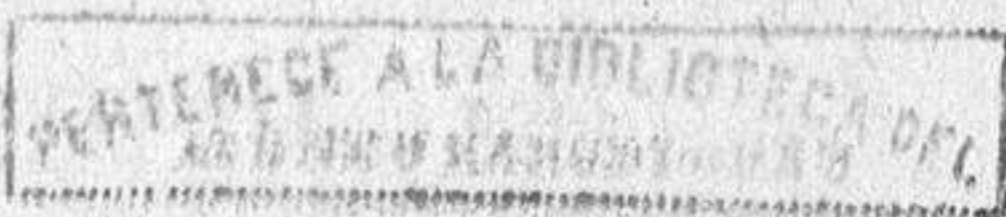
2.<sup>a</sup> Ver con simpatía la conducta de aquellos profesores que por falta de medios de enseñanza se vean precisados á abandonar sus cátedras.



3.<sup>a</sup> Hacer lo conducente para resolver estos conflictos en favor de la enseñanza.

A propuesta de D. Hermenegildo Giner de los Ríos, se acordó solicitar del Gobierno que las escuelas de Roma y Bolognia dependan del Ministerio de Instrucción pública.

\*  
\* \*



Tal es, hasta donde mis datos alcanzan y el espacio de que dispongo permite, la labor de la segunda Asamblea universitaria. Como mi propósito al escribir este artículo no era otro que el de reseñar sus trabajos é incidentes más notables, nada he de decir en són de crítica, de las conclusiones aceptadas. Repito lo que al principio decía: estas reuniones de profesores tienen su importancia, aun independientemente de sus acuerdos y de la eficacia inmediata de éstos.

No he de terminar mi trabajo sin dedicar algunas palabras á una de las fiestas celebradas con ocasión de la Asamblea: á la fiesta de extensión universitaria. Por lo que he leído en la prensa, y lo que he oído á algunas personas que la presenciaron, fué un acto hermoso, admirable. Miles de obreros acudieron á rendir tributo de reconocimiento á los beneméritos maestros que en Barcelona trabajan por establecer relaciones de simpatía y de cariño entre la Universidad y el pueblo. Satisfecho puede estar el rector de Barcelona, Sr. Rodríguez Méndez, del excelente éxito de sus gestiones en este movimiento regenerador y cultísimo de armonía social, que llamamos Extensión universitaria.

A los que discutan el éxito de la Asamblea de Barcelona, bastará oponerles, con las ponencias, adhesiones y debates tan interesantes que hemos reseñado, este acto magnífico de la clase obrera, unida en aspiraciones elevadas con los elementos universitarios de la gran ciudad industrial.

ADOLFO POSADA

E. M.—Febrero 1905.

9

# YANG-HUN-TSY

## (EL DIABLO EXTRANJERO)

---

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

### III

EN HU-TCHEN

Las sombrías murallas de la ciudad se destacaban cada vez más perceptibles sobre el fondo lejano de las montañas y parecían agrandarse, como un monstruo de piedra que se hubiera torpemente alzado en medio de las llanuras amarillas. Nada acusaba la vida tras de aquel recinto, nada se movía por encima de sus almenados baluartes: el camino ancho y recto iba á perderse bajo la bóveda del portalón. La ciudad por aquel lado carecía de barrios extramuros, y las movedizas arenas llegaban hasta el pie de las murallas.

La caravana se acercaba lentamente, precedida del tintineo de sus campanillas. De repente, un chino, que se recataba á orillas del camino, avanzó, hincó una rodilla en tierra y tendió al primer guía un rollo de papel rojo cubierto de letras de oro. Era un correo, enviado por las autoridades de la ciudad para saludar á «los huéspedes de al otro lado de los mares».

El papel venía á ser la tarjeta de un funcionario, que esperaba á más distancia, bajo un suntuoso quitasol de color escarlata con anchas franjas. A su lado un servidor joven sujetaba por las bridas á un caballo ensillado.

En cuanto se mostró el barón, el mandarín se adelantó á su encuentro y le saludó con una genuflexión, agitando varias veces seguidas sus puños cerrados. Invitado cortésmente á enderezarse, se resistió algo, después montó con ligereza en su caballo y se unió á la comitiva; comenzó entonces toda una serie de ceremonias.

A los pocos pasos se encontraba formado á ambos lados del camino un destacamento de caballería, cuyos individuos iban uniformados con túnicas rojas, botas de paño blanco y sombreros negros con plumero de color. Eran los «Dragones invencibles del Celeste Imperio». Llevaban en el pecho y en la espalda unos dragones amarillos y verdes ricamente bordados; sus armas resplandecían al sol, y en sus manos los abanicos se movían cadenciosamente, refrescando sus rostros de soldados, marciales, serios, inundados de sudor por el calor del mediodía.

Los caballos y los camellos de la caravana, asustados, se negaron á penetrar en aquel desfiladero semejante á un bosque incendiado; se encabritaban y relinchaban alzando la cola; varios dieron con su carga en tierra.

Afortunadamente, de una tienda azul salieron unos oficiales que invitaron á los viajeros á tomar un refrigerio.

En el interior de la tienda, sobre mesas de laca negra, esperaban á los extranjeros vasos de todas dimensiones, á docenas, platos minúsculos, dulces, pasteles y frutas. Se sirvió el té.

A Juan, que lo miraba todo con ávida curiosidad, le llamaron la atención las maneras sueltas y distinguidas de los oficiales chinos. Después de los miserables albergues de los mongoles, aquella tienda bien alhajada, fresca, bañada por un día azulado, le procuraba una satisfacción.

—Doctor, si sale usted por la ciudad no deje de llevarme con usted, se lo ruego—dijo en voz baja.

—¿Y el fotógrafo?

—¡Bah! Suceda lo que quiera.

Cuando hubieron franqueado el portalón, comprendieron

por qué les había parecido tan sombrío: la entrada estaba medio interceptada en el interior por un trozo de muro, al que había que dar vuelta para pasar del pórtico á la calle principal, ancha y recta, formada por casas bajas. El alojamiento asignado á la expedición consistía en un edificio vasto, sucio, pero adornado con banderas. Allí también estaba dispuesta una mesa provista de manjares y de té hirviendo. Mandarines con trajes de gala y cubiertos con los sombreros de ceremonia hacían los honores. El barón, que con el fotógrafo se había adelantado á la caravana, estaba sentado en medio de aquéllos, con aspecto huraño y de mal humor.

—Me felicito de que por fin hayan llegado ustedes; aquí me fastidio solo, como un imbécil, entre estas gentes que se obstinan en no marcharse; me encuentro fatigadísimo, tengo sueño y están aquí sin moverse... ¿Ha llegado el intérprete?

—No; llegará pronto.

Malykh entró.

—¿Y Dor, dónde está? ¿Qué ha hecho usted del perro?

—Se ha quedado con Sin.

—¿Por qué con Sin? Ya sabe usted que á esta chusma asiática no le gustan los perros: son capaces de hacerle daño.

Malykh se excusaba, mientras que los oficiales chinos escuchaban atentamente el diálogo, que por las entonaciones le suponían de gran importancia.

Por fin aparecieron Sin y Dor, el cual, en contra de toda etiqueta china, fué introducido en la habitación. Aprovechó la ocasión para ir á olfatear las pantorrillas de los dignatarios. Estos no demostraron con ningún gesto su repugnancia, pero en sus ojos brilló un vivo disgusto.

Por fin comenzó la conversación mediante los dos intérpretes.

—Ka-ka, ta-ka, ga-ga.

Brzeski reprimía á duras penas sus ganas de reír al escuchar tartamudear á Sin; tanto más, cuanto que el topógrafo no cesaba de murmurar comentarios irónicos.

—¿Qué es eso? ¿Ka-ka, ga-ga, Gota? ¡Le faltan al respeto! ¡qué infracción á la ley de las estepas! ¿Y por qué? Porque en vez de elegir un solo intérprete bueno, tenemos dos malos. ¡Peregrina invención, que nunca se apreciará bastante!

—¡Cállese, escuche!... Parece que se trata en este momento de algo grave—les hizo observar el doctor.

Efectivamente, los chinos, después del cambio de las cortesanas de rúbrica, estaban explicando algo á Sin, que éste no podía ó no quería traducir. El barón se impacientaba.

—¿Qué dicen?

Sin reflexionó largo rato antes de contestar, con expresión de espanto en los ojos.

—¡La ba... talla!

—¿Qué batalla? ¿Con quién?

—Los Dungares... los insurrectos... me parece, por lo que dicen—manifestó Malykh.

El barón se volvió bruscamente hacia el intérprete.

—¿Y entonces, qué?

—Dicen que es imposible pasar por Khawi, por Tsian-Yui-Guan y por Lan-Tchu-Fu; que es preciso ir por Kobdo, Urga, Kalgam, como hacen de ordinario los extranjeros.

—¿Volver atrás? Que se les quite esa idea de la cabeza. Que nos proporcionen una escolta más importante, un escuadrón, un regimiento, lo que quieran; pero no hemos llegado hasta aquí para volver sobre nuestros pasos.

—Ciertamente, señor barón—apoyó con calor el topógrafo. —De ninguna manera podemos retroceder. Eso es un pretexto... los conozco: no quieren dejarnos ver su nuevo camino.

El barón se puso lívido y perdió toda noción de las conveniencias.

—Dígales que tengo la autorización de Bogdo-Khan, de Khuan-Chan-Di mismo—vociferó en chino.

Las gruesas venas de su cuello y de su frente se hinchaban, y dirigiéndose directamente á Sin, volvía casi por completo la espalda á los mandarines.

Sin se había atemorizado de tal manera, que no conseguía articular una palabra; y cuando oyó el nombre de Khuan-Chan-Di, cerró los ojos, alzó los hombros y se quedó completamente inerte. En vano rugía el barón:

—Dígales, dícales que están perdiendo el tiempo.

El intérprete permanecía mudo, como si se hubiera petrificado. En cuanto á Malykh, no sabía hablar el chino.

—Entiendo un poco, pero no puedo explicar—repetía con embarazo.

—En fin, ¿qué dicen?

—Dicen *chi*, que quiere decir algo como sí, pero esto no significa que consientan; lo dicen únicamente por cortesía. Dicen también *Tso-tsun-tan*, que viene á ser como si dijeran su general, su gobernador. Dicen también que Ti-Dun está ausente, que se ha marchado.

—Dígales que nos iremos sin escolta—ordenó el jefe.

Tras una breve y ruidosa explicación en dialecto de Kiachta, Malykh consiguió, por fin, decidir á Sin á que tradujera aquella amenaza.

Los funcionarios oponían reverencias corteses y hablaban largamente; en sus respuestas se percibían á menudo las palabras *Tso-tsun-tan*, *Ti-Dun*, *Hun-huz* (bandido).

—No quieren consentir en la marcha del convoy sin escolta: dicen que los lugares por donde quiere usted pasar están sublevados; que se ha ordenado no dejarnos ir á ninguna parte sin escolta; que *Ti-Dun* está ausente, que les cortaría la cabeza...—explicó Malykh.

—Pues bien, ¡que se las corte!—gritó el barón.—¿Qué nos importa de su *Ti-Dun*, que volverá no se sabe cuándo? Tenemos un salvoconducto del mismo *Bogdo-Khan*.

—*Ti-Dun* es el comandante superior de la plaza—insistió Malykh.

—Tú eres un imbécil. Traduce lo que se te ha ordenado traducir.

Pero, por fortuna, ni Sin ni Malykh se atrevieron á trans-

mitir las palabras del barón. Los funcionarios, con amables saludos, repetían lo dicho; por último, se retiraron preocupados y descontentos. Dor, asustado por las reverencias de despedida, se puso á ladrar.

—¿Qué resolver?—dijo el barón á media voz.

—Seguir adelante, sin vacilar; y si no nos dejan pasar por Khawi, volver al Este, cortando por el Gobi, y llegar á Kalgan. Atravesaremos así comarcas no holladas todavía por ningún pie europeo. Pero no retroceder bajo ningún pretexto—aconsejaba enérgicamente el topógrafo.

El barón, muy perplejo, se atusaba nerviosamente la barba. El peligro, apaciguando por un instante las enemistades personales, aproximaba á los elementos adversos de la expedición. El doctor se adelantó para emitir su parecer. Pero inmediatamente el barón frunció el ceño y le detuvo con un ademán:

—Está bien; reflexionaré.

El doctor retrocedió y, seguido del topógrafo y de Brzeski, salió para dirigirse al alojamiento que les habían asignado en las dependencias.

La ciudad dormitaba en las tinieblas. De cuando en cuando se oían el sonido estridente de las trompetas y el ruido de los gongs, sobre los que la guardia que velaba en el baluarte, encima de la puerta principal, anunciaba las horas.

—Serán ustedes víctimas de mi *iniciativa*... En mi calidad de jefe de la expedición, respondo de todo; y le advierto á usted, doctor, y á usted, joven, que les enviaré á un mundo mejor—decía el topógrafo, fingiendo la voz del barón.

.....

Hu-Tchen era una plaza fuerte. Consistía esencialmente en cuatro campos fortificados, rodeados de murallas y atravesados en el centro por una calle de tiendas pobres, en donde se vendían principalmente productos alimenticios y los objetos necesarios á los soldados. Sin embargo, la comida enviada á los viajeros por las autoridades locales pareció excelente y va-

riada mucho más de lo que se esperaba. Se componía de unos cuarenta manjares cortados en trozos pequeños y dispuestos con gusto en exiguos platos de laca y de porcelana. En primer término figuraba, por de contado, la sopa de nidos de golondrina, obligatoria en todo festín selecto. Unos servidores llevaron la comida en vastas fuentes cubiertas con manteles ricamente trabajados. El conjunto tenía una apariencia halagadora y relucía de limpio.

—¡Ah, ah! quieren amansarnos. ¡Qué bien ha hecho el señor barón en tratar á esas gentes como se merecen!—observó el fotógrafo, para que lo oyera el jefe.

El barón sonrió con satisfacción, y, mientras engullía la sabrosa comida china, formuló varios aforismos sobre la necesidad de un «método» en las relaciones con aquellos «astutos asiáticos».

Concluída la comida, el doctor y el topógrafo tomaron por guía á un agente de policía, y salieron á visitar la población. Brzeski fué con ellos. No descubrieron nada notable: tiendas idénticas á las que se ven en los barrios chinos de las poblaciones siberianas; cuarteles uniformemente grises, terrosos y miserables. En las calles, los transeuntes, poco numerosos, pertenecían casi exclusivamente al elemento militar. En cuanto á niños y mujeres, no se les veía por ninguna parte. Al paso de los extranjeros, los curiosos se paraban, se volvían; otros salían de las tiendas; el populacho les seguía; pero en ninguno de aquellos rostros se veía nada que recordase al chino, de ordinario tan alegre y tan cortés. Les examinaban por encima del hombro, con aire sombrío y huraño. Hasta percibieron un murmullo ahogado:

—¡Yang-hun-tsy!...

—He aquí los resultados del triple «método»—refunfuñó el topógrafo, que por todas partes veía al barón.

Probablemente, aquello era nada más que la consecuencia de la guerra civil que había asolado la comarca poco tiempo antes.



Pero cuando los naturales comprendieron que el doctor se disponía á dibujar, acudieron de todas partes y le rodearon, formando un círculo tumultuoso. Hubo un diluvio de observaciones, de bromas, de exclamaciones joviales, mezclado todo con una hilaridad general, pero benévola.

—¡Khao! (bien)—gritaban, alzando los puños, con los pulgares tendidos.

—¡Khua-dy-kao! (bien dibujado)—declaraban los que estaban más próximos al doctor.

La multitud aumentaba de tal manera, que los agentes de policía no lograban contenerla. Por lo demás, á ellos mismos los interesaba de tal manera el dibujo, que en vez de agitar sus cañas y apartar á los curiosos aventuraban ojeadas por encima de los hombros del doctor. El público continuaba afluyendo.

Los chinos que estaban en primera fila se veían obligados, á pesar suyo, á apoyarse casi en la espalda del infortunado doctor.

En vano éste les demostraba que le estorbaban, en vano los más cercanos trataban de retroceder: aquel amontonamiento paralizaba todo esfuerzo particular; viendo por último que el extranjero doblaba el papel, le suplicaron todos:

—Kagn-Kagn (enseña).

El doctor vaciló un momento, después tendió el dibujo hacia las filas más lejanas: alargáronse cientos de brazos, la multitud se quedó quieta y el doctor se apresuró á hacer otro croquis; mientras tanto, á medida que el papel circulaba, pasado con respeto de mano en mano, se alzaban exclamaciones de admiración:

—¡Khao!

Brzeski estaba asombrado, más lo estuvo cuando, después de tanta peregrinación por las manos de aquella multitud sucia y oliendo á ajo, volvió el dibujo absolutamente intacto, sin una mancha.

—¿Pero dónde estaba usted?—le preguntó el fotógrafo

cuando volvió.—Precisamente quería ir á tomar algunas vistas.

—¿Por qué no me lo previno usted?—replicó el joven.

—A usted le incumbe preocuparse de sus obligaciones, no á mí.

—Está bien; vamos.

—¡Sí, ahora que está usted rendido!

—Eso no es cuenta de usted.

Escortados por agentes de policía provistos de enormes cañas, tomaron por las fangosas calles de la ciudad. La muchedumbre, alerta por el reciente espectáculo, les rodeó de nuevo.

Pero el manejo del aparato, incomprensible para aquellas gentes; el exterior antipático del fotógrafo, que vociferaba y amenazaba con el puño á los curiosos agrupados hasta delante del objetivo, indispusieron á la multitud. Brzeski, por su parte, observaba ahora á la concurrencia con aire sombrío.

—¡Yang-hun-tsy! ¡Yang-hun-tsy!—fué el grito que se propagó á lo lejos.

Cuando el fotógrafo metió su cabeza bajo el paño negro, el rumor se calmó de pronto, pero al punto estalló una risa homérica, inextinguible. Volaron inmundicias y bolas de lodo; un proyectil dió en la pierna del operador.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Quién me ha tirado eso?—exclamó el fotógrafo, pálido y demudado, y cuyas manos temblaban.

Se obstinó, sin embargo, y dió al botón del obturador. Ante aquel ruido seco, insólito, inesperado, la multitud enojada retrocedió; pero, un instante después, avanzó con mayor tenacidad y violencia.

Los agentes de policía distribuían á derecha é izquierda, sin misericordia, recios garrotazos.

—¡Yang-hun-tsy! ¡Bu yao! ¡Clic bu yao! (No hay que hacer clic)—rugían de todas partes con castañeteos de lengua para imitar el ruido del obturador.

—¡Vámonos, vámonos!—exclamó el fotógrafo.

—Por Dios, no se apresure usted; si ven que huímos suce-

derá una desgracia—le respondió Brzeski en voz baja, moderando el paso.—En el liceo, cuando nos asaltaban en la calle, nunca nos batíamos en retirada sino al paso.

De bueno ó mal grado el fotógrafo hubo de imitarle, porque el populacho, vociferando y gesticulando, les estrujaba por todas partes; aunque lo hubiesen intentado, no hubieran podido andar de prisa. La multitud, aunque enardecida y agresiva en alto grado, no se había atrevido aún á entregarse á vías de hecho.

De repente, Brzeski sintió un violento golpe en la espalda. Se paró en el acto, y volviéndose, se encontró cara á cara con un gigantesco obrero, con blusa azul, de Nankin.

—¿Qué quieres?—le preguntó en polaco.

El chino se turbó y retrocedió; la multitud se echó á reir y cesó de avanzar. Varios le reconocieron.

—Yeng-gen (extranjero)—exclamaron,—Hua dy-khao (bien dibujar). Clic bu yao (no hay que hacer clic).

Iba acompañado esto de gestos explicativos, imitando, ya al doctor, ya al fotógrafo, y pronto se formaron dos coros ruidosos, uno de los cuales repetía:

—¡Hua dy-khao!—Mientras que el otro respondía:

—¡Clic bu yao!

—Clic bu yao—repitió Brzeski, con gran satisfacción de los chinos.

Le acompañaron con joviales aclamaciones hasta la puerta de su alojamiento. El fotógrafo ya estaba allí, metiendo mucho ruido y contando cómo se habían visto asaltados, cómo Brzeski había sido golpeado, muerto tal vez...

El oficial de guardia escuchó con sonrisa irónica la relación de la horrible catástrofe, traducida por el intérprete, y mandó, sin embargo, algunos soldados á la calle. En la puerta encontraron á Brzeski; los curiosos se mantenían á distancia, y en señal de amistad le presentaban sus manos con los dedos tendidos; el joven se volvió y saludó á la china, agitando sus puños. En cambio le aclamaron con entusiasmo. La puerta se cerró

tras él; la multitud y el ayudante de fotógrafo se separaron igualmente satisfechos.

Así fué cómo Brzeski entró por primera vez en relaciones con los chinos.

.....

La misión parecía que se iba á inmovilizar por un tiempo indefinido en Hu-Tchen. Los mandarines enviaban comidas cada vez menos magníficas, y habían dejado de presentarse en absoluto. El barón callaba, según su costumbre, y nadie sabía nada de lo que se propusiera. Había despedido inmediatamente á una parte de los conductores y de los camelleros. Los otros, contratados por toda la duración del viaje, querían igualmente marcharse; él no les detuvo. Pero les ofreció por el trayecto efectuado una remuneración tan irrisoria, que protestaron abiertamente.

—Nosotros no podemos perder el tiempo en balde; vivimos de nuestro oficio y sostenemos á nuestras familias. Que la caravana se vuelva á poner en camino en seguida, ó que se nos pague. No es culpa nuestra; no queremos esperar—decían.

—Explíqueles—replicaba el barón al intérprete—que tampoco es culpa mía, y que yo también desearía ponerme en camino.

—Que nos dé lo que es debido, y nos iremos.

—Que vayan á pedírselo á sus funcionarios—exclamaba el barón, y desaparecía en su alojamiento, mientras que los conductores se quedaban echando pestes.

Tales escenas se repetían diariamente; los viajeros se enervaban y se aburrían terriblemente, porque á consecuencia de la aventura del fotógrafo el barón había prohibido que saliese nadie por la población. Solamente el oficial de guardia y los soldados de centinela en la puerta conservaban la imperturbable calma de los primeros días y su obsequiosa cortesía.

—¿Cuándo vuelve Ti-Du? — preguntaba continuamente el topógrafo al oficial.

—¿Ti-Du?—repetía éste con una sonrisa, y agitaba negati-

vamente su mano delante de la nariz, para expresar que no comprendía.

—Mienten estos tales. Seguramente está aquí—exclamaba el gigante.—El barón ha hecho muy mal en no devolver la visita á los funcionarios. Pero esto es un hecho consumado; cuando una condenada bestia china cornuda cae sobre algún serenísimo consejero de sociedad comercial; los resultados son fatales. Ahora van á administrarse recíprocamente lecciones de saber vivir. Los chinos son superlativamente corteses. Los conozco; ya en Kauldja no nos dieron poco que hacer. Hacen como que no comprenden, pero ¿ha observado usted, doctor, con qué atención escuchan? Solamente por la entonación saben á qué atenerse. Son astutos animales.

Por fin, una mañana Sin trajo la noticia de que Ti-Du había llegado. El barón, sin perder un minuto, envió con el oficial de guardia su tarjeta, caligrafiada con arreglo á los modelos clásicos, en una larga tira de papel amarillo. Dos ó tres horas después recibía la respuesta.

«La noticia de que mis queridos huéspedes del poderoso Estado vecino nuestro desean derramar el raudal de su luz en mi pobre cabaña, me ha llenado de una alegría sin límites. Les esperaré impacientemente hoy, vigésimotercero día de la décima luna, á las tres de la tarde. Su estúpido hermano menor,

TI-DU-LO»

Hubo que ocuparse en alquilar los palanquines de gala con arreglo á la etiqueta, de cuatro individuos en vez de dos, y dirigirse al principal yamen de Hu-Tchen. En la ciudad estaban ya al corriente de la entrevista, y en las calles se habían agolpado los curiosos.

Abría la marcha un criado indígena, llevando en la mano, en un inmenso sobre, las tarjetas de cada uno de los viajeros. A sus lados iban cuatro agentes de policía, armados de estacas y gritando á plenos pulmones para invitar á la muche-

dumbre á despejar el camino. Venían después los palanquines de Brzeski, del fotógrafo, del topógrafo, del doctor, y en último término el del barón. Sin y Malykh, con algunos criados, seguían á pie.

Dor había quedado encerrado en el alojamiento.

La multitud corría á derecha é izquierda del cortejo, vociferaba, se empujaba, se peleaba, para tratar de entrever por los vidrios de las portezuelas un «mandarín de ultramar», aquel extraordinario fenómeno con cabellera, de nariz larga, de ojos azules y vestido de una manera extravagante. Los viajeros, prestamente transportados, llegaron, en medio de los gritos y del tumulto, al primer patio del yamen, lleno de vendedores ambulantes y también de soldados ocupados en afeitarse, limpiar los uniformes y lavar su ropa blanca. Un centinela, colocado en el fondo de aquel patio ante una triple puerta, les detuvo alzando la mano; las hojas de la puerta, hasta entoncés entreabiertas, se cerraron; los portadores de los palanquines dejaron las andas, y distendieron sus miembros. Llegó un centinela á tomar el sobre de las tarjetas, y se fué á anunciar la llegada de los extranjeros.

Momentos después se abrió de nuevo la puerta, y los viajeros penetraron en el patio siguiente, más allá del cual se veía toda una serie de patios semejantes rodeados de muros.

Todos estaban desiertos y sucios. En el fondo de casuchas abiertas al pie de las murallas, algunos soldados en traje de faena, ocupados en menudas tareas, miraban con curiosidad; perros sucios y escuálidos rondaban en torno de tronchos de berza seca y de diversas basuras, en donde picoteaban grandes gallinas indígenas; sobre cuerdas y empalizadas veíanse prendas de vestir y calzado que se aireaban. No se veía nada imponente en parte alguna. En los últimos patios se manifestó por fin alguna limpieza y hasta cierto prurito de ornamentación; árboles añosos agitaban una gran sombra temblorosa sobre el empedrado. Bajo un pórtico labrado, un grupo de funcionarios esperaba á los europeos.

Estos salieron de los palanquines; se les condujo lentamente á través de los patios, siguiendo hasta el sexto. Después de franquear una elegante puerta, se encontraron en un jardinillo lleno de plantas desconocidas para ellos; allí había un nuevo grupo de funcionarios, quienes se apartaron en silencio ante los extranjeros, dejándoles frente á un muro. Sorprendidos los viajeros, buscaban con la mirada á Ti-Du, pero en vano; todos los asistentes llevaban los mismos trajes de casa, usados en toda China por las personas de alto rango: túnicas negras, hopalandas grises ó azules de seda con vueltas primorosamente bordadas.

Los ojos del irascible barón se inyectaron de sangre; el general chino que guiaba la misión hizo por fin que cesase el embarazo de los extranjeros presentándole cortésmente á su superior.

Ti-Du, un mandchue alto y robusto, había tenido ya tiempo de examinarles; apoyando sus dos puños en el pecho, les saludó con afabilidad; después con un ademán les invitó á entrar. Su rostro plácido, un poco altanero, no dejaba parecer que hubiese observado la pequeña comedia muda que acababa de representarse.

Todos, sin quitarse los sombreros, se sentaron en bajos escabeles de ébano, en torno de una mesa de ébano también, llena de pasteles, frutas y dulces. Sirvieron el té; Ti-Du en persona cogía cada taza, la alzaba sobre su cabeza, pasándola después á uno de los invitados.

La conversación se entablaba con trabajo, porque Sin, turbado, se negaba á traducir nada que no fuesen preguntas vulgares sobre la edad, sobre los parientes, y algunas observaciones amables sobre el «imponente aspecto de los graciosos huéspedes». El barón, furioso, le acribillaba á invectivas, le amenazaba hasta con quitarle su empleo... No consiguió nada, y fué preciso dejar para las calendas griegas la parte de la conversación relativa á la continuación del viaje.

—¿Y qué? ¿no les había dicho á ustedes que todo esto no

serviría para nada? Yo sé cómo hay que tratarles—dijo el barón dirigiéndose al doctor:—¡ninguna concesión!

—¡Concesiones!—exclamaba el topógrafo cuando terminó la audiencia;—ellos son los que no quieren conceder absolutamente nada... ¿Y por qué ese sajón se dirige á nosotros, siempre á nosotros, en cuanto tropieza con cualquier obstáculo?

—¿Por qué no se lo ha dicho usted á él?—gruñó el doctor.

—¿Sí? ¿Y se ha olvidado usted del Código de las estepas? Ese triple animal tiene derecho á hacer que me fusilen... Y yo no he venido con ese objeto á China. Todo se puede esperar de él. ¿Qué me importa que le quiten su botón de mandarín, después de haber yo desaparecido? Prefiero cobrar mi dinero. Luego puede derrumbarse todo; con tal de que yo vuelva con mi cabeza... ¿No es cierto, joven?—añadió volviéndose á Brzeski.—Conservemos nuestra libertad de lenguaje, pero hasta la hoguera exclusivamente, como lo aconsejaba Erasmo de Rotterdam, el cual de esta suerte llegó á salir á flote en su tiempo. ¿Qué le parece á usted?

Brzeski le dirigió una mirada irónica.

—Usted habla siempre peor de lo que obra.

—¡Ah, ah! ¿ha observado usted eso, joven? Lleva usted un nombre breve, y se adivina en sus ojos la impetuosidad de un halcón: el consejero de la Compañía Coburguesa no le querrá á usted.

.....

Al día siguiente, Ti-Du devolvió la visita al barón. Primero apareció un mensajero, portador de la tarjeta; poco después en el otro extremo de la calle repercutieron los gongs de bronce.

Brzeski salió á la puerta. Todo el pueblo, formando filas á ambos lados de la calle, se había ya instalado para el espectáculo. Por el espacio dejado libre avanzaba con solemnidad la comitiva. Delante, formados de cuatro en fondo, unos jóvenes, con trajes deslumbradores, empuñaban banderas multicolores; seguían ocho muchachos con carteles pintados de rojo



en los que se mencionaban los títulos y dignidades de Ti-Du; después, cuatro verdugos: dos golpeaban sin descanso en unos gongs resplandecientes; los otros dos agitaban largos látigos y cadenas, cuya vista debía espantar á los criminales. Luego, dos servidores sostenían un inmenso quitasol escarlata, y otros dos el monumental «abanico de la modestia», tras el cual Ti-Du podía, en caso de necesidad, mudarse de traje durante la marcha.

Venían después otros dos criados con un cofre lleno de trajes variados, y seguidos de una guardia de infantería; detrás de éstos se veía otro quitasol, menor que el primero; por fin, Ti-Du, en el fondo de un rico palanquín llevado por ocho soldados uniformados con el dragón bordado en las espaldas y en el pecho. El palanquín iba precedido de un destacamento de «tigres intrépidos», semejantes con sus uniformes multicolores á un enjambre de mariposas recién salidas de sus capullos.

Unos oficiales á caballo, con uniformes espléndidos, penachos vistosos y unas bolitas resplandecientes sobre sus sombreros negros, cerraban la marcha.

En la atmósfera serena y límpida, con la suave irradiación de un cielo apenas velado por algunas ligeras nubes, el cortejo se destacaba con magnificencia sobre el fondo uniforme de aquella multitud vestida de azul ó de gris.

Le parecía á Brzeski que repetía una lección de Historia, que asistía á una ceremonia de la Edad Media, ó bien á la entrada del lord corregidor en Londres. Bruscamente le llamaron desde el patio. En el terrado que conducía á la sala común estaba el barón, rodeado de los miembros de la misión.

Ti-Du se apeó y comenzó la serie de saludos y de congratulaciones, después de lo cual se dirigieron todos á los salones en donde estaba servido el té; en la puerta se operó la ceremonia obligatoria en todos los países civilizados, y tomada de China, que consiste en querer cederse mutuamente el paso.

Sin estaba más locuaz que la primera vez; así fué que se pudo orientar la conversación hacia cuestiones más serias.

Pero si Ti-Du interrogaba sobre las «regiones del Norte», sobre sus inventos, sobre los caminos de hierro, los cañones, los armamentos, no deslizó una sola palabra sobre la expedición del barón.

—Dígale—exclamó en fin al intérprete el jefe, exasperado,—dígale que quiero saber cuándo se decidirá á dejarnos marchar; ó bien que envíe en seguida á Pekín un correo portador de una carta que yo le entregaré.

—Tenemos mucho gusto en poseer á nuestros huéspedes; no tenemos por costumbre abreviar su estancia. Sin embargo, si nuestro hermano mayor está hartado de nuestra presencia, libre es de castigar la negligencia de sus indignos servidores dejándoles inmediatamente...

—Muy bien; que nos proporcione guías.

—Sea; pero nuestro hermano mayor escuchará con condescendencia nuestro torpe consejo, y querrá seguir el itinerario que le indicaremos... No podemos dejar que nuestro querido huésped vaya por otro camino: nos interesamos demasiado por su seguridad y su salud. Los bandidos...

—¡Los bandidos infestan la China entera!... ¡que no nos maree más!... No tengo tiempo... yo sé: Vo-tchi-do—exclamó el barón en chino.

—China es mi patria. Aunque llena de imperfecciones, como todas las cosas humanas, es sin embargo el mejor país bajo el cielo—replicó altivamente el mandchue, y se levantó en señal de despedida.

—¡Nosotros no queremos volver atrás!... Es absolutamente inútil—exclamó bruscamente el topógrafo;—poseemos un mapa, nos dirigiremos con arreglo al mapa... Podemos sesgar por el Gobi...

El dignatario saludaba cortésmente, llevándose las manos al pecho, pero sus labios estaban cerrados y entornaba los ojos con irritación...

—Le ruego que no se mezcle usted en esto—dijo el barón interrumpiendo al topógrafo con tono de enfado.—Pasando

por el Gobi se encontrarían arenas y ni una gota de agua... Tomaremos el camino que me parezca mejor.

La visita de Ti-Du, á pesar de sus medianos resultados, fué sin embargo motivo para nuevas relaciones con las autoridades locales. Después de largas deliberaciones y de rechazar un número indefinido de proyectos, el barón se decidió á adoptar la combinación del topógrafo, la cual, naturalmente, con el tiempo había pasado á ser suya, del barón.

—Pero sé que, aunque ofreciera un lingote de oro puro, todavía encontraría descontentos y me crearía adversarios—declaró el jefe con amargura.

Sin embargo, la combinación del «lingote de oro» tropezó largo tiempo con un obstáculo imprevisto: la falta de guías. Casi nadie conocía el camino al través de los desiertos.

Llevábanse, sí, por aquella vía, innumerables cantidades de rebaños; pero rara vez, y solamente en invierno, cuando los otros caminos estaban impracticables, ó bien por orden especial del Gobierno. El transporte de mercancías se efectuaba por allí más raramente aún, y con seguridad la arena habría cegado las fuentes.

—Eso no importa: las limpiaremos—dijo el barón con tono perentorio.

Las autoridades chinas encontraron, por fin, dos guías, dos hermanos mongoles: el lama Sodmun y el pastor Ba-ghé.

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(Continuará.)

# CRÓNICA LITERARIA

## UN LIBRO SOBRE EL FEMINISMO

De algún tiempo á esta parte ha aumentado mucho en España la publicación de libros de ciencias ó estudios sociales... naturalmente, traducidos. Se multiplican las bibliotecas populares, que lanzan, sin sujeción á plan, los libros más vulgarizables, por su índole y estilo, de filosofía, de historia religiosa, de sociología, mezclados con novelas famosas, y á veces con libros de propaganda anarquista. Tolstoi, Spencer, Renan, Schopenhauer, Haeckel, están en camino de hacerse populares en España, al mismo tiempo que Gorki, el novelista del hampa rusa, y Kropotkine, Juan Grave, Salvador Faure y otros propagandistas de la anarquía.

Tal vez estos libros están escribiendo un capítulo, todavía inédito, de la historia de la cultura en España. ¿Quién sabe la germinación de ideas que van á producir esas obras, generalmente mal traducidas, esos estudios filosóficos, esas novelas sociológicas, esos trabajos de propaganda reformista, en cerebros vírgenes de cultura ó poco trabajados por ella? El libro es un factor social. Tal vez lo más interesante de esas publicaciones de textos, que no son una novedad para las personas ilustradas, es la labor callada, misteriosa, obscura, pero positiva, que esos libros van á ejercer en inteligencias para las cuales serán una revelación, en el estudiante, en el obrero, en el dependiente de comercio, en el empleado de poco sueldo que un día, por curiosidad, compraron un libro de Tolstoi

como se compra una novela, lo leyeron con avidez, y tras él compraron otro, y así han ido haciendo su viaje por el país antes desconocido del pensamiento moderno. Esos libros van extendiendo así en muchos espíritus cierto baño de cultura; pero de una cultura incompleta, parcial, desequilibrada, absurda, como una casa que se empezara por el tejado ó un árbol que tuviese copa antes que tronco y raíces.

Entre estas bibliotecas nuevas que explotan el campo de las ciencias morales y políticas, usando la denominación de antaño, que hasta ahora no ha encontrado mejor sucesora, sobresale la *Biblioteca Sociológica internacional*. Es una biblioteca modesta y popular por su precio, de aspecto simpático, y que ofrece hasta ahora más variedad y mayor novedad en la elección de autores que sus congéneres. Emerson, el *ensayista* americano; Harnack, con su *Esencia del Cristianismo*, que dió lugar á los libros del Abate Loisy; el moralista William James; Anatolio France, con su delicado y sutil *Jardín de Epicuro*; Sergi, con su estudio sobre Leopardi, y algunos sociólogos profesionales como De Greef, Kautsky, Loria, han desfilado por esta biblioteca. También en sus índices aparecen algunos nombres españoles: Azcárate, Giner de los Ríos y, últimamente, el joven y erudito escritor Edmundo González Blanco.

Hay cierta temeridad en hacer alternar en estas bibliotecas, con las obras de pensadores famosos, las de otros que podrán serlo, pero que todavía están faltos de aquella autoridad que marcha unida al renombre. Cuando se trata de autores extranjeros, la mayoría de los lectores no advierte la diferencia; pero ésta es visible cuando los principiantes son españoles, por aquello de que nadie es profeta en su tierra. Mas al cabo estas bibliotecas no son una asamblea de iguales. Y hay que reconocer, aparte de eso, que el Sr. González Blanco ha salido airoso de la prueba. Su libro es interesante, revela mucha lectura, una laboriosidad extraordinaria, sentido crítico, un espíritu curioso y razonador, y, en lo que toca á la forma, buen gusto literario.

El Sr. González Blanco trata del feminismo. El tema es para mí simpático é interesante, por lo que suelen ser simpáticos los asuntos á los hombres: porque se enlaza con recuerdos de mi pasado, con algo personal. En último término, lo que nos interesa es lo que guarda alguna relación con nuestras ideas y sentimientos ó con episodios de nuestra vida, pues por obscura y vulgar que ésta sea, para nosotros es la página más interesante de la historia del Universo. Esa cuestión del feminismo que estudia en su libro el Sr. González Blanco ha traído á mi memoria un ensayo de ya lejanos tiempos de estudiante, un olvidado estudio de la juventud, escrito como suele escribirse al salir de la Universidad: pensando más en los libros que en la realidad, con la preocupación de marchar al compás de las ideas últimas, sin pensamiento propio, meditado y maduro. Si yo volviese á leer aquellas páginas, que no podría repasar sin la melancolía que despierta el revivir nuestro pasado, probablemente tendría que repudiar parte de lo que escribí y que enmendar mucho de ello. El Sr. González Blanco las cita con una benevolencia que le agradezco más, por lo mismo que me parece inmerecida. Y ciertamente le acredita de rebuscador incansable en libros y papeles, lleno de curiosidad erudita, el hecho de haber hallado en alguna antigua revista de hace quince años aquellas páginas olvidadas.

No participo yo de la opinión de los que creen que el feminismo es uno de los principales problemas de los tiempos actuales. No lo es todavía. El hecho de que en algún Estado de la Unión Americana empiecen á participar las mujeres del derecho de sufragio, ó el de que en Inglaterra formen parte de Comisiones benéficas y escolares; el que haya doctoras y licenciadas en Filosofía, Medicina y Derecho (bachilleras ha habido siempre), influye poco hasta ahora en la marcha del mundo y en los destinos de las sociedades. En lo que tiene de fenómeno real é histórico, en aquella parte que, saliendo de la esfera del pensamiento y de la controversia, se ha incorporado á la legislación y á las costumbres, el feminismo es aún una ex-

cepción, un hecho naciente de viabilidad dudosa. Su triunfo implicaría ciertamente una gran transformación en el mundo, uno de los mayores y más trascendentales cambios que puede presenciar la humanidad; pero todavía aparece lejano y problemático.

Sin embargo, la cuestión del feminismo, considerada doctrinalmente, es muy importante y arroja mucha luz sobre los cambios operados ya en la organización y en las costumbres de las sociedades contemporáneas y sobre los futuros que se vislumbran. Los libros consagrados á este asunto se prestan naturalmente á la meditación. El del Sr. González Blanco, que se titula *El feminismo en las sociedades contemporáneas*, más que un estudio completo del feminismo, es una preparación científica para ese estudio. Claramente se ve por la estructura del libro que el autor concibe el feminismo como un problema que hay que dilucidar á la luz de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu. Está dividida la obra del Sr. González Blanco en dos partes: preparación al estudio del problema feminista; contribución al examen de ese mismo problema. La preparación abarca varios puntos de vista: el punto de vista biológico, el psicológico, el antropológico, el histórico. Y la contribución, á su vez, comprende también varios aspectos: el doméstico, el económico, el histórico, el moral, el intelectual, el jurídico y el religioso. Pero con ser tantos y tan varios estos puntos de vista y estos aspectos, creo yo que una gran parte del feminismo, como fenómeno real ó posible, queda fuera del libro del Sr. González Blanco ó no hace más que asomarse á él.

Este erudito escritor ve el feminismo como un problema científico, como un tema de estudio. Pero esa parte del feminismo, que pertenece á la esfera especulativa, es tal vez una pequeña parte de él. Las cosas no abren y entregan al conocimiento más que una parte superficial y pequeña de su sér. Es probable que los destinos del feminismo dependan muy poco, al menos en la realidad inmediata, del concepto científico que

merezca. Este concepto es, tal vez, obscuro y dudoso. Lo que representa el sexo en la evolución biológica, las diferencias entre machos y hembras en las especies animales y en la humana, la diversidad de relaciones sociales entre varones y mujeres en el curso de la evolución histórica desde las sociedades primitivas hasta las actuales, acaso no nos ofrecen datos decisivos para conjeturar del porvenir del feminismo. En todo lo tocante al orden y disposición de las sociedades, sólo el dato experimental, el dato histórico, la observación *á posteriori*, es decisivo. Si á un brahmán de la India, contemporáneo de los Puranas, ó á un sátrapa persa de la época de los Aquemenides, se les hubiera anunciado el advenimiento de una sociedad como la actual, sin clases, sin esclavitud, regida por el voto de las multitudes, esta concepción política les hubiera parecido un manifiesto absurdo.

En la ciencia hay mucho de ilusión, de noble y luminosa ilusión. Es una ventana desde la cual contemplamos, á la media luz de una caída de la tarde, un vasto panorama que se pierde en la lejanía del horizonte, tras el cual no vemos lo que hay. Nuestra mirada es receptora, pasiva, no puede influir en lo que sucede fuera. Hay en el pensador una inclinación natural á atribuir á la ciencia una eficacia práctica, un influjo en la marcha de los hechos muy superiores á los que realmente posee. Es una preocupación de especialista. Sobre todo en la juventud, edad de fe y de ilusiones, en que el saber adquirido se señorea fácilmente del espíritu y pesa más que la experiencia, escasa en tales años, suele brotar robusta y sincera en los espíritus estudiosos, esa fe en la ciencia, no ya como contemplación del universo, pero como agente eficaz en la vida. Mas la flor lozana de esa fe suele secarse pronto. A medida que avanzamos en la vida, esa seducción que la ciencia ejerce en los primeros años, ese respeto con que abrimos los primeros libros, van reduciéndose á proporciones más humildes y pequeñas. Vemos que fuera de cierto número de resultados adquiridos, lo que se designa con el nombre de cien-



cia no representa más que un estado histórico del conocimiento en cierta época determinada, que, como los estados anteriores, ya modificados ó desechados, ha de experimentar probablemente muchas alteraciones en el curso del tiempo. Como Polífilo, en el diálogo que escribió *Pierre Noziere* en las márgenes de su voluminoso Plutarco, advertimos que «la inteligencia no ha determinado los instintos hondos de los seres, los sentimientos generales de los pueblos, ni sus usos y costumbres». La historia nos dice que las sociedades y las instituciones humanas no se han modelado con arreglo á un plan científico, sino que han nacido y crecido de un modo espontáneo y natural. Rara vez las utopías ó invenciones de los filósofos políticos salieron de los libros al mundo. Más que un actor, la ciencia es un testigo de la historia. Y á lo más que llega su acción, respecto de las instituciones sociales, es á señalar lo que deberían ser, pero no lo que serán. Nuestras conjeturas sobre la posibilidad de los hechos sociales son en extremo fallibles. Muchas veces lo que parecía imposible, es.

Para el que tenga algún sedimento conservador en el espíritu, el feminismo es un tema triste, porque se ve en él la decadencia del hogar, y no sólo la desintegración de ese noble ideal de la relación entre los sexos que fué el matrimonio cristiano, sino la debilitación de las instituciones familiares que han venido existiendo en nuestra raza desde los días del Código de Manú. Es una extinción lenta, insensible obra de siglos, que en los tiempos modernos se precipita por el influjo de factores morales y económicos. Asistimos á los comienzos del ocaso del hogar. Gran parte de lo que hacía útil, amable y sagrada la vida familiar va desapareciendo. Exteriormente se conservan las paredes maestras del venerable edificio: la indisolubilidad del vínculo conyugal, la potestad marital y paterna; pero por dentro todo es agrietamiento y ruina, y algunas de las grietas son ya harto visibles al exterior, como el divorcio.

Vosotros, lectores, habréis asistido alguna vez á una boda

y habréis escuchado la lectura de la Epístola de San Pablo. La más ligera experiencia de la vida basta para apreciar cuánto se aleja la práctica del matrimonio del ideal á que respondían los consejos del apóstol á los casados. Leed después el libro de Gyp *Alrededor del matrimonio*, y os explicaréis claramente la crisis del hogar. Ciertamente, la Epístola expresa un ideal de perfección, y la sátira de costumbres de la escritora francesa agrava la pintura de la realidad, como es uso en satíricos y moralistas. Pero entre los dos textos hay un estado real, un cambio en la moral privada y doméstica, que hace que el tomar el matrimonio como sacramento sea la excepción. Privado de su antiguo espíritu religioso, de los principios morales que le sostenían, el vínculo matrimonial, perpetuo é indisoluble, resulta carga pesada y contrasta con el carácter temporal, amovible, de las relaciones contractuales corrientes, hacia las cuales se inclina, al quedar destituido en la práctica, de aquellos principios que le mantenían en más elevada esfera. La disminución de los matrimonios y el incremento de las uniones ilegítimas, la tendencia filosófica y jurídica á mejorar la condición de los hijos naturales, revelan la crisis del matrimonio, cuya quiebra proclama el divorcio. Y con la crisis del matrimonio aparece la crisis de la mujer.

Contribuyen también al cambio causas económicas. La industria en grande, abaratando y poniendo al alcance de todos los objetos necesarios para la vida, ha matado ó reducido mucho las pequeñas industrias del hogar. La mujer no hila ya el lienzo para las camisas de su marido, como hacía la Reina Católica. Es más barato comprarlas hechas. Sólo en las clases inferiores de los pueblos más atrasados subsisten las condiciones económicas de la antigua vida de familia. El aumento de la vida de relación, la actividad á que obliga el trabajo moderno, reducen en duración y en intensidad la vida íntima de la familia. Y el ambiente exterior libre, amoral, cuando no inmoral, conspira igualmente á la debilitación de los vínculos familiares.

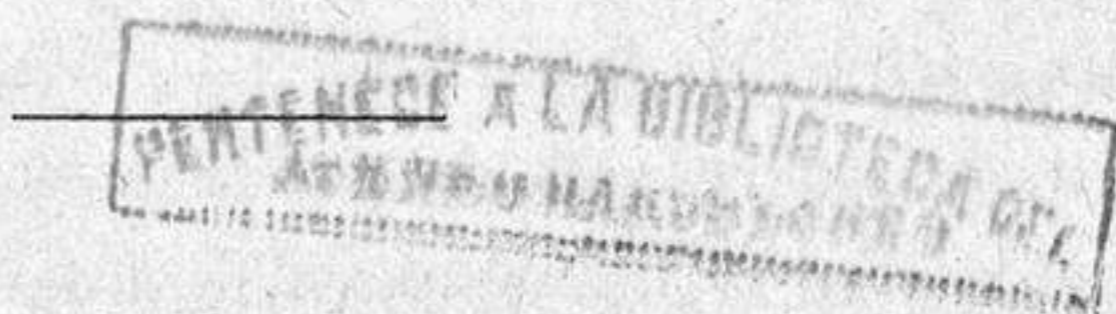
La transformación política operada en las sociedades modernas engendra también condiciones propicias al feminismo. Hay en las sociedades cierta tendencia á la homogeneidad, á extender todo lo posible la aplicación de los principios con arreglo á los cuales están organizadas. Así como en una sociedad jerárquica todo conspira á multiplicar y extender la jerarquía, las clases, las diferencias sociales y políticas, en una sociedad igualitaria la tendencia es á borrar diferencias y á atenuar ó á suprimir especialidades. La mujer no forma una clase. Pero generalizado el sufragio, el problema de su participación en él se plantea casi por sí solo. Cuando se admite en las urnas el voto de un patán, se debilitan mucho las razones que puede haber para rechazar el de una mujer, que acaso sea culta, inteligente, rica, que tal vez esté más interesada en la buena marcha de la cosa pública que los ejemplares inferiores del elector masculino. Algo parecido ocurre en el derecho privado. Suprimida la *sexus tutela*, igual en derechos civiles al varón la mujer soltera y viuda, con leves diferencias, la *capitis diminutio* civil que experimenta la mujer al contraer matrimonio resulta una excepción, casi una anomalía.

Otro factor es la evolución de los pueblos civilizados en sentido industrial, que va alejándoles de la antigua organización guerrera. Los Estados fundados por los bárbaros á la caída del imperio romano, de los cuales proceden las naciones modernas, fueron en su origen sociedades militares; ese fué el carácter de sus aristocracias y de sus primeras magistraturas, ese el nervio de su constitución. Guerras hay y habrá por largos siglos en el mundo; pero la decadencia del régimen militar es evidente. El gobierno de las sociedades civilizadas se aparta cada vez más del tipo guerrero. Las naciones modernas son naciones de régimen civil. He ahí otra condición favorable para el feminismo, pues en las sociedades de base militar la superioridad recae forzosamente en el varón. La igualdad social de los sexos resulta allí una utopía, pugna con el predominio de una función esencialmente varonil como la guerra.

De estos hechos, á los cuales podrán sin duda agregarse algunos otros, como el aumento de la cultura de la mujer, y hasta la introducción de la enseñanza mixta, saco una inducción en extremo modesta, una pequeña inducción, que diría el pequeño filósofo Azorín: que hay en la época actual un concurso de circunstancias favorables al feminismo, circunstancias que más parecen destinadas á acentuarse que no á desaparecer, y que son independientes de la razón de ser científica que asista al feminismo ó que le falte. El feminismo, en sus manifestaciones más avanzadas, como aspiración á la igualdad social, jurídica y política de los individuos de uno y otro sexo, está muy lejos; no ha salido aún del estado de utopía ni casi del de extravagancia. Su propaganda está en los principios. Le falta hasta conquistar á la mujer. La inmensa mayoría de las mujeres es todavía antifeminista. Quizás en el poco entusiasmo de la mujer ante la doctrina emancipadora hay que ver algo más que el espíritu conservador, propio de su sexo, y que el influjo de una larga herencia de mujeres sometidas al hombre. Acaso una revelación secreta del instinto dice á la mujer que el triunfo del feminismo no traería para ella una edad de oro, sino una época dura, de lucha y de porfiada competencia. Y acaso en esos futuros tiempos del feminismo triunfante, si llegan, la mujer recordará alguna vez como un bello ensueño romántico, como los Edenes y las Arcadias con que embellecemos las lejanías del pasado, los tiempos de la desigualdad.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—SUPERSTICIONES: La fascinación en España.—HISTORIA. Costumbres inglesas á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.—LITERATURA: La vida literaria en España.—*Sigurd el Temerario*, de Björnsterne Björnson.—Un gran poeta castellano.—CRIMINOLOGÍA: La criminología moderna.—ENSEÑANZA: Las Universidades francesas.—PSICOFÍSICA: Conciencia y voluntad.—La audición coloreada.—COSTUMBRES: Las desgracias de una gran dama en el siglo XVIII.—IMPRESIONES Y NOTAS: La decadencia de la Farmacia.—El contagio del crimen por la prensa.—Neovitalismo.—El crecimiento en el hombre.—Los caprichos del rayo.

## SUPERSTICIONES

LA FASCINACIÓN EN ESPAÑA.—Es curiosísimo el trabajo que D. Rafael Salillas publica en la *Revista Penitenciaria*, y en el que ha logrado aprovechar los ricos materiales de la información que hace dos años se abrió en el Ateneo bajo su dirección para recoger cuanto en España hiciera referencia á supersticiones, ritos, creencias y dichos populares supersticiosos.

El *mal de ojo* es conocido en España con diferentes nombres; en Asturias, todos se derivan de *güeyu* (ojo en bable), y son *agüeyaus*, *agüeyar*, *echar mal güeyu*, *agüeyadura*, *agoyar*, *agoyaores*; en Vasconia, son términos procedentes de *beguia* (ojo), tales como *beguisco*, *biguisko* ó *beguizko*; en Cataluña y Valencia se dice (de *ull*, ojo) *ull prés*, *ull pressa*, *péndrels d'ull*; y en las comarcas castellanas, *aojar*, *aojao*, *aojador*, *aojadura*. Todos estos términos hacen referencia al mal mis-

mo; otros se refieren á su causante, y de ahí el *embruixat* de Barcelona y el *embrujo* de Castilla y otras comarcas; algunos intentan definir la naturaleza del daño como el *mal intencionado* de Santander, y *mal de envidia* en Canarias; y otros parecen corresponder al instrumento del mal, como el *mal de flu* de Avilés y otros pueblos asturianos, y la *espiguetta* de Maguilla (Badajoz).

Salillas pasa revista á los diversos informes recibidos, clasificados por provincias, para fijar la difusión de la creencia en el *mal de ojo* y en sus productoras las *brujas*, resultando que esta creencia está bastante arraigada en el vulgo de las diversas comarcas españolas, si bien convienen todos los informes en que la superstición va desapareciendo paulatinamente, siendo de esperar que no tarde en pasar á la categoría de invención ridícula de tiempos de ignorancia y de atraso. Realmente, de todos los informes recogidos y citados, los únicos que merecen reseñarse son los que se refieren á testimonios de hechos presentes, concretos, por ser los que prueban lo viviente de la superstición, pues la mayor parte se reducen á afirmar que en tal ó cuál localidad «creen en brujas», «creen en el mal de ojo», etc.: así, en Monumenta (Zamora), «es difícil poder ver la cara de los chicos mientras los están criando», para que no se les haga mal de ojo; en Encinas de Abajo (Salamanca), «hasta hace poco, cuando miraba al recién nacido una tía que la creían bruja, decían que le había hecho mal de ojo»; en Sedano (Burgos), «entre las clases humildes es frecuente creer en brujas, y por esta circunstancia han ocurrido hechos lamentables»; en Frechilla (Palencia), se cree que las gitanas son las que *sacan de ojo*, afeando á los niños ó produciéndoles enfermedades desconocidas; en Villavaquerín (Valladolid), «creen que se les puede hacer mal de ojo á los niños si no se les pone en el fajero la Regla de San Benito ó los Evangelios», superstición muy extendida por toda España; en Torrijos (Toledo) y en Madrid mismo, «algunos creen que la persona que ha hecho alabanzas del recién nacido le ha hecho mal de

ojo, si el niño bosteza ó lagrimea»; en Cogolludo (Guadalajara) y en Tarazona (Albacete), acostumbran, para que desaparezca el mal de ojo, dejar secar durante tres días el rabo de una lagartija y luego lo ponen en una bolsita que cuelgan del cuello de la criatura; en Guernica (Vizcaya), el mal de ojo lo hacen los que miran á los niños con fijeza diciéndoles: «¡qué hermoso!» sin añadir «¡Dios le bendiga!»; en Castejón de Monegros (Huesca), se preserva con cuidado al niño de tres ó cuatro mujeres viejísimas y pobres, pues creen que tocando á los niños les hacen mal de ojo; en Ansó (Huesca), se prohíbe que nadie bese al recién nacido antes de bautizarlo, excepto las personas de su familia, para evitar que le den lo que llaman *los enemigos*; en Crevillente (Alicante), es creencia generalizada que los que tienen en vez de niñas de los ojos una figura en forma de sapo pueden *tomar de ojo* á los niños hermosos; en Benilloba (Alicante), se cree que siempre que nace un niño hermoso le puede *tomar de ojo* una mujer sin familia y con vivos deseos de sucesión; en Santa Fe (Granada), previenen las madres el mal de ojo colgando de sus hijos un cuerpecito de hueso ó de otra materia; en Aracena (Huelva), creen que quienes hacen mal de ojo son las mujeres, dando al niño un beso y apretándole el cuerpecito hasta hacerle llorar; en Santa Cruz de las Palmas, por último, previenen el mal de ojo poniendo unas tijeras en cruz y colocando estampas benditas en manos del niño.

Como resumen de este trabajo preliminar, Salillas llega á las conclusiones siguientes: 1.<sup>a</sup> La creencia en el *mal de ojo* es de origen primitivo, y tan arraigada que subsiste no obstante el influjo disipador de las preocupaciones.—2.<sup>a</sup> Que la creencia ha sido general, y tiene en todas las regiones de España algún vestigio.—3.<sup>a</sup> Que varía de intensidad según las localidades y las capas sociales.—4.<sup>a</sup> Que, apreciándola en su distribución regional, parece más intensa en Galicia, Asturias, León, Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y algunas provincias andaluzas, y menos intensa, y en parte borrada, en

las Provincias Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia (1).

En otro artículo daremos cuenta de las investigaciones subsiguientes del sabio sociólogo.

## HISTORIA



COSTUMBRES INGLESAΣ Á FINES DEL SIGLO XVIII Y COMIENZOS DEL XIX.—Es la época más brillante de la literatura, del arte y de la aristocracia en Inglaterra, como dice Pedro Argenvillier en *La Grande Revue*; pero es también la época de la mayor depravación de costumbres en las altas clases sociales: el juego y la orgía eran los pasatiempos corrientes de la nobleza de los políticos y de los artistas; los diputados iban borrachos á las sesiones, y los magistrados dictaban sus sentencias entre una opípara comida y una partida de juego; los mismos soberanos seguían la corriente, y bebiendo y jugando como sus súbditos, sólo utilizaban su rango para no pagar sus deudas; Georgiana, la duquesa de Devonshire, era una de las más empedernidas jugadoras, y aunque sus deudas de juego la arruinaban, jamás abandonaba la partida, y para engañarse á sí misma convenía con sus compañeros en que la suma realmente jugada sería doble ó triple de la cifra anunciada, y así la ocurrió perder en una noche 1.500 libras (37.500 pesetas), teniendo que llevarla al coche por lo quebrantada que la dejó aquella pérdida sobre las muchas que siempre tenía.

---

(1) El orden en que aparecen clasificadas las regiones es el resultante de la información; pero esta información, como todas, es deficiente y no siempre sincera, pues muchos de los informantes sustituyen los hechos reales, lo que es, por lo que ellos quisieran que fuera, y de ahí muchas denegaciones, por mal entendido amor á la comarca en que se vive, que tienden á falsear los hechos. Esta clasificación tiene un valor muy relativo. Las que son exactas son las tres primeras conclusiones.



Ninguna extravagancia parecía excesiva: en una comida en casa de lord Temple, lord Nugent apostó con el dueño de la casa á que había de escupir en el sombrero del conde de Bristol, que era uno de los asistentes á la brillante reunión; mantuvo la apuesta, y escupió en efecto, aunque al día siguiente tuvo que dar al conde plena satisfacción. Cuando Byron publicó su *Childe Harold*, muchas damas de la aristocracia le hicieron sin recato proposiciones amorosas, distinguiéndose lady Lamb, cuyo marido, lord Melbourne, fué después primer ministro; lady Lamb escribió un día al poeta que, si necesitaba dinero, sus alhajas estaban á su disposición; y si Byron iba á alguna fiesta á la que ella no estaba invitada, le esperaba á la salida, sin que semejante conducta asombrara á nadie ni afectara al prestigio del noble marido.

Las costumbres parlamentarias no eran menos desarregladas, y el vaso de agua de los oradores de hoy era entonces desconocido; así se vió á Pitt, al gran Pitt, entrar en la Cámara con tres botellas de Oporto bajo el brazo, terminando su discurso de tal modo, que en lugar de un presidente veía dos; un día entró con Dundas en una taberna del camino de Wauer, y allí se pasaron la noche bebiendo, en los momentos quizá más críticos de la historia de Europa. Fox no era más arreglado: de joven era un dandy, un snob, y como la moda entonces era no llevar nada que no procediese de Francia, Fox y Carlisle hicieron el viaje—largo entonces y penoso—de Londres á Lyon sin otro objeto que comprar chalecos; después se dió al juego con tal pasión, que una vez estuvo jugando desde las diez de la noche hasta las seis de la tarde del día siguiente; casi siempre le tocaba perder, y cuando se quedaba sin un cuarto, se refugiaba en su biblioteca y se enfrascaba en la lectura de los clásicos griegos y latinos. Tenía multitud de acreedores, y entre ellos un proveedor á quien debía 300 guineas, que nunca encontraba ocasión de pagar; un día el acreedor, harto de repulsas, se presentó en casa de Fox, empujó al criado que le cerraba el paso, y encontró á Fox sentado ante

una mesa en la que había varios miles de francos en oro; reclamó se le pagara, y Fox le dijo:

—Este dinero no es mío; todo lo que veis aquí está destinado á pagar una deuda de honor: anoche me ha ganado Sheridan 800 guineas, y no tiene más garantía que mi palabra; si me ocurriera cualquier accidente antes de pagarle, ¿qué pruebas tendría para acreditar que yo era su deudor? Usted tiene mi firma, que mi familia no dejaría de reconocer.

—¿De modo—replico el acreedor—que por tener yo vuestra firma en este pagaré es por lo que no puedo recibir mi dinero? Muy bien; pues rompo este papel—y lo rompió;—y ahora ya no tengo más garantía que vuestra palabra, siendo mi crédito anterior al que pretendéis pagar.

Fox cogió 300 guineas ó doblones, y los entregó en el acto al acreedor, dándole gracias por la confianza que tenía en su palabra. Más tarde Fox se enmendó de todos estos extravíos de su juventud.

Rogers, que trató á Byron, pinta al poeta como hombre fantástico, susceptible, caprichoso y rencoroso; en una comida que le dió para conocerle, y á la que asistía Moore y Campbell, el anfitrión preguntó al poeta si le servía sopa.

—No, no tomo nunca sopa.

—¿Quiere usted pescado?

—No, no tomo nunca pescado.

—¿Quiere usted carnero?

—No, no tomo nunca carnero.

—Pero por lo menos beberá usted un poco de vino.

—No, nunca bebo vino.

—Pero ¿qué va usted á tomar entonces?

—Nada: pan de munición y agua gaseosa.

Como no había en casa tales cosas, comió unas patatas aplastadas en el plato y rociadas con vinagre. Pero en cuanto salió de allí se fué al club y se hizo servir una cena copiosa; de estas manías tenía Byron muchas.

Sheridan fué tan bebedor como jugador, y sus vicios le hi-

cieron morir en la miseria, cuando hubiera debido nadar en la opulencia, lo mismo que Morland, el famoso pintor. Este sólo gozaba en compañía de pilletes, jockeys y luchadores de feria, pasando la vida entre ellos jurando, bebiendo y haciendo vida de crápula. Cuando se le concluía el dinero se ponía á trabajar con encarnizamiento, y se asegura que pintó más de 4.000 cuadros, sin que tan enorme número bastara á satisfacer á los aficionados, que tenían que contentarse con malas copias por no poder Morland dar abasto á los pedidos que se le hacían. Sus acreedores solían recibir cuadros en vez de dinero, y Morland prodigaba así su talento sin lograr salir de la desastrada posición á que le llevaban sus vicios y sus malas compañías. Pilkington cuenta cómo le encontró en su chiribitil de Somers Town: «Su nieto—dice,—muerto hacía unas tres semanas, estaba en su ataúd; en un rincón del cuarto un asno y un pollino comían la paja que sacaban de la cuna; una cerda con sus lechones estaban echados debajo de un aparador viejo, y Morland mismo, con una botella de vino al lado en tierra, silbaba distraído terminando un cuadro, mientras en el suelo un ratón le miraba gravemente, como si estuviera allí plantado para que le retratasen». ¡Singular sociedad y costumbres singulares las de aquellos pintorescos tiempos, precursores del romanticismo!

## LITERATURA

LA VIDA LITERARIA EN ESPAÑA.—En un *compte rendu* de Boris de Tanenberg, inserto en *La Renaissance Latine*, encontramos algunas noticias interesantes y, ¡cosa rara tratándose de asuntos de España estudiados por extranjeros!, exactas hasta cierto punto, sobre las condiciones materiales de la vida literaria en nuestra patria.

Hace treinta años, la literatura no era aquí más que un pasatiempo de aficionados ó una puerta de entrada en la carrera política. Juan Valera ha contado que su célebre *Pepita*

*Jiménez* no le ha valido el precio de un traje de baile para su señora; la poesía hizo á Campoamor consejero de Estado y á Núñez de Arce ministro de Ultramar. Hoy la situación ha variado; los pocos autores que se han impuesto al público obtienen del cultivo de la literatura honrosa remuneración, y los principiantes pretenden buscar en ella un medio de vivir. Las condiciones de la vida literaria son, sin embargo, medianas todavía, y fuera del teatro y del periodismo es difícil vivir de la pluma. Las causas de esta ingrata situación son tres: la indiferencia del público, el poco apoyo de la prensa y la falta de iniciativa de los editores.

En España se lee poco; no se ve á nadie leyendo en trenes ni en tranvías, y hay que ver lo que son en España las librerías. Un autor desengañado escribe á Tanenberg: «Puede decirse que en este país hay un centenar de lectores, que son al mismo tiempo escritores; cada cual hace su tirada de cien ejemplares, y los cambian entre sí como los saludos y los mordiscos de la envidia». Aparte la exageración, la pintura es exacta. Los libros de crítica y de historia no tienen público, y el español no gusta de gastarse tres ó cuatro pesetas en la novela en boga; prefiere esperar á que un amigo le preste su ejemplar, ofrecido por el autor, y así un solo ejemplar corre indefinidamente. Algo empiezan á cambiar las cosas con los tomos baratos de Barcelona y Valencia; pero si esto es síntoma consolador para el porvenir, el presente es todavía bastante lastimoso.

La prensa podría prestar grandes servicios á la literatura; pero entregada á los chismes de una política mezquina, concede muy poco sitio á la crítica y á la información literaria. Novelas de primer orden, como las de Pereda, y estudios de alta crítica, como los de Menéndez Pelayo, aparecen frecuentemente sin merecer la más ligera mención en los periódicos; nada de estudios serios ni de crítica sustancial puede buscarse en sus columnas, donde á lo más, y por excepción, puede tropezarse con una noticia seca y desdeñosa de su aparición

en librería. Se puede leer á diario un gran periódico de Madrid sin llegar á saber, ni siquiera por una sencilla nota bibliográfica, las principales novedades que aparecen en librería.

En cuanto á la ineptitud profesional de los libreros, las pruebas abundan: si se escribe á Londres para tener un libro, se sabe que se recibe á correo vuelto; pidiéndolo á Madrid, nunca hay día seguro. Desde hace un siglo, no hay un solo editor español que haya tenido el genio de su profesión. Los autores suelen editarse á su costa, depositando la edición en manos de un librero, si es que no la administran ellos mismos, como han hecho la señora Pardo Bazán y Galdós. Este sistema es nocivo, pues el engañado es siempre el autor. El editor español no conoce el arte del reclamo sino para las traducciones, de las que llega á vender 100.000 ejemplares, como en el *Quo vadis?*

Actualmente, los dos novelistas cuyos libros se venden mejor son Galdós y Blasco Ibañez, que hacen tiradas de 12.000 ejemplares ordinariamente; Pérez Galdós tiene tras de sí una labor colosal, más de 100 volúmenes, cuya venta se continúa sin interrupción. Pereda publica sus novelas en dos ediciones: una de 5.000 ejemplares, que se agota pronto, y otra que entra en la colección completa de sus obras, que se vende poco á poco; sus libros le producen de siete á ocho mil pesetas anuales. Palacio Valdés tira de 3.000 á 4.000 ejemplares; es muy traducido en la América del Norte y le pagan bien. La Pardo Bazán calcula en 75.000 duros lo que ha sacado de sus libros, unas 15.000 pesetas anuales; pero confiesa que sus libros se venden poco, y que la mayor parte de sus ganancias las debe al periodismo.

Hoy es difícil vivir en España de la pluma fuera del periodismo; las traducciones se pagan tan mal, que hay casas que dan 50 pesetas por tomo, y las más generosas llegan á 125; el periodismo da de comer, pero es un peligro para el literato, que se gasta pronto en él inutilizándose para toda labor de empeño. La esperanza mayor de los principiantes es entrar en el

teatro, sobre todo el del *género chico*, que es el que da dinero. Los Quinteros y otros seis ó siete autores cobran de 50.000 á 60.000 pesetas anuales, y hay gran número de autores que perciben 20.000 ó 30.000, muchísimo más de lo que sus dramas y altas comedias producen á Echegaray ó á Benavente.

\*  
\* \*

«SIGURD EL TEMERARIO», DE BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON.—Antes de escribir sus comedias sociales, que, jaleadas por la prensa de la extrema izquierda, han sacado de la obscuridad de las brumas escandinavas los nombres de Ibsen y de Björnstjerne Björnsson, éstos habían dedicado su juventud y gran parte de su virilidad—dice en la *Revue Bleue* Ernesto Tissot—á componer largos y tumultuosos dramas históricos, entre los que merece especial mención y análisis la trilogía de *Sigurd el Temerario*.

Björnstjerne Björnsson tenía treinta años cuando la escribió. Tras un viaje por Italia, se retiró á Munich, y allí compuso de un tirón el drama en tres actos *Sigurd en el extranjero* y la tragedia en cinco *La vuelta de Sigurd*; más tarde, en el Tirol, hizo un prólogo en un acto, *La fuga de Sigurd*, y así apareció la trilogía en Copenhague en 1862, con tal éxito que el Gobierno le ofreció una pensión de 1.000 thalers. Las tentativas para representar la trilogía en Trondhjem, en Cristianía y en Sajonia fueron un fracaso: *Sigurd* es un poema dramático, y no una pieza teatral. Sus nueve actos son un microcosmo entre nieblas. Para llevarlo á la escena, se necesita una inteligencia latina que acierte á poner orden y vida en todo aquello. En la lectura, sin embargo, parece que es de efecto maravilloso, semejando una verdadera Saga.

*La fuga de Sigurd*, prólogo en un acto.—La escena representa la capilla privada de San Olaf, en la catedral de Stavanger. Entra Sigurd, y dirige al santo una valiente tirada, mitad suplicando, mitad casi amenazando, diciendo que ha ve-

nido á Beintein, que él es el campeón del país y que quiere saber su origen, pues se encuentra con ánimos para conquistar un reino, como Balduino, Raymundo, Adhemar, Tancredo y Roberto. En otra escena violenta, Sigurd consigue arrancar á su madre el secreto de su nacimiento, y sabe que es hijo bastardo del rey Magnus III. La vergüenza que pesa sobre su origen le priva de la herencia paterna; pero Sigurd proyecta restablecer el imperio de la justicia, conquistando su parte de herencia con la punta de su espada, si es preciso; y su madre, al oírle, se espanta y le suplica la ahorre aquella última y dolorosa prueba. Vacilante Sigurd, escucha el cántico de los Cruzados, y se une á ellos, resuelto á seguirles en la reconquista de Jerusalén.

Cambia la escena, y aparece el fiordo de Mayo con la flota á punto de levar anclas; Sigurd la contempla; su madre, Thora, comprendiendo que conviene dejar partir aquel hirviente joven, le entrega el anillo que puso el rey Magnus en su dedo; le hace prometer que, vencedor ó vencido, volverá á sus lares, y Sigurd parte, seguro de su éxito y resuelto á no dejarse arrollar por ningún obstáculo.

*Sigurd en el extranjero*, drama en tres actos.—Han pasado tres años. En un viejo castillo de Catanas dos ancianas lamentan su suerte. Son Helga y Frakark, desterradas allí con el hijo de la primera, Haraldo, á quien su hermano ha despojado de la herencia paterna. Las dos mujeres esperan el momento de vengarse, pero Haraldo sólo piensa en la caza y en el juego, y, no contando con él, suspiran por la llegada de cualquier extraño, y sobre todo por la de un tal Sigurd, de cuya temeridad han oído hablar con grandes elogios. Por última vez han enviado á Jarl una embajada, á fin de decidirle á compartir con su hermano Haraldo el trono, y entretanto discuten, contando con la negativa, el modo con que podrían contar con el brazo de Sigurd. Nada mejor para ello que el amor, y no era por cierto la mujer la que faltaba, pues allí estaba Audhilda, hermosa como ninguna otra, pero cuyo corazón no

había todavía latido por nadie; entregada á la caza, corría los bosques con su puñal á la cintura, sin que fieras ni bandidos se atrevieran impunemente á molestarla. Al ver á Sigurd, sin embargo, desembarcando con su fama de intrepidez, Audhilda comprendió que allí estaba su dueño. El mensajero enviado á Jarl regresa, y su respuesta era la esperada: recibirá á su hermano como vencido, pero nada más, y dejará que su madre y su tía sean castigadas. Un insulto que se desliza de sus labios respecto al aventurero Sigurd hace que éste recoja la ofensa y en singular combate venza al mensajero. La guerra estalla; Frakark hace prestar á los suyos juramento de sumisión á Sigurd; el mismo Haraldo se reanima, y la contienda, tras sangrienta batalla, se resuelve en favor de Sigurd, y el trono de Orkney se divide entre Jarl y Haraldo.

La suspicaz Frakark tiene celos del poder de Sigurd, y hace asesinar á los rehenes para culpar á Sigurd de su muerte y levantar al pueblo contra él; Sigurd lo descubre, pero no se atreve á castigar aquel crimen, aunque nada le era más fácil que hacerlo y ser proclamado rey; y para escapar á la tentación, sacrificándose por Audhilda, vuelve á tomar las armas del cruzado y se junta con los que van á Jerusalén, después de jurar eterno amor á la hermosa virgen Audhilda, y resuelto á conquistar el trono de Noruega, desdeñando el de Orkney, que tan fácil le hubiera sido retener después de la muerte de Haraldo, sacrificado voluntariamente al revestir la túnica envenenada de oro que la vengativa Frakark había hecho fabricar para su hermano.

*La vuelta de Sigurd*, tragedia en cinco actos.—La tercera parte de la trilogía es tan interesante como las anteriores. Sigurd, tras multitud de peripecias, declara la guerra á Noruega, aliándose con los daneses, y triunfa en todos los encuentros; la víspera de la batalla decisiva se ve á los grandes señores noruegos reunidos en la isla desierta donde Sigurd ha consentido en ir á ver á su anciana madre, Thora; los noruegos, lejos de estar desesperados, cuentan con la traición de



los daneses á Sigurd, y en efecto, los buques daneses le abandonan; y en el momento supremo, cuando ya iba á ser coronado rey, Sigurd es derrotado, y aparece solo en la isla, con el traje destrozado y los ojos huraños; vencido, pero nunca humillado.

Como dice Tissot, de las grandes trilogias *Fedia* encierra la monografía del amor incestuoso; *Antígona*, la del amor filial; *Otelo*, la de los celos; y *Sigurd*, la de la ambición.

\*  
\* \*

UN GRAN POETA CASTELLANO.—El telégrafo anunció, y todos los diarios publicaron, la triste é inesperada noticia de la muerte de D. José María Gabriel y Galán, el modestísimo maestro de escuela de Guijo de Granadilla, que había acertado á expresar, con inimitable gracia y energía, los más hermosos sentimientos en versos dignos de Meléndez Valdés, de Fray Luis de León y de Quintana, por la forma, la delicadeza y la profundidad, con la originalidad más genial del lenguaje. En esta misma *Revista de Revistas* tuvimos hace cuatro años el honor de ser los primeros en dar á conocer á los intelectuales el nombre de Galán, entonces totalmente desconocido, reproduciendo su bellísima é incomparable poesía *¡Varón!*; y justo es que, al desaparecer del mundo poeta en quien tan fundadas esperanzas se cifraban, dediquemos estas líneas á su memoria.

El autor de *Castellanas*, como dice Z en *La Época*, no es un profesional, no es un literato adulterado por el estudio, según la feliz expresión de Cánovas; era un labrador castellano que, allá en un rincón de Extremadura, confinante con Salamanca, su tierra natal, buscó descanso á las prolijas faenas que impone la dirección de una gran labor agrícola, en lo que nuestros antepasados llamaban el cultivo de las Musas. Allí ha sorprendido la traidora muerte al insigne cantor de *El ama*, cuando, herido por la enfermedad, acababa de afirmar su deseo de vivir, revolviéndose la grandeza de su espíritu contra las miserias de su cuerpo, en una poesía, tal vez la última,

que encontramos en un modesto periódico de Plasencia, *El Dardo*, y que no nos resistimos al deseo de transcribir íntegra, como tributo pagado á la memoria del poeta. Hela aquí:

### CANCIÓN

No piense nunca el lloroso  
que este cantar dolorido  
es un capricho tejido  
por la musa de un dichoso.  
No piense que es armonioso  
juego de un astro liviano;  
piense que yo no profano,  
ni con mentiras sonoras,  
las penas desgarradoras  
del corazón de un hermano.

—

Una canción de dolores  
me piden mis padeceres,  
tal como ayer mis quererres  
pidieron cantos de amores;  
que así como son mayores,  
si se cantan, los contentos,  
así los tristes acentos  
de las trovas doloridas,  
si no curan las heridas,  
amansan los sufrimientos.

—

Mis penas son tan vulgares  
como esas espinas duras  
que erizan las espesuras  
de todos los espinares.  
Más hondas son que los mares...  
más hondas y más sombrías  
que un horizonte sin días,  
pues no hay abismo tan hondo  
como el abismo sin fondo  
de unas entrañas vacías.

—

Dios me las hizo de fuego...  
¿Por qué no les dió dureza,  
si quiso su fortaleza  
probar golpe á golpe luego?  
¿Por qué enriqueció con riego  
de sementera de amores  
huerto que sabe dar flores,  
si luego le manda días  
de matadoras sequías  
y vientos asoladores?

---

¡Ay! Al llegar á las puertas  
de la tarde de mi vida,  
voz de los cielos venida  
me ha dicho: ¡Ya están abiertas!  
¡Entra y sigue, y no conviertas  
la mente á tiempos mejores;  
que en vez de aquellos amores  
de santidades pristinas,  
verás las desiertas ruinas  
del solar de tus mayores!

---

— ¡Mejor es cegar, Dios mío!  
¡Mejor es ir paso á paso  
cayendo hacia el propio ocaso,  
solo, con pena y con frío!  
¡Mejor es ir al vacío  
que á ruinas y á sepulturas!  
¡Mejores son las negruras  
de la noche más sombría,  
que las negruras del día,  
que son dos veces oscuras!

---

Así, loco de dolor,  
dije con vil vocecilla...  
¡Esto que tengo de arcilla  
fué quien lo dijo, Señor!

Pero esto, que es resplandor  
de Tí venido hasta mí,  
cuando tu rayo sentí,  
bien sabes Tú que te dijo:  
«¡Señor! La frente del hijo  
tienes rendida ante Ti!»

—  
Con sólo llorar mi suerte,  
con sólo dejar abierta  
de tal herida la puerta,  
muriera de triste muerte.  
Mas, hijo yo del Dios fuerte,  
me he resignado á vivir,  
y voy dejándome ir  
sobre el polvo de la senda,  
caminando á media rienda  
por el campo del sentir.

—  
Porque si rindo la frente  
sobre las manos crispadas;  
si hacia las ruinas sagradas  
dejo que vaya la mente;  
si de mi llanto el torrente  
dejo que anegue mi vida;  
si abriese más esta herida  
que en lumbre de fiebres arde,  
viviera como un cobarde,  
muriera como un suicida.

—  
¡Quiero vivir! Las dulzuras  
de los gozados placeres,  
con hieles de padeceres  
se tornan del todo puras.  
Visión de mis desventuras:  
¡yo no te cierro mis ojos!  
Camino de los abrojos:  
¡yo no me cubro las plantas!  
Cruz que mis hombros quebrantas:  
¡yo te acepto sin enojos!

—

¡Quiero vivir! Dios es vida.  
¿No veis que en vida convierte  
la ancianidad que en la muerte  
cayó con dulce caída?  
¿No soy yo vida nacida  
de vidas que á mí se dieran?  
Pues vidas que en mí se unieran,  
si vivo, no han de morir.  
¡Por eso quiero vivir,  
porque mis muertos no mueran!

—  
¡Y no morirán conmigo,  
que el huerto de mis amores  
está rebosando flores  
que pinta Dios y yo abrigo!  
¡Y atrás el cierzo enemigo  
de esas mis vivas canciones,  
pues son santos eslabones  
de una cadena florida  
para corona tejida  
del Dios de las creaciones.

—  
¡Quiero vivir! A Dios voy,  
y á Dios no se va muriendo;  
se va al oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombra soy  
y quiero darme á las dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

## CRIMINOLOGÍA

LA CRIMINOLOGÍA MODERNA.—El ilustre barón Garofalo va á publicar una nueva edición, la quinta, completamente refundida, de su famosa *Criminología*, y *La Revue*, de París, ha lo-

grado comunicación del prólogo que resume el pensamiento del autor.

¿Cómo se las ha compuesto el autor del Código—se preguntaba Garofalo siendo estudiante—para saber cuál era exactamente el género ó grado de pena conveniente y suficiente para cada crimen ó delito? ¿Cómo ha podido asegurarse, por ejemplo, de que cinco años de presidio bastan para castigar el robo calificado, y dos años de prisión son justo castigo del robo sencillo ó del hurto? ¿Cómo se las ha arreglado para apreciar el valor de una ú otra circunstancia, agravante ó atenuante, de modo tan exacto que ha podido determinar el aumento ó la disminución de seis meses, un año, cinco años ó diez años de pena? ¿Dónde está el criterio, cuál ha sido el hilo que le ha guiado en este laberinto?

Garofalo había tenido la ingenuidad de creer que el autor del Código había procedido experimentalmente; sólo más tarde supo que no se había cuidado, al establecer sus reglas, de probar su eficacia; no ha seguido el método sin el cual ningún médico se atrevería á anunciar un remedio; no nos ha dicho qué efectos habrá producido tal ó cuál género de pena, su duración más ó menos larga, su relación con la naturaleza del crimen ó del criminal, con el objeto de la defensa social ó con el de la enmienda del culpable. Ciertamente es que en los últimos veinticinco años los juristas han declarado que aceptaban la alianza del derecho con la sociología, la psicología y la antropología; sólo que esta declaración ha sido puramente teórica, y la ciencia del derecho penal sigue desconociendo el imperio del método experimental que en nuestros días domina en todas partes. El libro de Garofalo tiene por objeto introducir ese método en la criminología para buscar los medios más adecuados de combatir el crimen. Antes de afirmar que hay que corregir á los culpables, hay que ver si todos ó algunos culpables son susceptibles de corrección, y hay que ver en seguida por qué medios es posible la enmienda; y cuando se habla de asegurar á la sociedad de los ataques de los criminales,

hay que empezar por ver si hay penas capaces de desarmarlos y en qué medida deben emplearse.

¿Cómo operar la reconciliación entre la lógica judicial y el interés social, que están en desacuerdo? Hay que reconocer que la responsabilidad individual está muy atenuada por los malos ejemplos, por el contagio del medio social, por las tradiciones de familia ó de raza, por los hábitos, por las pasiones, por el temperamento; pero, según las teorías jurídicas, en cuanto la responsabilidad se atenúa el criminal es excusable; y si la pena se aplica, teniendo en cuenta todas las circunstancias de impulsión al crimen, se llega á un minimum de pena insignificante é ineficaz. No hay criminal que no tenga circunstancias de éstas en su favor; no hay crimen donde no sea fácil descubrirlas. Si la penalidad debiera depender de la responsabilidad moral, la consecuencia sería el perdón de los criminales más feroces, en cuanto se probara su extrema brutalidad natural; y así la represión obraría en razón inversa de la perversidad é incorregibilidad de los criminales. Las ideas filosóficas de una época influyen irresistiblemente hasta sobre los que tienen que luchar contra ellas, y eso explica la pendiente que arrastra ya á la justicia, los veredictos de inculpa-bilidad de ciertos jurados y la indulgencia de ciertos tribunales. Es el triunfo de la lógica judicial, pero á expensas de la seguridad y de la moralidad sociales. Imposible remediarlo si no se cambia el criterio de la penalidad, llevándolo al principio de la necesidad social y abandonando el de la responsabilidad moral del individuo.

En nuestras sociedades civilizadas, muchos miles de personas—10.000 son *condenadas* por término medio sólo en Europa, y sabido es que los condenados no representan más que un tercio de los criminales—son asesinadas anualmente, y cientos de millones de ahorros son presa de los malhechores, sin que la sociedad se inquiete por ello tanto como debiera. Lo que hace el Estado para prevenir tantas desgracias es bien poca cosa. Es absurdo que penas que sólo tienen un valor con-

vencional, y que no tienen ninguno para los malhechores profesionales, sean las únicas que éstos hayan de temer. Es más: tales penas, en muchos casos, representan para el criminal una ventaja positiva; el Estado le aloja, le viste y le alimenta, y luego le deja en libertad pretendiendo que ha expiado, que ha pagado su delito. Todo eso es retórica pura; el que ha pagado es el Estado, y el criminal sigue siendo lo que era, si no algo peor, y vuelve al seno de la misma sociedad en que antes vivió, con las mismas tentaciones y las mismas ocasiones de delinquir.

Esta situación es general en Europa; en Francia, sin embargo, se ha tratado de disminuir el estrago de los criminales mediante leyes contra la reincidencia, cuyos buenos efectos no han tardado en hacerse sentir. El principio de la defensa contra los enemigos de la sociedad se entiende allí mejor que en otras partes, y por un acuerdo tácito se subordinan á este principio todos los demás. Por otra parte, gracias á la iniciativa de Prins y Liszt, varios juristas no metafísicos han organizado la *Unión internacional de Derecho penal*, en la que estudian experimentalmente el crimen y el criminal, saliendo de estos trabajos leyes y proyectos para la represión de la reincidencia, el tratamiento de los delincuentes novicios y de los niños criminales y la individualización de la pena.

Ya es hora de proclamar que la divisa de la ciencia penal debe ser la lucha contra el crimen en nombre de la civilización. A los ojos del pueblo, los Códigos, los procedimientos y los Tribunales están destinados á proteger al criminal contra la sociedad; el papel de los hombres de Estado es invertir estos términos, destruir esta idea y justificar el sacrificio anual de cientos de millones en la lucha contra el crimen, pues sólo en siete naciones (Francia, Alemania, Inglaterra, Austria, Italia, Rusia y España) se invierten al año 221.484.174 francos sólo en el sostenimiento de los presos y en la administración carcelaria, sin contar agentes de policía, jurados, etcétera.



«Mi obra — dice Garofalo — ha sido clasificada entre las de la escuela de antropología criminal; y si se admite que la psicología criminal es el capítulo más importante de esa ciencia, acepto que me llamen, como lo ha hecho Leveillé, un *antropologista razonable*». Ciertamente que no se ha logrado descubrir un signo exterior que permita distinguir á los criminales; pero existe en ellos una anomalía psíquica que los diferencia moralmente de la generalidad. Hay fisiólogos que estiman desprovista de todo valor científico esa afirmación; pero fuerza es reconocer que la anomalía existe, siquiera nos sea desconocida la verdadera causa de la misma, relacionada con la organización histológica de los individuos, con sus nervios y su sangre.

Hase acusado de fatalismo á la nueva escuela, por una falsa interpretación de sus ideas. Hase imaginado que para el antropologista es el hombre imagen de transformación, teniendo siempre que obrar en una dirección determinada; error jamás sostenido por Garofalo. Lo que la experiencia ha demostrado es que el hombre, hallándose en las mismas condiciones intelectuales y morales y en las mismas circunstancias exteriores, obra siempre de la misma manera, y por eso es ridículo pretender la enmienda del criminal por la prisión ó por cualquier otro castigo, si después de la expiación se le vuelve á colocar en el mismo medio social y en las mismas condiciones de existencia que antes; pero Garofalo y su escuela no creen imposible la «transformación de la actividad del culpable», cuando el medio ambiente cambie y se convenza de que no le conviene la vida de animal de caza. Los fatalistas son los que se empeñan en considerar el crimen como un mal necesario que siempre ha existido y existirá, sin querer cambiar el sistema penal, á pesar de estar tan plenamente demostrada su ineficacia; esos son los fatalistas y los materialistas, los que tarifican el crimen y para quienes el hecho criminal lo es todo, y la naturaleza individual del delincuente, nada.

Hay, por otra parte, que sonreír cuando se oye decir: «en

E. M.—Febrero 1905.

lugar de castigar, ocupaos en suprimir las causas del crimen». ¿Dónde están las leyes que supriman la miseria, la ignorancia, la codicia, la vanidad y todas las pasiones? Dejemos á Tolstoi sus sueños, admiremos en él al filántropo y al escritor; pero no discutamos siquiera su teoría de la *no resistencia al mal*, pues el perdón comedido á todas las ofensas sólo significa la opresión de los buenos por los malos. La lucha directa contra el crimen no debe cesar ni un instante, y ese es el primer deber del Estado. En esa lucha el Estado debe abandonar las armas cuya inutilidad se ha demostrado, empleando siempre las más perfeccionadas. Y como para combatir á un enemigo lo mejor es conocerlo, y los juristas no conocen al criminal, hay que buscarlo en las cárceles y en los presidios, y allí estudiarlo de cerca, observarlo bien, y traducir después en leyes el fruto de esas observaciones y estudios, transformando el Código penal para ponerlo en armonía con las necesidades sociales.

## ENSEÑANZA

LAS UNIVERSIDADES FRANCESAS.—Desde la ley de 10 de Julio de 1896, que empezó á ejecutarse en 1.º de Enero de 1898, concediendo á las Universidades personalidad civil y autonomía financiera, han transcurrido siete años, pudiendo ya apreciarse algunos de los resultados que el Parlamento y el país esperaban de la reforma y la repercusión que hayan podido tener en la enseñanza, en el presupuesto y en la vida de las Universidades.

La ley del 10 de Julio de 1896, según la ponencia de Bouge, hace entrega al presupuesto de cada Universidad de los derechos de ingreso, inscripción, biblioteca y trabajos prácticos pagados por los estudiantes, continuando percibidos por el Tesoro los derechos de examen, certificaciones y títulos. Así, pues, la ley ha hecho de los ingresos dos partes: todo lo que se refiere á los estudios, para la Universidad; todo lo que

afecta á los exámenes y grados, para el Tesoro. En cuanto á gastos, las Universidades han de emplear sus ingresos en laboratorios, bibliotecas y colecciones, construcción y entretenimiento de edificios, creación de nuevas enseñanzas y obras en interés de los alumnos.

El importe de los derechos de estudios, inscripciones y biblioteca se había calculado, tomando como promedio el año 1890, en 1.200.000 francos; pero claro es que el Estado, al hacer esta cesión, había de disminuir los créditos asignados para ciertos servicios, como el de construcción y entretenimiento de establecimientos y el de material de prácticas y laboratorios, de donde vino á resultar que si por un lado el Estado abandonaba 1.200.000 francos á las Universidades, por otro imponía á ésta una carga que evaluaba en 800.000 francos para construcciones y reparos (aunque en 1895 y 1896 la cifra presupuesta al efecto era de 1.300.000 francos) y otra de 400.000 afecta al material. La realidad ha sido, como asegura Alfredo Massé en la *Revue Bleue*, que las Universidades han comprado su derecho de autonomía, tasado en 1.200.000 francos, por 1.700.000.

Es evidente que la cifra de 1.200.000 francos representaba un ingreso inicial susceptible de aumento, especialmente si las provincias, los pueblos y los particulares respondían con subvenciones, donaciones y legados que permitieran adquirir vida propia á las Universidades, á semejanza de las de Alemania y de las antiguas de España, Italia é Inglaterra. Estas liberalidades se han producido, en efecto, pero han sido insuficientes en casi todas partes; pues las gentes prefieren todavía en general dejar legados á la Iglesia, y hay que contar, por otra parte, con que el radio de acción de cada Universidad es harto reducido para que en poco tiempo pueda recoger extensos frutos.

No puede negarse que la situación, desde 1898, ha mejorado, surgiendo multitud de felices y fecundas iniciativas. Las Facultades de Ciencias, sobre todo, han dado á su enseñanza

otra orientación, adaptándose á las necesidades del medio en que viven, y trocando el estudio permanente teórico en el de aplicaciones industriales, convirtiéndose así en verdaderas escuelas profesionales superiores. De aquí su éxito; los estudiantes, antes alejados, han acudido en masa, y los industriales no han vacilado en cooperar á tan útil labor con donaciones y subvenciones por una parte, y con la preferencia otorgada por otra á los alumnos de estas Facultades para colocarlos como ingenieros, jefes de taller y contramaestres en sus fábricas y explotaciones. Marsella cuenta con un Instituto de investigaciones coloniales; Nancy posee un Instituto electrotécnico que rivaliza con el de Montefiore, antes único en el mundo, un Instituto químico y otro de Mecánica aplicada; Burdeos cuenta con una estación vitícola; París, un laboratorio de Química práctica; Dijon, un Instituto enológico; Caen, una estación agronómica; Besançon, un laboratorio de fermentos; Grenoble y Lille, Institutos electrotécnicos, etc.

A pesar de esto, las Facultades de Ciencias, aunque se mantenga el número de sus estudiantes, atraviesan una crisis económica que requiere el auxilio del Estado. En cuanto á las Letras, su situación es angustiosa: como estos estudios son desinteresados, rara vez son objeto de subvenciones ni de liberalidades; las inscripciones son pocas, y el personal docente es escaso, imposibilitado de adaptarse á los progresos científicos, y sin poder crear por falta de recursos nuevas enseñanzas, especialmente en lingüística. Todo lo más que han podido hacer, fuera de su misión de preparar para el profesorado, es organizar cursos para extranjeros, especialmente en Grenoble y Montpellier. Las Facultades de Derecho también han ganado poco, y siguen siendo escuelas de preparación para la abogacía y la magistratura; carecen de anfiteatros, laboratorios y bibliotecas, y la falta de recursos les impide evolucionar para fijar la atención en las diferentes funciones públicas.

Ha llegado el momento de que los poderes públicos estu-

dien soluciones para el conflicto presente, á fin de que la reforma de 1896 no sea un fracaso. España, donde el problema de la autonomía universitaria viene hace años planteado, debe estudiar á fondo lo hecho en Francia, para buscar soluciones que permitan evitar los escollos con que actualmente tropieza tan deseada innovación, en la que tantas esperanzas deben fundarse.

### PSICOFISICA

CONCIENCIA Y VOLUNTAD. — Estas dos palabras, según afirma Sergi en la *Rivista d'Italia*, se aplican por los psicólogos á hechos claros y determinados, constituyendo, sin embargo, la base de un equívoco.

*Conciencia*, en su sentido genuino, es revelación de un fenómeno del laboratorio cerebral; la conciencia por sí misma no es nada: ni sustancia, ni cualidad, ni siquiera estado de ánimo; es solamente la forma reveladora del fenómeno, no siempre necesaria ni siempre verdadera. Si es así, todos los hechos mentales se elaboran en estado inconsciente, y de ellos sabemos sólo algo cuando se revelan, pasando muchísimos inobservados y siendo no pocos inobservables.

En Psicología y Psiquiatría, sobre todo en las declaraciones periciales, es corriente leer: «Este acto voluntario ha sido ejecutado con plena conciencia», deduciéndose de aquí la responsabilidad y la culpa. Pero ¿cómo se entiende la conciencia? En general, como un alma—conciencia,—actividad autónoma, á cuyo concepto conduce la psicología especulativa, con sus datos introspectivos y su vetusta concepción del alma, explicable en el vulgo, pero no en los fisiólogos, que siguen, sin embargo, hablando de la conciencia como de algo autónomo, pareciendo esto una contradicción con los datos de la psicofísica experimental. No es actividad el estado de conciencia en el pensar, pero es estado semejante á pasividad, siendo la conciencia simple reveladora de los fenómenos que se producen y

se suceden hasta sin nuestra intención y actividad. En la naturaleza, ninguna actividad se desenvuelve espontáneamente; para desenvolverse debe ser provocada por una acción exterior á sí misma.

La respiración y los movimientos del corazón son fenómenos vitales automáticos, aunque parezcan á algún fisiólogo reflejos; estos fenómenos, como todos los demás, requieren para manifestarse un impulso exterior. El pensamiento mismo requiere ese impulso, que es el que llamamos *sugestión*. La sugestión se tomó al principio como un fenómeno morboso; pero hoy es sabido que tiene un valor universal en la vida mental de los hombres normales ó anormales, constituyendo el impulso que pone en acción la mentalidad. Esta sugestión es varia y multiforme: una palabra, una visión, un sonido, un olor, un relato, un sentimiento provocado por cualquier causa, el tema de una conferencia ó de un artículo es sugerido por una persona, una lectura ó un acontecimiento; luego el impulso primario es externo. Tenida y aceptada la sugestión—el *sugerimiento*, si se quiere, — el pensamiento entra en actividad, y adquiere todo su desarrollo de un modo pasivo. Cuando escribimos un discurso, sabemos que escribimos sobre un tema cuya materia hemos recogido, pero ignorando los períodos en que lo hemos de desarrollar, á menos de que previamente hayan pasado cinematográficamente por nuestro pensamiento; sólo en el momento de escribir vamos viendo cómo la materia se dispone y se desenvuelve, sin que haya conciencia anticipada de su desenvolvimiento, siendo por lo tanto evidente que el pensamiento es inconsciente. Es, pues, una ilusión creer que un hombre ha obrado con plena conciencia porque tiene íntegra su razón y sabe discurrir normalmente.

Lo que se define como *voluntad* es todavía más ilusorio para Sergi, tanto por hacerse de la voluntad una entidad psicológica, cuanto por darse á este fenómeno la conciencia plena. Sin entrar de lleno en el eterno conflicto entre el libre arbitrio y el determinismo, y recordando sólo lo sustancial del

problema, se ve que el determinismo admite que un hecho que se suele llamar voluntario es provocado por un impulso externo á la voluntad y al acto voluntario mismo; esto es exacto, porque en la naturaleza nada sucede espontáneamente; pero el determinismo admite, explícita ó implícitamente, que existe una energía volitiva distinta de los demás fenómenos psicológicos; los que afirman la libertad ó, mejor, la independencia para determinarse, admiten una energía autónoma con tendencia á la acción sin coacción de causas externas ni determinantes, lo que es absurdo. Unos y otros tienen un concepto común: la energía volitiva, como fuerza propia, estando sólo desacordes en el modo de funcionar; también admiten una conciencia definida, anterior al acto mismo.

Cuando ambas teorías pasan á la aplicación práctica en los casos de responsabilidad é imputabilidad, el acuerdo es casi completo; prácticamente los deterministas se conducen como los que sostienen el libre arbitrio: poniendo conciencia y voluntad, es decir, voluntad consciente en el hombre que ha ejecutado una acción como si supiera lo que va á hacer antes de hacerlo, determinándose á la acción por aquella energía volitiva, autónoma y consciente que constituye la libre individualidad, lo cual es una forma larvada del libre arbitrio, ó libertad de indiferencia. Todo eso es una invención poética de los filósofos, aceptada hasta por la llamada psicología positiva y experimental, lo que prueba que en este mundo cambian las formas, pero en el fondo todo sigue sustancialmente igual.

Nada de lo inventado por los primitivos se ha perdido, aunque venga revestido de nuevas formas: del animismo al espiritismo actual; del culto de los muertos al de los santos; de la deformación y mutilación del lóbulo de la oreja á los pendientes de brillantes verdaderos ó falsos; del sacrificio de propiciación al purgatorio; de la psicología prehistórica que ha inventado el alma á la experimental contemporánea, nada se ha mudado en lo sustancial, y de aquí el que tengamos una voluntad, una conciencia, muchas entidades del alma; las en-

tidades de los primitivos se han hecho símbolos, y los símbolos vuelven á ser entidades reales. No tenemos más que acciones y reacciones. Si la acción se ejerce sobre seres inanimados, éstos no sabrán que la han sufrido, pero reaccionan del modo que le es propio; nosotros, como seres sensitivos y conscientes de cuanto pasa en nosotros, podemos saber de la acción y hasta de la reacción ó movimiento correspondiente.

Las formas afectivas son provocadas ó por excitaciones orgánicas en forma de sensaciones, ó por hechos intelectuales, ideas y pensamientos; pero puede ocurrir que la acción no sea seguida de la reacción, y entonces hay una suspensión en que persiste el estado de excitación, estado que tiende á la liberación del estado de tensión, y es lo que se llama *deseo*. El deseo no es un nuevo estado psicológico, sino la persistencia del sentimiento no satisfecho, persistencia que le hace consciente, y por eso conocemos nuestros deseos. ¿Qué falta hace introducir aquí otro nuevo factor que se llame *voluntad*? ¿Dónde está la *voluntad*? No existe voluntad, sino deseo ó persistencia del sentimiento que exige la actividad y la satisfacción, la liberación con la reacción. En Derecho penal se habla de *premeditación*, considerándose más graves los delitos premeditados. Esta teoría extraña es producto de la ilusión de la voluntad y de la conciencia; la premeditación se reduce á la persistencia del impulso; la voluntad es una superfluidad inútil. ¿Quién es el autor de sus deseos? ¿Cómo se puede hacer cesar el deseo y con qué medios? Lo que hay que refrenar es el impulso, no el movimiento, y el impulso es el sentimiento, es el deseo; el freno de la *inhibición* de los fisiólogos, de que tanto se ha hablado, creyendo que existía en el cerebro un centro inhibitorio, como en un coche eléctrico que además del motor lleva un freno, es otra ilusión inventada para dar explicación á hechos que la tienen en otra parte.

\* \* \*

LA AUDICIÓN COLOREADA. —El hombre es, ante todo, *vidente*—dice en la *Revue de Philosophie* su director, Peillaube, re-



produciendo su interesante comunicación al VI Congreso de fisiólogos de Bruselas.—Nuestros sueños están formados en su mayor parte por imágenes visuales; nuestros pensamientos se expresan en el lenguaje de los colores y de las formas, y así decimos que vemos claro ú obscuro un problema. Hasta puede abusarse de la imagen visual, y hay personas que llegan en esto á las mayores extravagancias: una señora se representa el 1, el 2 y el 3 en forma de niños que están jugando; el 4, como una fiera pacífica; el 5, como un hombre joven; el 7, como un hombre gastador, mal sujeto, pero espiritual; el 9, como un marido de mal genio, casado con el 8 y poco satisfecho de este matrimonio, pues si se hubiera casado con otro 9, harían 18 en lugar de 17.

Menos extraña y menos rara es la audición coloreada, que no es una enfermedad, sino un caso muy instructivo de la asociación afectiva. Peillaube ha tenido la fortuna de encontrar un excelente sujeto, ilustrado é inteligente, capaz de analizarse, que le ha suministrado los hechos más significativos para este estudio. El día en que Ch\*\* descubrió que era una excepción se quedó muy sorprendido; le había parecido natural asimilar los sonidos á los colores, y creía que todo el mundo hacía otro tanto; su hermano y él habían comprado un harmonium, y, encantado de su sonoridad, Ch\*\* manifestó que tenía en los bajos hermosas notas *violetas*; su hermano calificó de extravagante aquella expresión; sorprendido de su asombro, Ch\*\* apeló á otras personas, y se quedó estupefacto al ver que todas se quedaban tan sorprendidas como su hermano; entonces comenzó á observarse, para darse clara cuenta del fenómeno.

Peillaube ha recogido las observaciones de Ch\*\* y otras muchas en número de 125. Ch\*\* colorea sobre todo las vocales y los sonidos de los instrumentos de música; otros colorean también las consonantes, los diptongos, los nombres propios, las palabras y las cifras.

*Vocales.*—Para Ch\*\*, *A* es azul pálido; *E*, amarillo más ó

menos claro, según que el sonido sea abierto ó cerrado; *I*, verde muy vivo; *O*, entre rojo y gris; *U*, violeta. La coloración varía con las personas y hasta con la edad, como puede verse en el cuadro siguiente, que encierra las observaciones de cuatro personas:

*A* = Blanco, rojo, rojo, negro.

*E* = Gris, gris azul, amarillo, blanco.

*I* = Rojo violeta, amarillo, blanco, rojo.

*O* = Amarillo, gris hierro, negro, azul.

*U* = Negro muy vago, pardo, azul, verde.

Hay quienes no colorean las vocales pronunciadas aislada-mente; en cambio, *Ch*\*\* no puede evocar un color en el cuerpo de una palabra, sino que ve el objeto designado por la palabra; la imagen visual del objeto ocupa el puesto de las imágenes cromáticas de las vocales.

*Consonantes*.—En general, no tienen color. *S* final suele tener brillo metálico; *R*, dice la Srta. *M*\*\*, oscurece el color de la vocal que la sigue, y después de la vocal la hace brillar. Hay sujetos, sin embargo, que colorean todas las consonantes: para *A*\*\*, el sonido *b* es moreno obscuro; *c*, amarillo; *d*, pardo; *f*, gris; *g*, negro; *h*, negro; *j*, blanco; *k*, verde; *l*, negro; *m*, pardo; *n*, pardo; *p*, amarillo; *q*, negro; *r*, azul; *s*, verde; *t*, amarillo pálido; *v*, anaranjado; *x*, verde; y *z*, amarillo.

*Diptongos*.—Para *Ch*\*\*, *au* es blanco plata; *ou*, rojo aterciopelado; *oi*, gris blanco sucio; *iu*, amarillo cobrizo; *ou*, verde cobrizo (1).

*Nombres y palabras*.—La Srta. *M*\*\* ve el nombre *María* rojo y amarillo; *Ursula*, pardo; *Paulina*, granate y amarillo; *Marcelo*, rojo de oro; *Genoveva*, pajizo; y *Marta*, rojo y blan-

(1) Como Peillaube no es fonetista, hay que tomar la palabra *diptongo* que emplea para llamar los sonidos que cita, ninguno de los cuales forma diptongo en el sentido en que suele emplearla el vulgo de los gramáticos. Aquí, además, hay una confusión entre la audición coloreada y la representación gráfica coloreada, pues *au* suena *o*, y produce sensación distinta de ese mismo sonido representado por la letra *o*.

co (1). Las palabras y las lenguas tienen también su color. «No recuerdo bien la palabra—decía un sujeto,—pero sé que es amarilla»; para ese mismo sujeto, que es políglota, el alemán es gris; el inglés, casi negro; el francés, gris muy claro; y el italiano, amarillo, carmín y negro.

Gounod prefería la lengua francesa á la italiana para matizar la frase musical: «Es menos rica en colorido, pero es más variada y fina en matices; tiene menos rojo en su paleta, pero tiene violeta, lila, gris perla y oro pálido, que el italiano no conocerá nunca; en una de mis melodías *le vallon* hay un verso—*mais la nature est là qui t'invite et qui t'aime*—que una habilísima cantante italiana vino á cantarme traducido al italiano; llegada al final, *che t'ama*, levantó con fuerza la primera sílaba, *t'ama*. ¡Ah, señora!—exclamé,—no es eso. ¿Por qué tanta fuerza en ese acento? ¡Apagad, apagad! ¡No se trata de una declaración de amor! La Naturaleza no nos ama con tanta pasión: es un cariño maternal, contenido... ¡Velad el acento! Pero no pudo velar ni apagar: la ley inflexible de la prosodia italiana la obligaba á elevar el *T'ama*, y comprendí que para expresar mi frase musical no había nada como nuestra silabita modesta y algo gris de *qui T'AIME*...: es una mujer de medio luto».

El mismo Gounod cita otro ejemplo en que *chaste* ha sido traducido por *casta*; es del *Fausto*: «Salut, demeure *chaste* et pure»; en italiano, «Salve, dimora *casta* e pura». «*Casta*—dice Gounod—es lo contrario de *chaste*; ese acento expansivo que estalla como un cohete en *casta* destruye todo el misterio, to-

---

(1) La niña T\*\*, que yo he observado, goza también de la audición coloreada de los nombres propios; desde la edad de cuatro años me ha llamado la atención la precisión con que daba su color á cada nombre, sin equivocarse jamás. Hoy tiene once años y medio, y, al transcribir este trabajo de Peillaube, la he llamado, y continúa viendo los nombres con su color peculiar: para ella, *María* es blanco; *Ursula* y *Paulina*, azules; *Marcelo*, pardo; *Marta*, encarnado obscuro; *Teresa*, plateado; *Elia*, amarillento, etc.

do el pudor de mi armonía; ese terrible *casta* hace demasiado ruido en torno de la casita, turba su reposo, mientras que con mi modesto *chaste*, con su *a* empañada y como algodona-da por la *s*, esa *t* y esa *e* semimuda final, yo llego á pintar el semisilencio, la semisombra, que es la imagen de lo que pasa en el alma de Margarita».

*Instrumentos de música.*—Hay personas que colorean las notas musicales según la altura y el timbre y según los instrumentos. Para Ch\*\*, en el clarín las notas bajas son rojas; las medias, amarillas, y las más agudas, verdes; en la trompeta de caballería son los mismos colores, pero empañados y como fundidos en una media tinta gris; el clarinete le parece recorrer toda la gama de los amarillos, desde los más oscuros al más claro. Para otros sujetos el clarinete es rojo; el piano, blanco; el violín, azul. Para Huysmans las armónicas son verdes. Hay quienes colorean toda la labor de un autor, diciendo que Mozart es rojo y Beethoven blanco. En cuanto á los ruidos, evocan colores sombríos y vagos; así una histérica veía verde el ruido de los coches.

*Cifras.*—El señor A\*\*, que colorea las consonantes, colorea también los números: para él, 1 es negro; 2, azul pálido; 3, rojo; 4, azul oscuro; 5, pardo; 6, verde empañado; 7, amarillo; 8, verde brillante; 9, pardo, y 0, blanco.

EXPLICACIÓN.—Hay varias explicaciones de los hechos expuestos.

1.<sup>a</sup> La explicación anatómica supone que el órgano visual y el auditivo están en comunicación, en continuidad; de ahí una anastomosis. Esta explicación no pasa de ser una hipótesis, no probando nada la anastomosis entre las fibras sensitivas ópticas y las acústicas, aunque estén próximas entre sí.

2.<sup>a</sup> La explicación embriológica ve en la audición coloreada un hecho primitivo universal; al principio todo el mundo tenía la audición coloreada, y la diferenciación que se ha producido en la generalidad no se ha extendido á todos, y de

ahí el fenómeno estudiado. Es una hipótesis por nada justificada.

3.<sup>a</sup> La explicación patológica supone que la audición coloreada es un fenómeno morboso, una alucinación. Pero este fenómeno se produce en personas perfectamente normales, y sólo cuando la representación cromática de los sonidos, y sobre todo de los gustos y de los olores, se hace alucinatoria, es cuando constituye un caso patológico.

4.<sup>a</sup> La explicación fisiológica da cuenta de las sinopsias coloreadas por la *difusión nerviosa*. Toda sensación, al mismo tiempo que pone en juego sus propios órganos, obraría sobre los demás por medio de las fibras comisurales. Esta hipótesis es insuficiente, como toda hipótesis fisiológica, para explicar adecuadamente un hecho de conciencia; sólo da la base física general, pero no explica el fenómeno mismo.

5.<sup>a</sup> Las sinopsis coloreadas resultan de una «asociación mediata é inconsciente por semejanza afectiva». Dos términos heterogéneos,  $x$  é  $y$ , se asocian por su analogía con un tercer término,  $a$ , que puede ó no percibirse; el intermediario entre el color y los sonidos, los olores y los sabores, es inconsciente. Una de las propiedades de la sensación es precisamente acompañarse de cierta tonalidad afectiva más ó menos consciente. La sensación de color es agradable ó desagradable. ¿Quién no tiene su color preferido? Un sujeto decía: «El rojo brillante, vivo, púrpura, es para mí una alegría, un goce extremo; mi ideal sería tener un cuarto rojo, una biblioteca encuadernada en rojo y trabajar con traje rojo; el rojo es una embriaguez». Pablo de San Víctor cuenta que los indios tienden su teatro con los colores de la pasión que domina en el drama; para ellos el amor es azul obscuro; la alegría, blanco; la ternura, rosa; el furor, rojo; el heroísmo, gris; el terror, negro; el asco, azul pálido; el asombro, amarillo. Lo que decimos de los colores, decimos de los sonidos; supongamos ahora que dos sensaciones heterogéneas produzcan el mismo sentimiento: la una evocará la otra por esa semejanza; esas sensaciones serán aná-

logas representando lo que Baudelaire llama *correspondencias*.

Para Ch\*\* las notas graves del órgano son violetas. ¿Por qué? «Las notas graves—dice—son á la vez dulces y profundas; ahora bien, la violeta, sobre todo la aterciopelada, es un color muy *dulce* de mirar, acariciadora para la vista; al mismo tiempo es un color *profundo*, un color sombrío, que hace que el objeto se hunda bajo la mirada, en lugar de acercarse, como si fuera blanco, por ejemplo». Como se ve, por el intermedio de los sentimientos *dulce* y *profundo* se asocian el sonido grave y el color violeta. «Si investigo por qué *A* me parece azul claro—dice Ch\*\*,—un azul no azureo como el del cielo, sino lechoso como el almidón de planchar, es porque *A* me parece una letra sosa en *douceâtre, blanchâtre*, en la misma palabra *fade* (soso) ó en el vocablo *pâle* (pálido); ahora bien, el blanco de leche es también un color soso.» *U* es violeta. ¿Por qué? «La letra *u* es sorda, y la voz, pronunciándola, da una nota grave; luego *u* me parecerá violeta.» Sabemos que para nuestro sujeto (Ch\*\*) las notas graves del órgano son violetas. *I* es verde muy vivo, «porque es una letra viva, y el verde claro es para mí un color vivo y alegre.» *Ou* (*u* española) es rojo aterciopelado (*velours, rouge*), quizá á causa de la consonancia repetida en estas dos palabras (1).

«Lo que me ha puesto en el camino—dice Ch\*\*—para descubrir el intermediario son los casos en que he tenido que tantear para encontrar el valor correspondiente á un sonido; en el momento en que, recorriendo la serie de los colores, llegaba al color buscado, me parecía establecerse un contacto entre ambas imágenes. Ese contacto era á la vez como un choque cerebral y la conciencia obscura de una razón de ser de esa

---

(1) Compárese, en efecto, este hecho con el de la niña T\*\*, observada por mí, para quien *URSULA* y *PAULINA* son *azules*, probablemente porque la combinación *ul*, que figura en ambos nombres, se asocia con *azul* por la correspondencia del sonido.

aproximación.» Las sinopsias coloreadas tienen, pues, una base fisiológica, como todos los fenómenos interiores: son síntesis psicológicas, asociaciones por semejanza afectiva y subjetiva; son síntesis operadas por el sentimiento.

## COSTUMBRES

LAS DESGRACIAS DE UNA GRAN DAMA EN EL SIGLO XVIII.—Tal es el título de una obra de Coynart, que Ernest-Charles juzga interesante, y que lo es en efecto por ser algo así como la reconstitución de una sociedad curiosa. La heroína es la condesa de Montboissier, personaje de invención, fiel reflejo de una existencia vulgar de aquellos tiempos.

Coynart nos muestra el ardor de los aristócratas del siglo por la hechicería, menos por deseo de conocer el porvenir que por acertar á enriquecerse; el lujo corroía aquella sociedad, y las familias más ilustres estaban acribilladas de deudas; unos pedían oro á las casas de juego, precipitando su ruina, y otros recurrían al diablo reclamando su horóscopo; el diablo les engañaba con frecuencia, pero entretanto eran felices ó soñaban con llegarlo á ser. Todo esto es sin duda interesante para comprender aquel siglo; pero el interés de la corta vida de la señora de Montboissier es mucho más profundo, por ser más sencillo.

Luisa Isabel Colins de Montaigne nació en París el 4 de Febrero de 1718. Su padre era viejo y su madre algo loca; en cuanto supo andar sola la metieron en el convento de Pauthcinout, donde se enseñaba la moralidad y las artes de adorno. Muerto su padre y recasada su madre, la hicieron saber un día, cuando tenía quince años, que iba á desposarse con Felipe de Beaufort-Conillac, conde de Montboissier, capitán á los veintiún años de un regimiento de caballería, y en seguida dieron comienzo las visitas y preparativos, pues entonces las madres se desentendían así de sus hijas, metiéndolas primero

en un convento y casándolas después. La futura suegra pretendía deslumbrar con sus liberalidades á la inocente nuera, y ora se presentaba en el convento con una hermosa carroza ofreciéndola que sería suya cuando se casara, ora la entregaba un bolsillo con 50 luisas para que Isabel pudiera hacer de «gran señora» en el convento.

Y así se llevó á cabo el matrimonio; después viene la presentación á la reina, visitas á las princesas y á las duquesas, paseos por el Cours la Reine y las Tullerías, jardín entonces del buen tono, donde sólo los domingos se permitía la entrada «á los lacayos y á la canalla». Pero de pronto la suegra quita á la nuera la carroza ofrecida, y el marido reclama el bolsillo de los 50 luisas. Comienzan las disputas por cuestiones de dinero, y la pobre joven se ve tiranizada; ya la impiden tomar un coche de alquiler para una visita, ya la obligan á ponerse tal traje para no estropear tal otro, ya llegan á discutirla si tiene en la chimenea más ó menos tizones; la suegra asegura que su nuera está enferma, y la envían para curarse al castillo de Housay y al de Dienne, rodeándola de criados espías é imponiéndola como confidente al abate Courboulet, uno de tantos intrigantes licenciosos de la época.

Cansada de tanta persecución, Isabel logra separarse amistosamente de su marido, que conserva las 23.000 libras de renta de su mujer, pasándola una pensión. La condesa trata entonces—era la moda—de crearse un salón, que es uno de tantos, formado principalmente por las dos plagas del tiempo: los abates y los caballeros, tan impertinentes, fatuos y lascivos los unos como los otros. La condesa distinguió entre sus contertulios al marqués de Souvré, que se había enamorado de ella, aunque sin corresponderle más que con cierta indulgencia. Un tal Antonio Lafosse, muy bien recibido en los salones, protegido de la condesa de Bethune y aficionado á la hechicería, era también de los más asiduos concurrentes, y él fué quien excitó á Isabel á entenderse con el diablo, ya que tan mal le iba con los hombres.



Nada más chusco que la partida organizada para ir por la noche á la llanura de Montrouge á fin de obtener los favores del demonio. La condesa de Montboissier llevaba escritas sus condiciones en una piel de macho cabrío: pedía primeramente al diablo «los 15 millones que la había prometido; después, que la preservase de toda enfermedad, y sobre todo de ataques de vapores y de locura; y luego, que le diese el poder de mantener siempre en sus cadenas al marqués de Souvré, sin que él por eso pudiera nada sobre ella, y que la garantizase de las persecuciones de su marido». Por su parte el duque de Olonne había estipulado con el diablo «que le diese los 15 millones prometidos para el 9 del mes siguiente, y que le entregase los secretos de la naturaleza y la virtud de hacerse amar de todas las mujeres en general». La querida del duque firmaba también un pacto en el que reclamaba «saber á fondo música sin tener el trabajo de estudiar, ser siempre amada del duque, y recibir diez ó quince millones». Por fortuna, el jefe de la policía, Berryer, tuvo soplo de la reunión, é hizo prender al diablo y á la bruja que iban á embaucar á los excursionistas de Montrouge.

Isabel se entregó entonces á Lafosse, ya que la faltaba el diablo, y tuvo de él un hijo. El abate Courboulet denunció el hecho, y tras varias trágicas escenas el conde hizo prender á su mujer y á Lafosse. Éste logró salvarse merced á la protección de la condesa de Bethune, y la condesa fué encerrada en la abadía de Mouchez, en completa incomunicación. Pleiteó con su marido, que vivía públicamente con otra mujer, teniendo tres hijos naturales, y perdió el pleito, quedando obligada á reunirse con el conde cuando éste lo quisiera. El golpe fué rudo, y la desgraciada condesa, víctima de los errores y de los vicios de aquella sociedad, murió en 1757, á los treinta y nueve años de edad.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA DECADENCIA DE LA FARMACIA.—En el *World's Work* hace notar el Dr. Saleeby la decadencia de la Farmacia. La Medicina, es decir, los médicos en general, reconocen que la Farmacia no desempeña más que un papel auxiliar en la curación de las enfermedades; el papel principal corresponde á la Naturaleza, y para facilitar su acción, guiarla y robustecerla, están la Higiene y la Farmacia. No es esto decir que no se vendan ya drogas ni se administren recetas, pues á cada momento salen al mercado nuevos específicos; pero fuera de unos cuantos productos, como la quinina para la fiebre, el hierro para la anemia, el mercurio para la sífilis y el salicilato para el reumatismo, los medicamentos responden poquísimas veces á la influencia bienhechora que de ellos se espera.

El nuevo método de la sueroterapia, debido, como se sabe, á los Dres. Héricourt y Richet, está hoy reconocido como el único eficaz para neutralizar los efectos de una toxina. Así se combate victoriosamente la difteria, sin emplear ya otros remedios, sucediendo lo mismo con el mixedema y con ciertas formas de cretinismo propias de la opoterapia, porque resultan de la falta de glándulas tiroides ú otras. A un niño atacado de idiotismo se le administran jugos extraídos de la glándula tiroides del carnero, y se ve que su rostro se anima, su talle se endereza y su inteligencia reaparece en mayor ó menor grado. Las curas de luz y de aire figuran al lado de la sueroterapia sustituyendo á las drogas, y éstas pierden de día en día más terreno, aunque será difícil que jamás desaparezcan del todo.

\*  
\* \*

EL CONTAGIO DEL CRIMEN POR LA PRENSA.—El Dr. Pacheco, de Buenos Aires, presentó en el último Congreso Internacional de Medicina una Memoria solicitando se tomara el acuerdo

de invitar á la prensa de gran circulación á que se abstuviera de relatar los crímenes terroríficos, especialmente los pasionales, para evitar la comisión de los delitos que pudiera producir la lectura de tales relatos.

«Hay numerosos suscriptores—dice el Dr. Pacheco,—especialmente en las clases bajas, que no compran el periódico más que para leer las crónicas criminales, donde aparecen los hechos, apoyados en excelentes grabados, con minuciosos detalles, siendo semejante lectura una verdadera cátedra del robo, el suicidio y el asesinato. Estas descripciones obran eficazmente sobre los cerebros desequilibrados de los degenerados que pululan en las grandes poblaciones. El año último tuvimos un caso de suicidio muy curioso, en el que el contagio por la prensa es evidente: un empleado de la Compañía de transportes urbanos se dirige á una funeraria y pide un servicio de segunda clase para un amigo que acaba de morir; con su propio nombre y domicilio manda hacer esquelas de defunción, se va tranquilamente á su casa, y se pega un tiro en las sienes que le mata en el acto; la noticia fué ampliamente relatada y comentada por los periódicos, y dos meses después un oficial copió literalmente la receta, desapareciendo del mundo por el mismo procedimiento. Hace dos años un amante mató á su querida á martillazos; como el hecho era poco común, fué vivamente discutido y extensamente narrado por la prensa; desde entonces, sólo en la ciudad de Buenos Aires se han producido cuatro asesinatos del mismo género. Allí hay una especie de orden de caballería que se parece un poco á la Mafia de Sicilia; tienen su pundonor especial, y no se dejan coger por la policía sino después de una lucha á mano armada, en la que manejan el cuchillo con rara habilidad; los llaman los Juan Moreno, del nombre de un famoso bandido gaucho de las Pampas: son raros hoy estos casos; pero basta uno solo, cuyos hechos sean celebrados por la prensa, para que inmediatamente se vea reproducido el caso por seres ambiciosos de esa gloria efímera que rodea al falso héroe».

El Dr. Pacheco ha combatido en la prensa misma la publicidad que se da á los crímenes; después, siendo diputado, ha presentado un proyecto de ley para refrenar ese afán de publicidad, y por último, presentó al Congreso médico de Madrid su proposición, que fué aprobada por unanimidad, y que sería muy de desear fijara la atención de los poderes públicos para que adoptaran medidas eficaces para corregir la insana curiosidad y punible deleite del pueblo bajo y de la burguesía pseudoculta por los relatos de hechos criminosos.

\*  
\* \*

NEOVITALISMO.—Con el nombre de *neovitalismo* se designa, según la *Revue de Philosophie*, de París, una tendencia que se ha abierto recientemente paso en biología, y acerca de la cual se han presentado en el segundo Congreso internacional de Ginebra varias interesantes Memorias.

Puede caracterizarse el neovitalismo diciendo que es crítico y heurístico, por oposición á las tendencias biológicas anteriores, que eran dogmáticas y estaban llenas de prejuicios. El neovitalismo no toma partido ni por el antiguo vitalismo con sus fuerzas vitales y su teleología, ni por el mecanismo corriente con sus fuerzas naturales y su causalidad mecánica. Si se intentara borrar toda finalidad en biología sería mutilar esta ciencia, convirtiéndola en trozos sin relación, que ni el nombre de ciencia merecerían. La finalidad de los seres vivos resplandece sobre todo en el orden y en la armonía maravillosa de su cuerpo y en su adaptación al medio. El neovitalismo tiene por legítimos el sistema del vitalismo y el del mecanismo, á título ambos de máximas neurísticas, de hipótesis directoras, de principios de investigación.

\*  
\* \*

EL CRECIMIENTO EN EL HOMBRE.— Carlos Henry y Luis Bastieu han estudiado la marcha que sigue el desarrollo de la es-

tatura y del peso del hombre en el curso de la vida, que comienza por un período de crecimiento, sigue con otro de persistencia invariable y termina con otro de decrecimiento. La ley de crecimiento en peso está representada por cuatro curvas hiperbólicas: la primera se refiere á la vida intrauterina; la segunda, del nacimiento á los dos años; la tercera, de dos á diez y nueve años; y la cuarta, desde los diez y nueve á la muerte. Las especies que llegan más pronto á su completo desarrollo son las que viven menos tiempo. De las observaciones hechas, resulta que lo que se designa con el nombre de edades notables, duración de la gestación y período de crecimiento, constituyen fracciones constantes absolutas de la vida normalmente posible del individuo.

Se distinguen cuatro períodos durante los cuales el peso aumenta ó disminuye más aprisa que la estatura, según casos diferentes: 1.º De nueve meses á un año. 2.º De un año á trece. 3.º De trece á treinta años. 4.º De treinta años hasta la muerte. Durante este último período, el peso y la estatura, sensiblemente constantes al principio, disminuyen en seguida. El máximum de estatura y de peso se alcanza, con ligera diferencia, á los treinta años. El decrecimiento en peso de la materia viva, á partir de cierta edad, debe estar sin duda relacionado con la disminución de energía de ciertos elementos catalisadores del organismo. El problema de la senilidad, según Henry y Bastieu, se plantea así de un modo preciso y práctico, gracias al concurso de la química y de la biología general.

\*  
\* \*

LOS CAPRICHOS DEL RAYO. — El 25 de Noviembre último— dice Flammarion en *La Revue* —el rayo cayó en Malo-Centre, cerca de Dunkerque, en un chalet habitado desde hacía unos días por el capitán Clavel, levantando la techumbre, derribando dos chimeneas y un balcón, y penetrando en una sala donde estaban Clavel, su mujer, sus hijos y su cuñada; el rayo quitó

sutilmente dos peines de la cabellera de la señora Clavel, enrojeciéndole apenas los cabellos, sin otro daño, y luego, con violencia terrible, lo destrozó todo, derribando los muebles, rompiendo las ventanas, triturando y fundiendo las vidrieras, arrancando las maderas de sus goznes y arrojándolas á las demás, agujereando los pisos y precipitándose en el pozo después de hacer pedazos una losa de 80 kilos de peso. Según escribe á Flammarion Clavel, la casa ha quedado destrozada, techos y pisos arrancados, siendo lo más raro que toda la familia haya salido ilesa de semejante revolución.

El caso no es único. El 1.º de Junio de 1809, en un colegio de señoritas de Burdeos, el rayo fundió una cadena de oro que llevaba al cuello una de las profesoras, dejando en su lugar una línea negruzca dentada que no tardó en borrarse; la señora estuvo seis horas sin sentido, y no hubo más. En otra circunstancia, dos señoras hacían media tranquilamente, y el rayo las robó las agujas. Otra vez una señora, en traje de etiqueta, escotada, sacó el brazo por un balcón para ver si llovía, en el preciso momento de brillar un relámpago, que se la llevó la pulsera. En una taberna, un vaso de metal que tenía un bebedor en la mano, se lo quitó el rayo y lo arrojó al patio. En un camino arrebató el látigo á un jinete. Una joven, sentada ante una máquina de coser durante una tormenta, sintió que la quitaban las tijeras, y ella misma fué cogida y volteada, quedando sentada encima de la máquina sin sufrir daño ninguno. El 25 de Julio de 1868, en Nantes, en el muelle, un viajero se ve envuelto en un relámpago; el rayo quitó una capa de plata á un franco que llevaba en el portamonedas, y cubrió con ella las dos caras de una moneda de oro de diez francos, á través de un compartimiento de piel que separaba á una de otra, etc., etc.

Esta sutileza del rayo sugiere á Flammarion, en el estudio de los 6.839 casos de hombres y mujeres relampagueados en Francia desde que hay estadística, la idea de que los caprichos del rayo se parecen á los de una mujer; claro es que no hay

efecto sin causa; pero ¿por qué esa manía tan frecuente de desnudar á las mujeres? ¿por qué la de rasurarlas? A veces parecen las jugarretas del rayo verdaderas farsas, como la siguiente, tomada de los informes de la Academia de Ciencias, y que hay que reproducir en latín. Una señorita es derribada por el rayo, y pierde el conocimiento; sus amigas la levantan; se queja de cierto picor; la desnudan, la examinan, y ven, no sin admiración, «*pudendum perustum ruberrimum, labia tumefacta, pilos deficientes usque ad bulbum, punctosque nigros pro pilis, inde cutim rugosissimam; ejus referunt amicæ primum barbatissimam, et hoc facto semper imberbem esse*».

En los casos de 1904 hay dos curiosos, diametralmente opuestos: el 16 de Septiembre, el cura Ritter, visitando el Righi, fué sorprendido por una tormenta; iba á llegar á un abrigo, cuando el rayo le alcanzó; dos personas que le acompañaban quedaron ilesas; se apresuraron á levantar al pobre cura, y era ya cadáver; la sotana estaba intacta, y la camisa estaba completamente quemada. El 6 de Agosto, en Beverst (Bélgica), el rayo cayó en la granja de Enrique Vaudenholt, que estaba en la cama, hacia las seis de la mañana; lo mata y lo arroja al suelo; el desgraciado estaba carbonizado desde los pies hasta la cabeza, pero su camisa no tenía la menor huella de quemadura.

FERNANDO ARAUJO

## INDICE

---

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| <i>Algo sobre el problema latino</i> , por P. Dorado.....                             | 5            |
| <i>Clinicas de la Historia</i> , por Pascual Santacruz.....                           | 51           |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....  | 74           |
| <i>Radicalismo y reacción</i> , por Eloy L. André.....                                | 86           |
| <i>La Asamblea Universitaria de Barcelona</i> , por Adolfo Posada.....                | 113          |
| <i>Yang-Hun-Tsy</i> (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski.               | 130          |
| <i>Crónica literaria (Un libro sobre el feminismo)</i> , por E. Gómez de Baquero..... | 148          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                 | 157          |



# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

#### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

#### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Barces, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

#### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

#### HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

## HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad Clásica, 6 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con no-

tas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

## MISCELÁNEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

## NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pese-

- tas.—Amores frágiles, 3 pesetas.  
 Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.
- Dostoyuski.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.
- Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.
- Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
- Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.
- Turguenev.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.
- Varios autores.**—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.
- Zola.**—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

## PEDAGOGÍA

- Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.
- Huxley.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.
- Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.
- Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

## POESÍAS

- Campoamor.**—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 ptas.

### SOCIOLOGÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

**Caro.**—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garofalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 ptas.

**Gumpowicz.**—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Janet.**—La familia, 5 pesetas.

**Kid.**—La Evolución social, 7 pesetas.

**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas,

2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

**Spencer.**—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

### TEATRO

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

**Zola.**—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

## VIAJES

- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Taine.**—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.  
**Tcheng-Ki-Tong.**—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES  
CONTEMPORÁNEOS

- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.  
**Sudermann.**—El deseo, 3,50 ptas.  
**Korolenko.**—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Turguenef.**—Tierras vírgenes, 5 pts.  
**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.